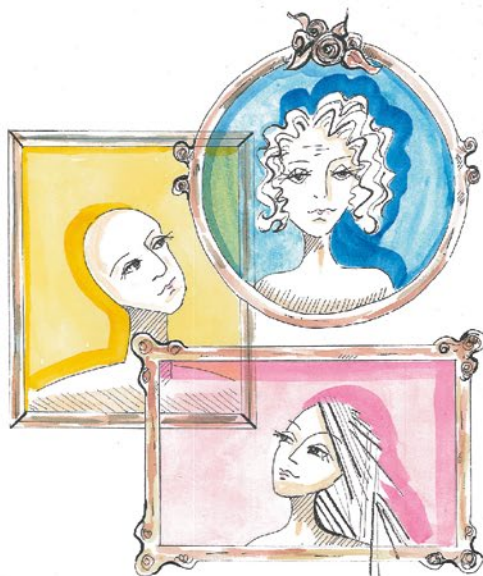


Extrospección

3 obras de teatro

en una voz

Roberto Rodríguez Rodríguez



MASHANTA
2023

PROGRAMA
EDITORIAL
CHIHUAHUA

2023

Extrospección

3 obras
de teatro
en una voz

Roberto Rodríguez Rodríguez



Colección
Soltar las Amarras



Marco Antonio Bonilla Mendoza
Presidente Municipal de Chihuahua

María Fernanda Bencomo Arvizo
Directora del Instituto de Cultura del Municipio

Vocales Editorialistas

Gustavo Macedo Pérez
Victoria María Montemayor Galicia
Luis Fernando Rangel
Alfonso Omar Granillo
Claudia Kareli Reyes Castruita

Heber Mauricio Rivera Anguiano
Fomento a la lectura

José Santillanes
Programa Editorial


 **@somoscreatura**
Diseño y maquetación

Ilustración de portada: Mashanta

Avenida Juárez y calle Sexta,
#601, C.P. 31000, colonia centro.
ISBN 978-607-59944-6-8

e

Prohibida la reproducción total o parcial del contenido de esta obra por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, sin permiso previo por escrito del autor y del Instituto de Cultura del Municipio de Chihuahua.

PRIMERA EDICIÓN / AÑO 2023



En la visión que hemos impulsado desde el Gobierno Municipal para hacer de Chihuahua Capital una ciudad más competitiva, la cultura es parte indispensable, al ser pilar fundamental de la sociedad.

A través del Programa Editorial de Chihuahua fortalecemos a las y los artistas locales. Nuestro compromiso es apoyar las expresiones artísticas del talento chihuahuense.

Ustedes son la razón por la cual la literatura chihuahuense florece y se expande. Es gracias también a su trabajo que motivamos a la comunidad a disfrutar de la lectura.

Soy un convencido de que la cultura literaria debe conservarse como un elemento básico en el pensamiento comunitario. La lectura empodera, nos abre las puertas hacia la reflexión, el conocimiento y la transformación de realidades. Un libro tiene el poder de abrir la mente, de explorar mundos imaginarios, de conectar con emociones profundas y ampliar perspectivas.

Las creaciones literarias que integran la edición del PECH 2023 ahora serán parte del acervo cultural de nuestro municipio. Sus letras trascenderán más allá de una manifestación artística escrita, ahora son huella de su espíritu y simbolizan su tránsito cultural en esta comunidad chihuahuense.

Así pues, con mucha emoción, presentamos la nueva entrega de este programa editorial, que se ha consolidado como un semillero y una plataforma para los guardianes de las letras. Que estos libros sean la inspiración para aquellos que sueñan con contar sus propias historias y dejar una huella en el mundo literario.

¡Enhorabuena!

Marco Antonio Bonilla Mendoza
Presidente Municipal de Chihuahua

En este año 2023, el Programa Editorial Chihuahua continúa posicionándose como una plataforma indispensable para todas y todos los autores de nuestro municipio. Las letras, vehículo innegable del pensamiento humano, nos ayudan a fomentar no solo el pensamiento crítico, sino que nos ayudan a expresarnos, formar comunidad, y entendernos como seres humanos.

Este año se publicaron 10 títulos de autoras y autores, tanto con trayectoria, como nuevas plumas, quienes indudablemente llevarán la literatura chihuahuense a nuevos puertos. Su poesía, su narrativa, su teatro, sus expresiones artísticas, fungirán como un faro para todas aquellas personas interesadas en encontrar su lugar, ya sea como lectoras o lectores, o bien como artistas de la palabra.

El Programa Editorial Chihuahua sigue siendo casa de grandes artistas, y seguirá siéndolo. Las puertas del PECH se abren nuevamente para recibir las ideas, las expresiones, y la reflexión que transforman al municipio de Chihuahua en un oasis de arte y cultura.

Me es muy grato presentar a ti lectora, a ti lector, este libro, y esta colección PECH 2023. Una colección que continúa manando de mentes creativas imparables que siguen deleitándonos con sus letras. Este libro es una prueba fehaciente de ello.

¡Enhorabuena!

María Fernanda Bencomo Arvizo
Directora del Instituto de Cultura del Municipio de Chihuahua

INVOCACIÓN DE UN TEATRO HACIA ADENTRO

El teatro va y viene y corre por el torrente sanguíneo y cultural de nuestro pueblo. Es ritual, es fiesta y es llanto por los que perdieron. Nos acompaña y toca los tambores al ritmo de una perpetua catarsis colectiva. Es el ecuador mediante y cálido entre una sociedad y su destino. Y es el patio de juegos de toda una comunidad que alza la voz para contar su historia con porras y letreros de colores.

En una sociedad que evoluciona al ritmo de cables y tonos, todo empieza por hacerse una pregunta y destruir el conocimiento para volverlo a construir. Ese caos nos acerca a saltos a la creación, a un espacio en donde podamos ser esa nueva clase de norteños y construir un nuevo teatro en la tierra fértil de nuestro presente. Un teatro del *Neorte* en donde se cuente nuestra historia. Esas historias que ocurren entre las dos y la una, y que nos hacen lo que somos y construyen nuestras narrativas que se balancean entre lo fantástico y lo cotidiano y los mezclan para hacerse uno.

Ante ustedes presento tres obras de teatro, escritas desde el anecdotario imaginario en la esquina azul de mi mente. Tres obras de teatro que me acompañaron en el descubrimiento de las preguntas básicas que me construyen. Tres obras de teatro en la voz de una amiga que se transforma, crece conmigo y me guía en el momento de la vida en el que uno se decide a dar el salto y empezar a crecer... Un salto a lo desconocido... ¿O

tal vez a convertirte en un enemigo conocido? Ahí es donde comienza realmente esta experiencia. En caer en cuenta que el crecer es un cuento interminable de introspección y deconstrucción. En una sociedad en la que vivimos bajo la sombra de lo que construyeron nuestros padres y sus padres, es nuestra responsabilidad dar el paso al análisis, la reflexión y un constante cuestionamiento interno.

Hay que mirar nuestra historia entre los ojos del espejo y los ecos de la casa, mirarla como seres plurales. Y entonces hay que contar nuestra historia para sanar, porque lo que se habla y se deja fuera de las sombras, deja de doler y se convierte en el divorcio de la tradición, se convierte en un sobre rosa con letras envueltas en preguntas, se convierte en un eco y siete puertas, y se convierte en teatro; en un teatro en el que con amor se proyecta lo que somos por dentro.

Extrospección

3 obras
de teatro
en una voz

Roberto Rodríguez Rodríguez

NO HAY 5TO MALO

Para Anabell e Ivanna. El amor nos rodea, nos encuentra y nos vuelve tres.

(Una habitación nupcial. Entre luces y fanfarrias entra Virginia, viste ropa de baño, pero en su imaginación figura a su vestido de novia. Actúa como si, de hecho, fuera camino al altar. Habla hacia el público.)

Siempre me han gustado las bodas... “La boda de mi mejor amigo”... “Mi gran boda Griega”, “Cuatro bodas y un funeral”, “La novia fugitiva”, con Julia Roberts, “Shrek”... ¡También hay una boda!... Cómo la protagonista conoce a su “príncipe” y luego de algunos problemitas y giros argumentales... Se da cuenta que es el amor de su vida... (Se ríe) ¡Qué estúpida! Y es que ese término siempre me ha hecho mucho ruido... “El amor de tu vida” ¿El amor de mi vida? (Transición) Es un término muy sobrestimado. (Voltea a ver a alguien del público) No, señora. No ponga cara de católica conservadora escandalizada... Mi vida ha durado hasta el día de hoy 35 años, 7 meses y 8 días, pero, ¿qué es la edad? ¿No?... Y en casi 36 años he encontrado al amor de mi vida 5 veces. 5 veces he pensado que ese era mi príncipe, el que iba a quedarse conmigo para toda la vida (Se mira romántica al espejo y ríe irónicamente). Todo comenzó cuando tenía 8 años y vi por primera vez “La bella y la bestia”. Y me enamoré...

(Una Virginia infantil, ríe, juega y baila el vals con una bestia imaginaria. Virginia se mira y se transforma en esa niña inocente que se abría por vez primera al concepto del amor.)

Me moría por ser la Bella.

¡Nombre, pues es que ahora que lo digo en voz alta, desde ahí ya estaba jodida! Piénsenlo: la princesa más guapa; pelazo, cara de ángel, cuerpo de diablo y aparte leía la muy hija de puta ¿Cómo se podía llamar, además de Bella? ¿Se imaginan que se llamara (Pregunta su nombre a alguien del público)? Jamás funcionaría... Imaginen que pasa leyendo, etérea con su libro... Probablemente algo de Nietzsche o el Nuevo Testamento, dependiendo de qué tan virgen quieren que sea, y le cantan “Sí que una chica rara (Nombre) es...” ¡No, oigan! Eso hasta justifica a los que la molestaban... Y no te ofendas (Nombre), que mi nombre no es un adjetivo tan chingón como el de ella. Me imagino al doctor el día que nací -¡Es una niña, señora! - y mi mamá grita con las piernas abiertas -¡Ay, mi amor, una niña preciosa!- Para esto mi papá se quita su cubrebocas y dice -¡Está tan bonita, que se me antoja ponerle Bella!-, -No, mejor le ponemos... Virginia ¡como mi mamá!-... Ahora lo único a lo que puedo aspirar es a caminar por la Liber, leyendo mi Tv notas sin que nadie me cante...

Bueno... Ahí estaba yo a los 8 años saliendo del cine después de ver “La bella y la bestia”... Creyéndome la princesa que soy, con mi vestidito de caída libre y mis calzoncitos de Mimi. Lo único que me faltaba era mi bestia.

(Virginia vuelve a su ser infante. Juega en el patio de recreo y de manera casi adulta analiza a sus compañeros de clase.)

VIRGINIA: A ver... Juanito, muy chiquito: Fer, ¡Ay, no, muy grandote!; Nicolás, muy pobre... *(Aparece un niño de rostro suave y familiar.)*

Hasta que lo vi. Sentado en el sube y baja, atragantándose un burro y un Pau Pau, era la Bestia perfecta. Tenía toda la playera del uniforme manchada del chile colorado que le chorreaba del burrito...

VIRGINIA: ¡Hola, Santi!

SANTIAGO: (*Apenas la mira*) ¿Qué quieres, mensa?

Bueno, nadie dijo que Santi era un hueso fácil de excavar.

VIRGINIA: Oye, Santi... ¿Sabes qué es el vals?

SANTIAGO: Mi papá tiene una balsa.

VIRGINIA: No tontito, el vals. Es un baile de tres.

SANTIAGO: ¿De tres? Entonces es un baile en equipo. Mi mamá dice que el tercero en una relación siempre es el perro... O la perra.

Cosa que es cierta.

VIRGINIA: No tontito. Es un baile de tres tiempos. (*Al tiempo*) Así, un, dos tres.

SANTIAGO: A ver, ¿cómo?

VIRGINIA: (*Bailando*) Un, dos tres. Un, dos, tres.

SANTIAGO: A ver, date vuelta.

VIRGINIA: Un, dos, tres.

SANTIAGO: (*Santi le mira debajo de la falda*) ¡Okay, sí juego!

VIRGINIA: Entonces ya que te lo sabes... Yo soy la bella y tú la bestia ¿sí?

SANTIAGO: Okay. (*La toma de la cintura*)

VIRGINIA: Okay. (*Lo toma de los hombros*)

SANTIAGO: Con una condición...

VIRGINIA: ¿Cuál?

SANTIAGO: Enséñame tu Mimi.

VIRGINIA: ¿Qué?

SANTIAGO: La de tus calzones. Es que me da mucha curiosidad ver tus calzones.

VIRGINIA: Mi mamá dice que nunca tienes que...

SANTIAGO: Las mamás dicen muchas cosas que no importan. Sólo quiero ver eso y juego ¿Va?

VIRGINIA: Bueno... (*Está a punto de levantarse la falda, pero se arrepiente*) ¡Ay no, mejor no! Dice mi mamá que eso no se enseña...

Cosa que no es completamente cierta.

SANTIAGO: Pues qué tonta tu mamá (*la empuja y se va*).

Y me caí directito en el sube y baja... De bruces... Y así fue como perdí la virginidad... ¡Ay, no se crean!... Pero lo que sí perdí fue la fe de encontrar lo bello en la bestia. Y vaya que Santi era una verdadera bestia.

Bueno, pero a ver, esto va para todos mis amigos que se creen psicólogos, ¿cómo creen que me afectó el rechazo de Santi?... Tranquilos, no se preocupen. En mi vida he ido con suficientes psicólogos como para que no me afecte un nuevo criterio, he ido tantas veces, que yo misma he desarrollado habilidades sorprendentes... ¿A ver, díganme? (Interactuá con el público. Siempre en un estado de desaprobación y negación hacia las opiniones.) Ajá... Bueno, pues Santi me marcó... No sólo tengo la cicatriz en la entrepierna por su culpa, sino que él marcó el tipo de hombre que quería en mi vida... Un hombre que me maltratara, que me hiciera sentir que no me lo merezco, para poder ver su valor. Como cuando gastas un chingo de dinero en un helado caro... rico... pero caro... Como el Häagen-Dazs que compraste en Costco por accidente, pensando que era Holanda, y cada cucharada te sabe a como que la tarjeta de crédito te chupa la vida... De a poquito y con la puntita... De a meses sin intereses. Eso es lo único que me van a chupar a mí, la vida... Tengo una pequeña teoría... Creo que cada nueva decepción amorosa me saca... Un nuevo pelo en las piernas... Y, acá entre nos, puedo decir que siendo una mujer de 35 años soy muy peluda. Y toda mi pierna derecha se llama Santi. Sí... La bestia... Ese mismo Santi. Es que la cosa no se acaba ahí, Santi vino y se fue durante 8 años. Hasta que llegamos a los 16. Esa edad donde lo que sentíamos lo gritábamos al

viento y nadie podía reclamarte lo que decías...Y todo con un zumbido.

Santi, a pesar de todo y su curiosidad por mi Mimi, era un niño muy lindo. Recuerdo cuando me dijo -Virginia, oye, ¿qué crees? Ya vi “La bella y la bestia”- ¡8 años después! Está clarísimo que los hombres son más lentos que las mujeres...

(En un salón de clases. Una Virginia adolescente se cubre la cara con la mano para evitar exponer sus imperfecciones. Son separados por una ventana.)

VIRGINIA: ¿De verdad?

SANTIAGO: Sí... Me gustó... La verdad sí te imagino con ese vestido amarillo... Y ya sabes lo que dicen “Esa de amarillo...”

VIRGINIA: Ay, Santiago ¡Qué naco!

SANTIAGO: “Se roba mi corazoncillo”

Ay, qué les puedo decir... Imagínense que te digan eso a los 16... ¡Es que somos pendejxs! Eso a los 16 te tira de la silla, a los 20 te tira a la cama, a los 25 te tira los calzones, y ya de los 30 en adelante te tira el orgullo... Créanme, esa película ya la vi... Ahí estaba yo, una puberta con ganas de comerse sin sal el mundo comercial y ahí estaba Santiago... Estaba tan guapo, que me quería comer mi propia cara... Todos los días llegaba a mi casa de la escuela y me pasaba las horas hablando con él por Messenger. Hablábamos de nosotros, de lo que nos gustaba, de lo que queríamos, de lo que no queríamos. Un día hasta hablamos de... lo que nos gustaba al uno del otro (Ríe emocionada). Hasta que me di cuenta de lo que pasaba... Él era mi Bestia por Messenger... Pero en la escuela era todo un Gastón... No... Lefou, por lo gordo... En fin, hablábamos hasta de cómo queríamos...

(Hablan a través de computadoras, cada quien en su habitación.)

SANTIAGO: Perder nuestra virginidad.

VIRGINIA: ¿Qué?

SANTIAGO: Sí, mira... ¿Me quieres?

VIRGINIA: Claro... Eres el amor de mi vida...

Cosa que era cierta

SANTIAGO: Pues yo también te quiero... Te quiero mucho. Tanto que me gustaría pasar este momento tan importante contigo...

VIRGINIA: ¿De verdad?

Eso me congeló... era todo un hombre. La madurez con la que lo dijo... (Corrigiéndose) La madurez con la que lo escribió fue sobrecogedora. Él lo veía como un momento importante de su vida... Como el matrimonio... ¡Y lo quería pasar conmigo!

SANTIAGO: Sí, contigo. Sabes que voy a estar contigo para siempre...

Cosa que no era cierta.

VIRGINIA: Y yo contigo, Santi... Quiero hacerlo...

Sí quería, pero no en ese momento. Sentía que se me iba, y sólo quería que cumpliera su palabra, que estuviera conmigo para siempre... Entonces... así fue como perdí mi virginidad... No es cierto, pero sí lo perdí a él... Verán, nos quedamos de ver en la tienda de La Güera a la vuelta de la Prepa, después de clases. Y de ahí nos íbamos a su casa, porque no estaban sus papás... Pero a la hora de la hora no fui... Fingí estar enferma y me quedé en mi casa. A pesar de que ese día podíamos ir con pantalón de mezclilla, que era como los bombones de los Lucky Charms. Me quedé, a pesar de que ese día tenía examen de mate. Me quedé, a pesar de que sabía que lo podía perder... Y al día siguiente, llegué a la escuela. Tan apenada como si de verdad lo hubiera hecho.

MIREYA: ¿Qué tienes, Vico?

VIRGINIA: Nada. ¿No has visto a Santi?

MIREYA: No... ¿A qué hueles?

VIRGINIA: ¡A nada, no hice nada!

MIREYA: Me refiero a tu perfume...

VIRGINIA: ¡Ah!... Es shampoo de manzanilla.

Y nadie lo vio ese día. Ni el siguiente. Ni el siguiente... Ni en los próximos 8 años ¡Se había mudado a Aguascalientes! ¿Por mí? ¿Por mí? ¿Fue por mí?... Pues eso es algo que hasta ahora no se... Bueno, tal vez Santiago no era el amor de mi vida... Pero sí me hubiera gustado que fuera...

Mi mamá se casó a los 20. Y siempre me dijo “Cásate a los veinte... Virgen, pero no tan decente” Y los 18 tuve mi primera encrucijada. Podía estudiar una carrera como todos mis compañeros y olvidarme de alcanzarme a mí misma en el altar o podía olvidarme de lo que me habían enseñado como el camino correcto y empezar a buscar al amor de mi vida hasta debajo de las piedras... Siempre quise ser psicóloga... Así que... ¡decidí seguir mis sueños! Empecé mi búsqueda por el candidato perfecto, y obvio no fue tarea fácil, pero bueno, en el amor no hay tarea fácil. Y es que cuando empiezas a buscar, al amor no lo encuentras ni en tu madre... Pero cuando dejas de buscar, cuando más te fastidias del amor, llega Víctor... ¡Ahh! (Suspiro)

(Entra un hombre vestido de novio, como salido de los sueños de Virginia, el hombre perfecto.)

Ah, y ya no era Bella, sino Aurora, de la Bella durmiente... Si yo me dormía en clase, llegaba Víctor, como el príncipe Felipe que era, y me daba un café ¡Gracias, Víctor! Si me sentía mal, llegaba Víctor con unas pastillas de la Similares, era un príncipe figurado, no era rico ¡Gracias, Víctor! Se moría mi perrito Ramón, y llegaba Víctor con flores y un ataúd para perros... (llorando) ¡Gracias, Víctor!

VÍCTOR: No te preocupes Vicky, todo va a estar bien, estoy contigo.

Ay, hasta se me movió la matriz...

(Se envuelven en un vals salido de una película de Disney.)

Era perfecto, tal y como me lo imaginaba. Guapo, alto, delgado, con tendencia a la calvicie... Y me hacía sentir que valía menos que un cacahuete... ¡Ay, qué romántico! Si le podíamos encontrar un defecto... Era que...

VÍCTOR: Soy gay.

Sí, ya sé lo que están pensando. Yo me quedé igual.

VIRGINIA: ¿Qué?

VÍCTOR: Soy gay.

VIRGINIA: Ah, Okay... Y... ¿Cómo piensas que esto va a funcionar?

VÍCTOR: Bueno, toda mi vida me han gustado los hombres, pero últimamente... pues quiero experimentar.

VIRGINIA: Este... ¿Experimentar?

VÍCTOR: Me gustas mucho, Virginia. Creo que tenemos una conexión única y... me encantaría que fuera para largo. Que nos dejáramos fluir.

¿Quieres terminar en terapia?... Déjate "fluir".

VIRGINIA: ¡Qué lindo, Víctor! Tú también me gustas mucho.

(Se besan. Virginia cierra los ojos y se sumerge en el romance, mientras Víctor mantiene sus ojos abiertos y la mira.)

Ay, ya sé ¡No me mire así, señora! Hay que ser modernas. O sea, yo estoy en pro de la superación de las normas de género y de la eliminación de etiquetas innecesarias. Por qué no dejarme "fluir" con el amor de mi vida... A partir de ese momento, yo era otra Virginia. Una nueva y

con ganas de probar lo que era ser y llevar nuestras relaciones a un plano en donde la modernidad las amolda a lo que quieren ser y no lo que deben ser.

Víctor y yo salimos tres meses y ¡boom!

VÍCTOR: Virginia, ¿quieres ser mi novia?

VIRGINIA: ¿O sea que ya no eres gay?

VÍCTOR: Soy Víctor... Y estoy listo para decirte que... “Te amo, Vicky”.

VIRGINIA: ¡Entonces sí!

¡No me vea así, señora! Usted siempre esperándose lo malo.

La relación con Víctor fue la más sana y bonita que he tenido en toda mi vida. Yo sabía que en el ámbito sexual, pues él era como... Ambidiestro, seguramente, pero lo que quería era estar conmigo...

VÍCTOR: Hice palomitas.

Los planes se hacían entre dos, y poco a poco él empezó a tomar la forma de ese príncipe que siempre soñé.

VÍCTOR: Si quieres tú elige qué ver.

Ni siquiera hacía falta que soñara, porque todo lo que estaba pasando era como una comedia romántica guionizada, para que yo por fin... dijera “acepto”.

VÍCTOR: Bueno, entonces elige, toma el control. Por cierto, el viernes vienen a cenar Saúl y tu prima, pero a tu mamá le dije que nos íbamos a ir a Delicias.

VIRGINIA: ¿Por?

VÍCTOR: Pues siempre dices que te pone de nervios. Mejor la distraemos, ¿no?

No hay nada más romántico que cuando te ponen atención.

Entonces lo besé como si mi beso fuera la recompensa por escucharme y dominar las decisiones maternas que me llevaban a tener crisis nerviosas... De pronto vi una servilleta que salía de su bolsa... (la toma y

lee su mensaje) -Me encantas-...

VIRGINIA: ¿De quién es? ¡Ya sabía! ¿Con quién me estás poniendo el cuerno, cabrón?

VÍCTOR: Vicky, no es lo que tú crees.

VIRGINIA: ¿A no?, porque lo que parece es que andas volado con alguien... Y estoy 78% segura que es la vieja de Recursos Humanos.

VÍCTOR: No, no es eso.

VIRGINIA: ¡Explícamelo, entonces!

VÍCTOR: No hay nadie. Es fácil de explicar.

VIRGINIA: ¡Pues explícame!

VÍCTOR: No puedo, es que, pasa que... (*Víctor cae al piso y comienza a hacer movimientos extraños*)

Y empezó a bailar en el piso...

VIRGINIA: No bailes, idiota ¡Explícame! O me voy... Víctor... Me estoy yendo... Víctor... ¿Qué es eso? ¿La lombriz?... ¡Víctor...! ¡Víctor!

Era epiléptico.

DOCTOR: ¿Familiares de Víctor Franco?

VIRGINIA: Sí... Soy yo, doctor. ¿Está bien?

DOCTOR: Sí, va a estar bien, no te preocupes.

VIRGINIA: Gracias.

DOCTOR: Fue una convulsión clónica, pero está bajo control.

VIRGINIA: No sabía que tenía epilepsia, se lo juro.

DOCTOR: Uno tiene que conocer todo de la pareja, ¿no?

VIRGINIA: Bueno, así como, todo, todo, no sé...

DOCTOR: Tenemos varios cursos. Sería bueno que estuvieras enterada de cómo atender este tipo de crisis... Es necesario, sobre todo si piensas pasar toda la vida con él, señora Franco.

VIRGINIA: Ay, doctor... ¿Cómo cree?

DOCTOR: El joven pensó que se iba a morir. Y en cuanto llegó al hospital, me pidió que te diera esto...

Y el doctor sacó un anillo de su bata ¡Me propuso matrimonio! La piedra era... era... circonio, plata, de Parral... Bueno, no se olviden que era Víctor el que me lo proponía. No el doctor... Me sentí tan mal por inculpar al pobre y hacerlo sentir como que era un “pone cuernos”. Entonces... dije que sí ¡Acepto, Víctor!

Así fue mi boda. Imagínenme en un vestido hermoso, caminando por la catedral. Mi papá llorando, mi mamá peleando con mi suegra por nietos que ni existían, mi tía Lupe tragando en misa, como siempre. ¡Ay, mis sobrinos hermosos!, uno jugando con el velo y el otro llorando; me dan ganas de amarrarme las trompas cuando los veo. Y Víctor ahí. Guapo... Elegante... Con un exquisito gusto por la moda y un cutis perfecto... Todo él era perfecto. Y era mi mejor amigo.

El nuestro era un matrimonio contemporáneo perfecto. No hubo luna de miel, así que pasamos directo a lo bueno... A una casita de Infonavit y mi foto nupcial, en blanco y negro, colgada en la sala de mi mamá, ¡lo logré!

Una noche normal yo llegaba del trabajo, y mi ropa ya estaba perfectamente lavada, almidonada y planchada, la cena lista y los platos limpios. Viernes de series y lunes de mascarillas. Y hasta postre le daba tiempo de hacer... Esa noche normal... me puse mi mejor ropa interior. Me maquillé, me ricé el pelo... Estaba mejor que Demi Moore en “Strep-tease”. Víctor era mi príncipe y yo... una zorra... ese día quería... quería... quería postre, pues... querías experimentar, ¿no?, pues llegó tu momento... Entonces Víctor entró al cuarto. Y yo lo sorprendí, lo tiré en la cama... me le puse encima y comencé a besarlo... Y mi beso bajó... y bajó... y bajó...

Y así fue como perdí la virginidad.

Okay, no... aún no... mi beso bajó y bajó, y se podría decir que perdí media virginidad... Y cuando mi beso estaba mejor que nunca... El idiota se empieza a retr... ¿Quién se ríe cuando le están hablando a su micrófono? Él sólo se paró y dijo -Perdón-, con su carita de tonto...

Esa noche durmió en la sala, por mamón. Y no lo vi hasta el día siguiente que yo llegaba de trabajar. Llegué... con la esperanza de hablar del tema y del por qué el inútil se escapó y no durmió conmigo... abro la puerta y ahí estaba... ¿Saúl? (el mejor amigo de Víctor) ¡¿Saúl?! estaba en mi cama, cogiendo con una güera sin chichis.

VIRGINIA: ¿Qué haces aquí, Saúl? ¡Qué asco! Váyanse... ¡Víctor!

VÍCTOR: No, Vicky...

¡LA GÜERA ERA MI MARIDO!

VIRGINIA: ¡Víctor! ¿Qué te pasa?

VÍCTOR: Vicky, puedo explicarte, es que...

VIRGINIA: Vicky mis huevos...

VÍCTOR: Estaba pensando en abrir la relación ¿Qué te parece?

VIRGINIA: *(Irónica)* ¡Ay, qué padre!, pero un detalle ¡Eso se pregunta antes de abrirla!

VÍCTOR: Bueno, igual estábamos fluyendo.

VIRGINIA: ¡Vete de aquí! No quiero volver a verte.

Y así, después de la plática más melodramática de mi vida, terminó mi primer matrimonio... Hay algo tan violento que se esconde detrás de la falta de honestidad. En su falta de empatía al tomar decisiones. Y es que la empatía es un derecho... No una opción, pero la gente no lo sabe. Y fue muy doloroso darme cuenta que Santi... digo, Víctor, no era el amor de mi vida, y saliera de ella de la mano de otras tres o cuatro personas... pero bueno... me quedé con la casa...

El dolor se dice fácil. Caerte... Cortarte... Un golpe en la bubi, pero el dolor en el corazón es el peor, porque no se puede ver. Si me caigo y me corto, la gente ve la herida y puede entender mi sufrimiento, pero cuando tu corazón es el que tiene la herida... nadie puede entender el desgarró, el hoyo en el estómago, el dolor físico, y literal que se siente a la altura de las costillas... Y créanme que sé de dolor literal. Y más desde que conocí a Sergio...

Era en mi etapa de Yuri y Amanda Miguel. Cuando escuchaba canciones de señora. En esa etapa de mi vida creció mi colección de tupperts y bajó mi autoestima... Y es que yo ya no me producía. Parecía un moco junto a una foto mía de hace dos años. Por eso decidí meterme al gimnasio... Y ahí conocí a Sergio. Él era uno de esos orangutanes, uno de esos eslabones perdidos que juntan lo mejor de las características físicas del homosapiens y el homoerectus... El eslabón perdido... Él me ayudaba cuando me tocaba pierna en el gimnasio, lo más aburrido y tedioso, pero Sergio era uno de esos hombres que a través de obscenidades y piropos puercos, te hacen sentir la mujer más bella del mundo. Nuestro amor comenzó un día que, de verdad, me puse mis pantalones del milenio y me atreví a invitarlo a salir.

VIRGINIA: *(Tímida)* Oiga entrenador...

SERGIO: Dime Sergio...

VIRGINIA: Oiga Sergio...

SERGIO: Háblame de tú.

VIRGINIA: *(Muy nerviosa)* Sergio... me preguntaba... no sé sí... si quisieras... ir conmigo a tomar... un algo... café...

Así, con seguridad y la frente en alto, le pregunté... Y dijo que sí. Fuimos a un café que estaba enfrente del gimnasio.

VIRGINIA: Un café americano, por favor...

-¿Y para el caballero?- dijo el mesero

SERGIO: Nada... Por ahora.

Y de pronto de su mochila sacó un termo de metal... ¿Quién se

lleva a una cita su propia bebida?... No sólo sacó eso. No, también sacó un bote de 1 kilo de proteína... Y se hizo su propio batido... Esos son hombres.

A Santi le gustaban los pau pau en la primaria... A Victor le gustaban los Cosmopolitan, pero a Sergio... los batidos de proteína... Y ni siquiera era de chocolate ¡Esos son para niños! Ese día salí del café sintiéndome que había cambiado de película... Ya no era La bella durmiente. Ahora era Jane y Sergio era mi Tarzan... ¡Y qué Tarzan!... Lo único que le faltaba era la melena... Es que era pelón.

Y así comenzó mi ronda de citas con Sergio... Nuestra cita numero 10 fue a escalar... En la cita 25 fuimos a remar a la presa... Y en la 32 fuimos a un romántico restaurante... Tacos la pulga 2 x 20... Y ahí me pidió que fuera su novia...

VIRGINIA: ¡Sí!

Apenas lo podía abrazar... Es que me dolían los brazos después de todas esas citas... Llegamos a su casa y ya me sentía la señora de la Garza... O de la grasa...

VIRGINIA: Ay, mi amor, me duele cañón la panza. Yo creo que me cayeron mal los tacos...

SERGIO: Ah, pues sal a caminar, Virginia.

VIRGINIA: Pues sí... ¿Me acompañas?

SERGIO: Virginia... ¿Que no ves que ya empezó la pelea?... Al rato te alcanzo, ¿va?

VIRGINIA: Va...

La señora de la Garza sale a caminar para bajar los tacos. Con la frente en alto y las pompis redonditas y paraditas... Las citas con Sergio me habían servido mucho... Camino pensando que mi amor, mi único y grande amor me va alcanzar ahorita en la...

Y ahí fue cuando lo vi... Okay aquí es necesaria hacer una pausa...

¿Alguna vez han tenido cólicos? Bueno y para nuestros queridos hombres voy a permitirme describir lo que es esa tortura, cortesía de nuestro “pecado original”... (La actriz improvisa un acto sobre la menstruación, ya que el autor de este texto no tiene la autoridad biológica de explicar este hecho fisiológico) Y bueno, eso imagínenlo, pero multiplicado por 10... Y en todo el cuerpo... Eso es lo que sentí cuando vi a Santi en la calle... Bueno, ya no era Santi... Era Santiago. Se veía guapísimo, con una playera blanca y un saco negro. Mezclaba perfectamente la casualidad de nuestra relación y la formalidad de mi imaginación... Él se estaba bajando de un carro 2017. No era nuevo, pero como si lo fuera, no traía luces, pero como si trajera, y tenía una abolladura, pero eso no importa... Las abolladuras son la celulitis de los carros ¡Todes tienen! Se veía perfecto de peinado a zapatos. De mano a mano... Sus manos fuertes y con venas en el... Ay no... ¿Qué es eso en su mano derecha...? No... no, no puede ser... Un anillo. Santiago, mi Santiago, estaba casado... Sentí que mis intestinos se subieron por mi esófago para ahorcarme... ¿Qué hago? ¿Me voy...? ¿Lo saludo...? ¿Me escondo...? Sí, creo que lo mejor sería que...

VIRGINIA: Hola, Santi.

Ay, pendeja, ¿qué hice?

SANTIAGO: ¿Virginia?

VIRGINIA: Hola.

SANTIAGO: *(Ríe)* Hola, Virginia ¡Wow!, ¡hace años que no te veo!

VIRGINIA: Sí... hace algo.

SANTIAGO: ¿Cómo has estado?

VIRGINIA: Súper bien...

SANTIAGO: ¿Tienes novio?

¡¿QUÉ?! ¿Por qué me preguntó eso? ¿Por qué me preguntó eso? ¿Por qué me preguntó eso? ¿Por qué me preguntó eso? ¿Por qué me preguntó eso? ¿Por qué me preguntó eso?... Tranquila Virginia...

VIRGINIA: No...

Ándale, canija, ya te gustó andar de fluida.

SANTIAGO: ¡Qué bien! Yo estoy...

VIRGINIA: Muy bien. Se nota.

SANTIAGO: De vuelta en la ciudad.

VIRGINIA: Ah, qué bien.

SANTIAGO: A ver si un día salimos...

VIRGINIA: Va... Súper, un día... Vemos.

SANTIAGO: Va...

Me di la vuelta y caminé como si del otro lado de la calle hubiera un baño.

SANTIAGO: ¡Oye, Virginia!

Y volteé más rápido de lo que se pega el herpes.

SANTIAGO: Creo... quien sabe... hubiéramos hecho buena pareja...

¿Oyeron...? ¿Oyeron? Fue mi corazón, rompiéndose. Si ponen atención, el eco se sigue escuchando a través del tiempo. Esa noche me cambió, estaba decidida a mostrarle a Santi que yo también estaba bien, que yo también era feliz... Que yo también podía... Casarme... Ese día, mientras Sergio me comía la cara. Lo detuve y lo dije sin pensar...

VIRGINIA: ¿Te quieres casar conmigo?

SERGIO: ¿Segura? ¿Quieres ser mía por el resto de tus días?

VIRGINIA: ¿En dos meses bien?...

Y así fue mi segunda boda... Tercera, si cuentan la vez que Santi y yo nos casamos en la Kermes del 20 de noviembre. Sergio y yo nos casamos rápido y sólo por el civil... Estuvo padrísimo, como boda de película alternativa. Así, recién bañados y con un vestido blanco, pero cero nupcial, que decretaba toda la rebeldía de mi acto... Bueno, la verdad no. La verdad es que tenía miedo de caminar por el altar y ver a Dios a los ojos.

¿Qué le iba a decir? -Hola, soy yo otra vez. El otro no me funcionó, ¡pero mira este!- No. Soy decente... Pero este matrimonio sí fue... pues... más a la mexicana... como el de mi mamá, pues... Yo me tenía que levantar a las 5 de la mañana para poner a remojar la avena de Sergio y alistar su bolsa del gimnasio. Él necesitaba descansar... Yo hacía tres desayunos. Dos para él, de distintos regímenes alimenticios, y uno para mí. Es que de verdad él necesitaba descansar. También aprendí a planchar con almidón. Es que Sergio no podía tener arrugas en sus camisas. Aprendí...

Aprendí lo que significa ser una esclava. Sergio quería que su esposa se convirtiera en su mamá. En una esclava que tenga limpia la casa, que cocine, que luzca espectacular y que en la cama lo mantuviera satisfecho y descargado... Ay, pero ahí sí no. No podía... ¿Qué podía hacer? Y eso enfurecía a Sergio... Era otro... Y yo sabía que él se acostaba con sus alumnas del gimnasio, pero eso no bastaba para que no llegara a la casa, hecho un energúmeno que sólo quería...

(Escuchamos gritos atemporales de un hombre, cuya sombra creció más que su cabeza).

SERGIO: Cállate, Virginia... quita esa cara de estúpida... Te estoy hablando... ¡No me contestes, Virginia!

VIRGINIA: Sí, Sergio.

SERGIO: "Sí, Sergio", "sí, Sergio..." ¿Eso es lo único que sabes decir?... Explícame qué salió mal contigo, ¿con qué tipo de hielo me casé? ¡Eres una frígida hija de la chingada! Ni un hijo me puedes dar, menos vas a preparar bien la avena...

VIRGINIA: Sí, Sergio...

¿Alguna vez se han quedado sin aire?... Y es que mi mamá nunca me dijo que el matrimonio dolería tanto. Las cosas que me decía eran suficientes para no verlo a los ojos. Mi mamá nunca me

dijo que tenía que aguantar ser pisoteada e ignorada. Mi mamá nunca me dijo que un beso se convertiría en moretones... -¿Qué te pasó en la cara, Virginia?- Me preguntó nuestra vecina -Mi perro me tiró cuando lo estaba bañando-, nunca he tenido perros... ¿Cuánto debes aguantar para darte cuenta que te están quitando tu vida? Cuánto debo aguantar para decir...

VIRGINIA: No, Sergio. No. Me duele...

Pasaron tres años. Y cada año me volvía más “estúpida”, más “frígida”, más “fea”, más “gorda”. No podía ir al gimnasio, porque lo podía avergonzar. No podía trabajar, porque seguro con ellos sí me acostaba... Estaba convencida de que esto no era un matrimonio, que nunca había sido tan infeliz. La casa que Sergio compró era gigante, pero mis pies se hacían cada vez más chiquitos. Los muebles y pisos eran nuevos, pero mis manos se curtían con ellos cada día... Quería pedirle ayuda a mi mamá...

(Virginia y su mamá doblan ropa. Virginia la mira sin levantar la cara)

VIRGINIA: Mamá, no sé si soy feliz.

MAMÁ: Ay hija, ese hombre te tiene viviendo como una reina, lo tienes todo. Yo nunca te había visto tan feliz.

Entonces me di cuenta que, para mi mamá, ser feliz era tener tele en cada cuarto y poder ayudarla con los gastos de su casa...

VIRGINIA: *(Sonriéndole a su madre)* Sí.

Aguantar se convirtió en un deporte de supervivencia y esconder las marcas de la “felicidad”, una habilidad; pero había un momento en el que podía dejar las apariencias y salir a respirar sin tener miedo de las reacciones violentas de Sergio. Era en la mañana, cuando él estaba en el trabajo y podía salir por las tortillas, pero esas dos cuerdas eran suficientes para tomar aire antes de volver. Para que el hielo se calentara con los rayos del sol..., pero todo cambió el día que se me rompió la bolsa de las tortillas...

VIRGINIA: ¡Ay, no! ¿qué voy a hacer? Sergio me va a matar.

(Llora y recoge las tortillas del piso)

Y cuando recogí la última y levanté la mirada, lo vi... Era Santi. Se bajó de su carro, le dio la vuelta por enfrente, abrió la puerta del copiloto y se bajó su esposa con un bebé en brazos. Se veía... ella... se veían felices. Y la manera en que Santi la trataba... eran un matrimonio... eso me marcó. Esa tarde esperé a Sergio en la sala...

(En una sala oscura. Sergio entra a la casa, escabulléndose en la oscuridad, hasta que encuentra a Virginia, sentada en un sillón.)

SERGIO: ¿Qué haces aquí?

VIRGINIA: *(Hablando con miedo y al piso)* Te estaba esperando.

SERGIO: Ya te he dicho que me carga que me esperes en la sala. No eres mi mamá.

VIRGINIA: No, no soy, entonces puedo dejar de limpiarte la cola.

SERGIO: ¿Qué?

VIRGINIA: Que estoy harta, Sergio. Nadie, en toda mi vida, me había enseñado lo que significa ser nadie.

SERGIO: *(Ríe)* ¿Qué estuviste viendo en la tele?

VIRGINIA: Quiero el divorcio...

SERGIO: ¿Qué?

VIRGINIA: Lo que escuchaste.

SERGIO: Virginia. No te puedes divorciar de mí. Mírate; estás gorda, fodonga, ¿a quién le podrías gustar? No eres nada, tú misma lo dijiste... Hazte un favor y sirve la comida.

VIRGINIA: No me vuelvas a decir que no soy nadie. Y no me vuelvas a tocar.

SERGIO: ¿A tocar? ¿A tocar? Virginia, nunca me has dejado tocarte, nunca he podido estar con mi mujer. En tres años que llevamos casados, nunca me has cumplido.

VIRGINIA: Me das asco.

SERGIO: ¿Que dijiste? ¿Qué dijiste? ¡Habla!

VIRGINIA: (*Lo mira*) ¡Que me das asco!

SERGIO: ¿Te doy asco? Te da asco que te toque... (*Con su mano en la entrepierna de Virginia*) Que te toque así.

VIRGINIA: (*Aterrada*) No, Sergio.

SERGIO: ¿No quieres que te toque así? No quieres... Dime que te gusta.

VIRGINIA: Suéltame.

SERGIO: (*Con fuerza*) Me vas a decir que te gusta, que eres mi mujer.

VIRGINIA: Por favor.

SERGIO: Esto te va a saber a gloria...

VIRGINIA: No, Sergio, Sergio, ¡no! ¡Sergio!

Así perdí mi virginidad.

Lo curioso de ser lastimada, de una manera tan antinatural, es que dejas de ser tú. Te conviertes en la sombra, en el miedo. Tenía miedo de que Sergio se fuera y que de una vez por todas me quedara sola, pero... tuve que aprender que si Sergio se iba de una vez por todas, sería nada, porque Sergio se había desecho de mí hace mucho tiempo. Esa noche corrí en la madrugada y lo denuncié... Me quedé en la fiscalía, hasta que llegaron con él. Y ahí sentada, en ese frío asiento de metal, Sergio me dio un último golpe con su mirada.

Yo no soy una mujer. Una mujer se define por muchas cosas, además de lo que tiene entre las piernas o sus características físicas; pero yo no soy una mujer. Una mujer nunca se puede definir por cómo se le mira o cómo la sociedad se ha empeñado en construirla a través de una mirada masculina... Una mujer jamás debe ser definida por el miedo, por el hastío de una mirada o por ser incapaz de tomar un Uber a las 4 de la tarde, por miedo a que se

deshagan de mí en algún callejón entre mi humanidad y la bestialidad de nuestras vendas. Yo no soy mujer, pero, ¿por qué siento tan cercano el dolor? ¿Por qué las calles se vacían cuando decido no dar un paso en falso?

-Tenía puesto su uniforme-

- Se la llevó su tío-

-Me mataron a mi hija-

Y yo no puedo, ni quiero volver a perderme. No quiero perder a mis hermanas, a mi mamá o a una amiga, porque la sociedad decide voltear la mirada y señalar líneas en las paredes o fuego en las calles. Yo no soy una mujer. Yo soy un espejo como los asientos metálicos de la fiscalía. Y me rehúso a creer en una imagen impuesta sobre mí misma. Me rehúso a apropiarme de una narrativa que no es mía. Y, sí, en esta sociedad es un requisito para seguir con vida...

Yo no soy una mujer.

Tuve que empezar de cero; sin trabajo, sin casa, sin nada. Me fui a vivir con mi mamá ¿Saben lo que es irte a vivir con tu mamá después de tu tercer matrimonio fallido? Me regaló un gato. Y es que ella juraba que de ahí no iba a salir. Y yo le tenía que demostrar que se equivocaba. Que era moderna e independiente, así que cuando pasó un tiempo congruente a mi moral... Descargué Tinder...

No me mire así, señora... ¡Otra vez usted y su mirada!... Mire, Tinder es... como el Candy Crush. pero en vez de niveles y frutas, son hombres y... verduras. Mire; si le gustamos, es un match, si quiere hablar te vas al chat, y si quiere quedar... pues ya chingaste... Ahí conocí a muchos galanes, pero ninguno quería nada serio... así que edité mi perfil... “Mujer de 34... 30 años, busca una relación estable y de largo plazo. La primera página de tu cuento de hadas” Y ese fue mi peor error. Nadie busca a una intensa que ponga eso en su descripción... Pasó un día y no tenía ni un solo match, así que volví a editar mi descripción... “30 años... 4:20”

¡Me llovieron los match!

(A alguien del público) Tú sí sabes qué significa, ¿verdad cochina?... Yo tampoco... Y me quedé con tres posibles prospectos... El primero era Gabo, un chavo que juraba que era un militar de Puerto Rico que estaba en México, de vacaciones. Todo iba bien, era buen prospecto, hasta que un día me dijo que le recordaba a su mamá... Next. No queremos Edípos... El segundo era Richie, un escritor de 36 años que vivía cerca de mi casa, eso me iba a hacer ahorrar gasolina. Era redactor del Herald, eso me iba a hacer ahorrar en periódicos y tenía tres novelas policíacas publicadas. No mames, cuando le contara mi historia se iba a convertir en Stephen King, el wey... Next... El tercero era Daniel, un bombón, era dentista y tenía su propio consultorio por el Periférico... ¡Ay, al fin me llegó mi doctorcito! Lo malo es que era chaparrito y junto a mí, pues iba a parecer que traía colgando el tampón; pero bueno, me di la oportunidad y quedamos de vernos en un restaurante súper elegante. Así que, como en toda buena primera cita, me puse un vestido blanco... Para la suerte... 70% dama y 30% ZARA... Ya saben, cara y descosida... Llegué temprano al restaurante... No es por ser mamona, pero iba echando tiros.

Llego... me siento -Un vaso de agua por favor-, no me quería ver tan atascada... aún. Y esperé... 20 minutos... 30 minutos... -Otro vasito con agua por favor, ahora con tres hielitos-, cuarenta minutos... una hora... DOS HORAS -Una copa de vino, ¿sí?- El idiota me dejó plantada ¿Saben qué? Es que él no sabe el trabajo que hay detrás de esta cita. No sabe que me levante a las 7:40, me puse una mascarilla, me metí a bañar, canté todo el álbum de servicio de lavandería de Shakira y me puse un vestido nuevo, sólo para que el idiota me dejara plantada. Lo peor es que vendí al gato para comprarme el vestido. Y la culpa... la culpa la tengo yo, porque está en mi naturaleza hacerme expectativas. Toda mi vida, cuando algo me

ha apasionado, lo primero que hago es pensar en lo que puede o no pasar. Lo que quiero que pase... Lo que quiero que las demás personas digan o sientan. Por más que me pasa, no he aprendido que ese es el veneno de las relaciones... Hacerte ilusiones sobre lo que una persona puede o no hacer o sentir, te destruye de a poco.

Ahí estaba yo con mi copa de vino y una hamburguesa embarrada en la cara... Tenía que desquitarse la salida... Y me la comí como si estuviera en mi casa... Con las manos, nada de servilletas, ni cubiertos, ni...

RICARDO: ¿Virginia?

¡Ach! Una no puede atragantarse a gusto, porque sale algún conocido hasta de entre las piedras a humillarte. Volteo, lentamente, limpiándome la cara con la mano... ¿Ricardo? ¿Richie? ¿El escritor?

RICARDO: ¿Qué onda? ¿Qué haces aquí comiendo sola?

VIRGINIA: No, es que... me vine con... estaba...

RICARDO: ¡No me digas que te dejaron plantada!

¿Qué te pasa, remedo de Juan Salvador Gaviota? ¿Crees que alguien puede dejar plantada a una diosa como yo?

VIRGINIA: Sí.

RICARDO: A mí también.

VIRGINIA: ¿De verdad?

RICARDO: Sí, quedé con un chava y nomás no llegó.

VIRGINIA: Pues, tocayo... Ya somos dos.

RICARDO: ¿Me puedo sentar?

VIRGINIA: Claro.

RICARDO: Me trae una igual por favor... Es que te la comes bien rico...

VIRGINIA: Jeje. *(Deja la hamburguesa en el plato, con desdén)*

RICARDO: ¿Sabes cuál es la maldición del escritor?

VIRGINIA: ¿Cuál?

RICARDO: Las expectativas. Quedé con esta chava y me imaginé hasta los diálogos de mi escena romántica... Y al final... Ni vino. De oquis la rasurada y la camisa de ZARA, caray.

¿Qué? ¿Un hombre medianamente decente, remedo de Jordi Rosado, y económicamente estable, me habla de expectativas?... (A modo de marcha nupcial) Tintin tin tin Tintin tin tin...

Y así comienza mi cuarta historia de amor. Y ya no era Jane... Con Ricardo era como... Bueno, con él se me acabaron las analogías de princesas... Es que era demasiado bueno... Y no voy a compararme con esas nuevas princesas todas empoderadas, y sin ningún galán. Qué chafa... Ricardo era amable, talentoso, respetuoso y... nomás no me atraía ni un poquito, pero, ¿qué podía hacer? El temporizador de mi útero ya estaba sonando... Era Ricardo o nada...

Comencé a salir con Ricardo, y cuando menos lo esperaba, ya estaba de compras con su mamá consiguiéndole un regalo para nuestro segundo aniversario. Todo iba muy bien, pero era... pero era... ¡Ay, era muy aburrido!... Cuando estábamos solos, me ponía a contar los puntos del techo.

(Virginia y Ricardo durante el sexo)

VIRGINIA: 47, 48, 49...

RICARDO: ¿Qué dices, mi amor?

VIRGINIA: Ay, ya me hiciste perder la cuenta...

RICARDO: ¿Qué?

VIRGINIA: Ay, nada, mi amor... Sigue... *(Fingiendo)* ¡Ay sí!

RICARDO: ¿Sí terminaste, mi amor?

VIRGINIA: *(Irónica)* Uy, sí, mi amor, muchísimo...

Esa noche, después del sexo más soporífero de la vida, fuimos a cenar para celebrar nuestro aniversario. Y yo... Yo iba con la idea de terminar esta relación. No tenía caso seguir...

VIRGINIA: Ricardo...

RICARDO: Wow. Me dijiste Ricardo... Bueno, antes de que digas cualquier cosa. Déjame decir algo.

Y el ridículo se puso de rodillas. ¿Qué iba a hacer? Con su sueldo, lo único que podía era limpiarme los zapatos.

RICARDO: Virginia, tú y yo llevamos ocho meses saliendo y sólo tres de novios, pero nunca pensé que me sentiría como me siento...

VIRGINIA: ¿Cómo?

RICARDO: Como un Orfeo moderno. Te quiero dedicar todo. Quiero que mi arte salga de tus manos y dedicar cada palabra para que el mundo te vea a través de mis ojos. Quiero que *(Se le quiebra la voz)*... Voy a leer algo que escribí... *(Exagerado)* Anoche le enseñé a mi cabeza a estar en tu regazo y ya no quiere levantarse. El tiempo vuela, las canciones pasan de moda y las personas mueren. Las luces de los automóviles enciegan la luz de la luna, pero nada puede cegar la luz de tus ojos. Al tomar lápiz y papel, lo único que puedo dibujar es tu nombre, y bajo mis renglones y letras lo único que vislumbro es un futuro contigo. *(Saca un anillo)* Virginia, ¿quieres ser mi mejor amiga, mi Eurídice, mi compañera y amante? *(Virginia lo mira confundida)* ¿Te quieres casar conmigo?

VIRGINIA: ¿Nos vamos a casar por la iglesia?

RICARDO: ¿Qué?... Virginia, sabes que no creo en...

VIRGINIA: ¡Entonces sí!... Por cierto, te compre una pluma...

Ooh, no me juzguen así ¿Qué le iba a decir a Dios? -¡Hola! Soy yo, OTRA VEZ. Sí, sí, ya sé que la tercera es la vencida, pero la cuarta es la definitiva- Tenía miedo de que Dios me juzgara por... por... por engañar a alguien tan bueno como Ricardo. Él me amaba como nunca nadie me había amado. Pero ¿qué puede hacer una ante una situación así? ¿Decir la verdad? Eso sí, jamás. No. Yo tenía que aprender a amar a Ricardo, como

cuando te quiebras el brazo y te ponen un yeso y al principio te cala, te da comezón, pero luego te acostumbras. ¿Qué tan difícil podía ser? (Al público) Digo, si la señora lo hizo, ¿por qué yo no?... Ricardo se esforzó mucho para darme la boda que nos merecíamos. Fuimos al registro civil y oficialmente ya éramos marido y mujer... Y con sus regalías de la novela “Las arrugas de la planchada”, ¡pagamos una boda en Mazatlán! era todo perfecto. Invitamos sólo a nuestra familia y amigos cercanos. Y teníamos que estar a las 12 en el centro de convenciones porque de ahí salía el camión. Entonces empezó el viaje. Los suegros iban peleando, mi tía Lupe iba viendo la misa del papa por Telefé y mi mamá... Ah, mi mamá no quiso ir... Dijo que ya era demasiado doloroso ver cómo yo personificaba la tasa nacional de divorcios, pero nada de eso me importó... Yo iba mentalizada a pasar las mejores vacaciones con el hombre que amo... con mi futuro marido... con Richie, pues. Llegamos al hotel y ya nos tenían reservado nuestro cuarto, el más grande y lujoso de todo el hotel, pero yo no quería dormir ¡Estaba en la playa!

VIRGINIA: Mi amor ¿vamos a recoger conchitas a la playa?

RICARDO: ¿Ahorita? Son las 12 y media... Mi vida, tenemos 18 horas de viaje encima. Creo que lo mejor es que nos vayamos a dormir

VIRGINIA: Ay, qué tiene... Imagínate, caminando bajo la romántica luz de la luna...

RICARDO: Mira, te propongo algo. Vámonos a dormir, y luego mañana, bien tempranito, nos vamos a caminar y recoger conchitas bajo la romántica luz del sol... ¿Sí?

VIRGINIA: Bueno... O vete a dormir, y yo voy y vuelvo.

RICARDO: ¿Segura?

VIRGINIA: Sí... es más, si me esperas despierto, podemos estrenar el jacuzzi del balcón...

RICARDO: Va... *(Ricardo trata de besarla, pero Virginia lo esquivamos amorosamente)* Te veo al rato, guapa.

Es mejor... después de todo, prefería conocer la playa yo sola que agarrada del brazo y sin poder hacer nada. Digamos que era una despedida de soltera entre las olas y yo.

Vaya, nunca creí que el mar fuera tan bello. Ahora me sentía como... Como Pocahontas... En contacto con la naturaleza, poderosa, bella y con un Kocoum esperándome en la choza... Me puse a recoger conchitas en la orilla, y sin darme cuenta ¡Traz!, una ola me tiró y caí de sentón directito en una piedra... No saben qué dolor tan maravilloso, pero no me podía quejar... Tenía el mar, la luna y toda una...

SANTIAGO: ¡Virginia!

No, Dios. No me hagas esto... ¿Por qué me mandas una prueba tan difícil...? Sé que soy de tus mejores soldados, pero cómo crees que...

VIRGINIA: Santi-ago.

SANTIAGO: ¡Virginia! Qué casualidad encontrarte aquí...

VIRGINIA: ¡Ya sé, verdad! ¿Qué haces?

SANTIAGO: No te rías eh, pero estaba recogiendo conchitas... Ya sé, “qué patético”. ¿Y tú qué haces por aquí?

Ésta es mi oportunidad. Antes de que aparezca la esposa perfecta con su niña perfecta. Dile... Dile que tú también estás perfectamente bien... Presúmele... Embárrale el anillo en su carita de ángel...

VIRGINIA: Me caso... Mañana es mi boda ¿tú crees?...

SANTIAGO: ¿De verdad?

VIRGINIA: Sí... ¿Y tú que haces acá?

SANTIAGO: Digamos... Digamos que vengo a celebrar mi divorcio...

¿QUÉ?

VIRGINIA: (*Muy tranquila*) ¿Qué?

SANTIAGO: Sí... Bueno, más que celebrar, necesitaba unas vacaciones... Es agotador que te chupen hasta el último centavo.

VIRGINIA: ¿Y tu hija?

SANTIAGO: ¿Hija? Nunca tuvimos hijos.

VIRGINIA: ¿Qué? Ay, no seas mentiroso...

SANTIAGO: No tengo por qué mentirte.

VIRGINIA: Bueno... no quiero que suene mal, pero una vez te vi por mi casa y tu esposa traía una bebé en brazos.

SANTIAGO: ¿Una niña pelirroja?

VIRGINIA: Sí.

SANTIAGO: Es su sobrina Catalina.

VIRGINIA: Ah...

SANTIAGO: Sí, no, nunca tuvimos hijos ¡Y qué bueno! Te imaginas lo complicado que habría sido tener hijos con la mujer incorrecta.

VIRGINIA: Sí...

SANTIAGO: Así que te casas... Bueno... Se me fue el tren.

VIRGINIA: Lo perdiste.

SANTIAGO: ... ¿Y quién es el afortunado?

VIRGINIA: Ricardo... es...te va a caer bien... es escritor.

SANTIAGO: ¿Tejedo? ¿No me digas que te casas con Ricardo Tejedo?

VIRGINIA: Sí. ¿Lo conoces?

SANTIAGO: Sí, malísimo... perdón.

VIRGINIA: No... Sí, sí es malísimo ¿leíste su última novela?

AMBOS: "*Las arrugas de la planchada*"

SANTIAGO: Churrazo.

VIRGINIA: Sí...

SANTIAGO: (*La mira*) Tu traje de baño es... ¿De Mimí?

Sí era de Mimí...

VIRGINIA: Sí... (*Ambos ríen a carcajadas*)

SANTIAGO: ¡Qué recuerdos!... ¿Cómo se me fue la onda tan gacho? Tú y yo, Virginia... ¿Cómo se nos fue la onda tan gacho?

VIRGINIA: No sé... creo que nomás no estábamos en nuestros destinos.

SANTIAGO: (*La toma de la mano*) Dicen que nacemos con un hilo rojo que nos une a nuestra alma gemela... Por alguna razón, tú y yo nos seguimos encontrando... Seguimos queriendo ser parte de nuestras vidas.

VIRGINIA: Santiago... Nunca te atreviste ¿Por qué nunca me hablaste?

SANTIAGO: Por pendejo... (*Están a punto de darse un beso. Virginia se aparta*)

VIRGINIA: Será mejor que me vaya.

SANTIAGO: Sí... te esperan... ¿No?

VIRGINIA: Sí.

SANTIAGO: Adiós.

VIRGINIA: Adiós...

(*Pausa Larga*)

SANTIAGO: ¡Virginia!

VIRGINIA: ¿Qué?

SANTIAGO: Cásate conmigo.

VIRGINIA: ¿Qué?

SANTIAGO: No te cases con Ricardo... Cásate conmigo... Mañana.

VIRGINIA: Santiago, yo...

SANTIAGO: Tú y yo Virginia... Sabemos que somos para nosotros (*La besa en la mejilla*) Mañana me dices.

Sí era el amor de mi vida.

No dormí. Me sentía sucia... pero no sucia como con lo de Sergio... Sentía que mi corazón era el que estaba sucio. Podía arriesgarme a tenerlo todo o a perderlo todo... Una nunca sabe... Me vestí. Me puse mi vestido de novia, el último, y decidí... decidí buscar a Santiago. Bajé al Lobby y pregunté -¿La habitación de Santiago? Sí, ese, el alto ¿Sí? ¡Gracias!- Fui directo a su cuarto y me dispuse a tocar, pero... no... no pude... decidí que era mejor casarme y de una vez por todas... Ser una mujer.

(Virginia camina por el altar)

Pero yo ya soy una mujer... tengo criterio y tengo toda la vida para seguir equivocándome. Para completarme yo sola... porque yo misma me eduqué a pensar que necesitaba a alguien. Claro, es de humanos sentirse sola y querer una pareja, pero lo que me he hecho a mí misma no es de humanos. No es de humanos buscar esa violencia tan básica y tan arraigada a mí misma. Richie es bueno... es bueno, pero merece a alguien que lo ame como él ama... es bueno pero yo merezco estar conmigo... Tengo que estar sola para poder estar con alguien... para poder decir... No quiero enseñarte los calzones, no quiero ser tu experimento, no quiero tener sexo contigo, no quiero que me pegues ¡No quiero ser mi propia sombra!... Richie es bueno, pero es una mentira. Esto es falso.

VIRGINIA: Perdóname, Ricardo... No me puedo casar contigo... No te amo.

Esas últimas tres palabras... Me las dije a mí misma.

Así le dije adiós a Ricardo. Frente a las miradas de toda su familia y amigos. Duele despedirte del amor, duele que te rompan el corazón y duele más romperlo tú, pero vale la pena, porque cuando el amor se va, siempre

llega otro. Y ese día, cuando no quedaba nadie, ahí estaba yo. Con los ojos hinchados de tanto llorar y las manos llenas de rimel... pero ahí estaba yo, aprendiendo a amarme, a pesar del amor. Era como si me hubiera casado conmigo misma (ríe) ¿Se imaginan tomar un camión, de Mazatlán a Chihuahua, en vestido de novia?... (ríe a carcajadas) Fue brutal, porque aunque la gente se reía o me señalaba, o me hicieran memes en Facebook, era por fin yo misma.

Era cierto... Santiago sí era el amor de mi vida... y Víctor... y Richie y hasta Sergio... Cada uno de ellos ocuparon un lugar y tiempo en el que fueron el amor de mi vida. Es un término que siempre me ha hecho mucho ruido. Pero no es un término lineal. Se mueve, y cambia, y crece junto conmigo, y en ese momento... yo era el amor de mi vida... y ese sí era para siempre. Por fin entendí que la vida me puso a mí misma en mi camino... Mi mamá me dijo "Cásate a los veinte", eso es lo que nos enseñan, es lo que mi mamá a regaña dientes soñaba de mí. Por muchos años pensé que se equivocaba y que sólo quería verme destruida en el suelo como una sombra de su pasado, proyectada en el futuro. Pero ahora sé lo sabía que fue mi madre, porque, a su propia manera, lo que me enseñó fue "conócete a los veinte", porque si con una persona voy a pasar el resto de mi vida va a ser conmigo... Es lo único que tenemos realmente. Así que eso, conócete a los veinte... Descúbrete a los 25... Y explora desde los 18, pero sin lastimar a nadie en el proceso, eh... Fluyan, pero en común acuerdo, que ya hay mucha gente indecisa que juega con uno... Supongo que lo que quiero decir es que nunca es tarde para decirle al espejo -"Hola Virginia. Somos tú. Sin importar la zozobra que esto conlleve"- (Virginia se quita el vestido. Se sienta en el sillón y por fin se relaja. Suena su celular. Virginia lo busca entre sus ropas y cojines. Lo encuentra y contesta.) ... Bueno... ¿Santiago? Sí... ¿Qué crees? Ya estoy en Chihuahua... ¿Ah, sí...?, pues bueno... mira, vuelve y nos ponemos de acuerdo... Me buscas, adiós.

De todas formas tengo que comer, señora.

Pero al escuchar su voz, me di cuenta de que al haber cambiado yo, cambió la manera en la que veía a Santi. Y no era un príncipe, estaba lejos de serlo. Así como yo tampoco era una princesa. Eramos imperfectos... Y yo decidí que si una vida es poco tiempo para conocerte y explorarte, no iba a gastarla en buscar un amor "romántico"... Un amor idealizado que parte de la imagen de alguien más, pero mientras pensaba qué iba a hacer conmigo... lo esperaré... después de todo... no hay quinto malo.

(Virginia toma un libro, "El yo y el ello" de Sigmund Freud, y lo lee mientras espera. Mira el reloj, se quita los zapatos y continúa su lectura. Oscuro final.)

JUNIO 2018. Chihuahua, Chih.

ECCE HOMO:
Seis historias
para dejar de ser Onvre

Una obra para los tres Robertos que me preceden.

Esperando que un día podamos llorar sin dejar de ser hombres.

(Un salón. Hay cuatro sillas sin ningún orden aparente. Una mesa con galletas y café. Debajo de la mesa una caja de cartón. Al lado de la cafetera vemos libros y una caja roja. Horacio es el primero en entrar, lleva un cubrebocas blanco, mira al rededor.)

HORACIO: ¿Hola?

(Al ver que no hay nadie camina hacia la mesa. Toma un vaso para servirse café. Pero cuando lo va a hacer, se arrepiente. Se pone un poco de gel antibacterial. Mira los libros con desdén, pero su mirada realmente va a las galletas. Mira a su alrededor y toma una Oreó, baja su cubrebocas y la come. Entra Federico. Lleva un cubrebocas negro y una nota en la mano.)

FEDERICO: ¿Qué hubo?

(Horacio sube su cubrebocas en un instante y lo saluda agitando la mano, tratando de tragar lo más rápido posible, para poder contestar.)

HORACIO: Horacio *(Extiende la mano)*

FEDERICO: Federico... *(Golpea rápidamente el puño de Horacio y se sienta)* ¿Estás en la línea?

HORACIO: ¿Disculpa?

FEDERICO: Ah... Eh, vengo a recoger esta nota. *(Le muestra la nota, Horacio lo mira confundido)*

HORACIO: *(Ríe)* Perdón, qué pendejo, se me hace que me equivoque de lugar. *(Mira alrededor.)*

FEDERICO: Es la tintorería, ¿no?

HORACIO: Pues yo creo que no, no sé, yo vengo a la escuela de inglés.

FEDERICO: ¿Calle Liceo número 6?

HORACIO: Sí, sí, esa es la misma dirección que me dieron a mí.

FEDERICO: Bueno, voy a ver, gracias *(Camina a la puerta y ésta no abre. Lucha un poco con ella de manera discreta. Horacio lo mira.)*

No abre...

HORACIO: ¿Qué?

FEDERICO: Sí, mira, ni siquiera gira la perilla.

(Horacio intenta abrir sin éxito.)

HORACIO: No ma... ¡Oigan! ¡Estamos encerrados!

FEDERICO: *(Mira su reloj)* ¡Ábranme, que voy tarde! *(Golpea la puerta frenéticamente)*

HORACIO: Así la vas a destrozár.

FEDERICO: Pues mejor, ¿no? Así salimos ¡Abran la puerta!
(Sigue golpeando)

HORACIO: ¡Oigan!... *(Se rinde)* Alguien tiene que abrir, no te preocupes. *(Camina a la mesa del café sin preocupación)*

FEDERICO: ¡Ábranme! *(Trata de tirar la puerta, pero fracasa y se lastima el brazo)* ¡In'gas a tu madre!

HORACIO: *(Mira cómo Federico se queja)* ¿Descafeinado?

FEDERICO: Por favor...

(Horacio sirve dos vasos con café y ambos se sientan en las sillas con un aire de desdén.)

HORACIO: Toma *(le entrega el vaso).*

FEDERICO: *(Seco)* Gracias, Bro.

HORACIO: De nada.

FEDERICO: *(Saca una licorera de metal de su saco y vierte un poco en su café)* ¿Quieres?

HORACIO: ¿No es muy temprano?

FEDERICO: Soy maestro...

HORACIO: ¿Y?

FEDERICO: Y si quiero, puedo empezar desde que canta el gallo.

HORACIO: Te vas a echar a perder el hígado.

FEDERICO: ¿Quieres o no?

HORACIO: Bueno... *(Federico sirve un poco de licor en el café de Horacio)*

FEDERICO: Salud, Horacio... Que la espera no desespere.

HORACIO: Tranquilo, alguien tiene que abrir ¿Tienes mucha prisa o qué?

FEDERICO: Tengo clase a las seis.

HORACIO: Fácil sales ¿Está lejos la escuela?

FEDERICO: ¿Cuál escuela? No. Es en línea.

HORACIO: ¿Y tu celular?

FEDERICO: ¿Para?

HORACIO: Para que puedas dar la clase desde aquí.

FEDERICO: ¿No te estoy diciendo que soy maestro?... No traigo saldo.

HORACIO: *(Mira su celular)* Y aunque tuvieras...

No hay señal.

FEDERICO: No mames... Perfecto... *(Toma un trago directamente de la licorera. Silencio)*

HORACIO: Y... ¿De qué das clase?

FEDERICO: ¿Neta?

HORACIO: ¿Qué?

FEDERICO: ¿Con eso vas a romper el hielo? Es la única pregunta que va a hacer que me quiera quedar aquí encerrado de por vida...

(Silencio. De pronto la puerta se abre. Entra Vasco, lleva audífonos, un portafolios y un cubrebocas de tela. Entra y detiene la puerta con el pie mientras baja la mirada a su portafolio. Busca algo.)

FEDERICO: *(Sentado)* ¡Hasta que abren!

HORACIO: Órale, córrele. ¿No tenías prisa?

FEDERICO: Ya me estoy tomando el café. ¡Bro, no vayas a cerrarle!

HORACIO: No escucha.

FEDERICO: Corre, si no voy a terminar hablando seis horas de Wagner.

HORACIO: ¡Qué bueno que abres!

FEDERICO: ¡Eh, compa! ¡Eh!

HORACIO: ¡Eh! No, no, no.

(Ambos corren hacia Vasco, y éste, al verlos se asusta, lo que ocasiona que mueva el pie y la puerta se cierre nuevamente. Federico y Horacio de nuevo luchan con la puerta. Vasco los mira totalmente confundido.)

FEDERICO: ¡Te dije que no le cerraras, pendejo!

HORACIO: *(Golpeando la puerta)* ¡Ayuda!

VASCO: Perdón, no los escuché, ¿qué pasó?

HORACIO: Obviamente no nos escuchaste.

VASCO: ¿No abre?

FEDERICO: ¿No ves?

VASCO: Pues por fuera sí abre. *(Federico y Horacio lo miran enojados)* ¿A quién le puedo pedir estos resultados? *(Les muestra un recibo. Horacio lo mira.)*

FEDERICO: ¿Qué?

HORACIO: Cree que es un laboratorio...

VASCO: ¿Y no?

FEDERICO: Yo venía a una tintorería.

HORACIO: A ver, esto ya no me está gustando ¿Por qué no abren?

(Los tres golpean la puerta y gritan, hasta que uno a uno se da por vencido. El primero en parar es Vasco, quien, tranquilo, camina a la mesa y toma una galleta.)

VASCO: ¿Quieren? *(Federico le muestra un dedo. Horacio niega con la mano.)* Me llamo Vasco.

FEDERICO: Federico.

HORACIO: Horacio.

VASCO: ¿Tienen mucho?

FEDERICO: Un ratote.

HORACIO: No seas exagerado. No tenemos ni 5 minutos.

FEDERICO: Sí, pero no... *(Se afloja la corbata)* Está como sofocado ¿No?... Este- necesito- pásame un... *(Lo dice mientras se levanta las mangas de su camisa. Federico deja ver que tiene un moretón en el brazo. Horacio se ríe discreto)* Mucha risa o qué cabrón.

HORACIO: Cálmate, que yo no tengo la culpa de que este- mos aquí.

FEDERICO: No. La culpa la tiene mi vieja... Pero es la última vez que le hago un puto favor, me cae.

VASCO: Tu vieja... ¿Tu novia?

FEDERICO: Sí, mi novia ¿Cuál es el pedo?

VASCO: Yo también estoy aquí haciéndole un favor a mi “vieja”. Me pidió que recogiera los resultados de una PCR.

FEDERICO: Yo venía a recoger un traje...

HORACIO: Yo sólo quería informes de la escuela...

(De pronto un sobre rosa pasa por debajo de la puerta. Los tres hombres se acercan y lo miran pensativos.)

VASCO: ¿Qué es eso?

HORACIO: ¿De quién es?

FEDERICO: ¿Por qué es rosa?

HORACIO: ¿Ahora qué tiene que ver el color?

FEDERICO: Pues esta raro, wey, nomás, ¿Quién pone un sobre rosa? Son blancos los sobres.

HORACIO: No mames, es un color.

VASCO: ¡Ya cállense! No me dejan leer *(Con la carta en la mano)*

(Federico y Horacio detienen la discusión. Federico hace una seña para que Vasco lea.)

VASCO: “Queridos: para ustedes, el tiempo no es tiempo. Nos hemos hecho cargo de sus obligaciones y compromisos. El día de mañana los medios van a anunciar el cambio de semáforo de amarillo mostaza a rojo” ¿Estábamos en amarillo?

FEDERICO: Pensé que estábamos en verde.

HORACIO: Dámela *(Vasco le entrega la carta)*... “El cambio es inminente y con ello... Una cuarentena obligatoria acompañada de toque de queda” ¡No nos pueden dejar aquí encerrados! ¡No sabemos cuánto pueda durar el semáforo rojo esta vez! Nos vamos a morir de hambre o de sed...

FEDERICO: *(Le quita la carta a Horacio)* “No se van a morir de hambre o sed” *(Mira a Horacio)* “Debajo de la mesa encontrarán provisiones, es decir: comida y agua para dos semanas” ¡Dos semanas! *(Deja caer la carta, corre a la puerta y la golpea)* ¡Déjense de pendejadas y abran la puerta!

VASCO: *(Toma la carta y continúa leyendo)* “En palabras de Virginia Woolf” Uy, ¿quién le tiene miedo?... “No podemos ayudarlos repitiendo sus palabras y siguiendo sus métodos, sino encontrando palabras nuevas y... creando nuevos métodos” A veces el amor no alcanza a comprender razón. Y aunque tenemos amor por ustedes, por ese amor es que hacemos lo que hacemos. Por eso creemos que al final comprenderán el por qué... Atentamente: Carmen y Miranda” ¿Quién es Carmen?

HORACIO: Mi mamá... ¿Quién es Miranda?

FEDERICO y VASCO: Mi novia... ¿Tu novia?

VASCO: Mi novia se llama Miranda...

FEDERICO: ¿Cuál es su apellido?

VASCO: *(Silencio mientras piensa)* No es que no ponga atención,

es que... es que no tiene apellidos en *Facebook*...

FEDERICO: ¡No mames! ¿Cómo se apellida?

VASCO: ¡No sé!

FEDERICO: ¿No es Cruz? ¡No es Cruz!

VASCO: No es, definitivamente no es, me acordaría.

FEDERICO: ¡Vete a la chingada, Miranda! ¡Sácame de aquí!
(*Golpeando la puerta*) ¡Te lo juro, Miranda! Si no me sacas, hasta aquí llega tu pendejo...

VASCO: (*Leyendo*) “*Posdata*”

FEDERICO: ¿Hay más?

VASCO: “*Posdata: ¿Qué es ser hombre?*”

FEDERICO: ¿Como que qué es ser hombre? ¡Pues tener pito!
Ni modo que ¿Qué? ¡Ábreme, Miranda!

(*Federico continúa peleando con la puerta. Vasco se sienta y sigue leyendo la carta, como tratando de resolver alguna clave. Horacio comienza a buscar cámaras en las esquinas. Caos.*)

OSCURO.

(*Un reloj. La luz aparece y vemos que los hombres se encuentran sentados en el piso. Un poco más desparpajados y conscientes de la situación. Horacio ha remangado su camisa y deja ver un tatuaje en su brazo “Carpe diem”. Vasco la lleva abierta tres botones y desfajada. Vemos la caja que se encontraba debajo de la mesa, en medio del salón, abierta y con su contenido expuesto. Varias latas de atún vacías en el piso. Federico y Vasco tienen una lata de atún en mano y comen. Horacio tiene su cubrebocas en el cuello, Federico lo usa para limpiar las latas y Vasco lo tiene en un pie, a modo de tobillera.*)

HORACIO: (*A Vasco*) ¿Me pasas uno? (*Vasco lo hace*)

FEDERICO: Vaya... Hasta que dignas.

HORACIO: Para tu información, estaba esperando que die-

ran las siete.

VASCO: Yo odio el atún, pero tengo hambre.

FEDERICO: ¿Nos quieren tener como soldados o qué? (*Hablandole a una esquinia*)

HORACIO: ¿A quién le hablas? Ya te dije que no hay cámaras.

VASCO: No te desgastes. Échate una galletita. (*Señala la mesa*)

FEDERICO: ¿Que hay en la caja roja?

(*Se dan cuenta de que no le habían prestado atención. Federico la toma.*)

VASCO: Espera, Federico. No la abras. (*Los mira. Catedrático*)
¿Por qué hay algo en lugar de nada? ¿Por qué precisamente la caja roja es la que está arriba de la mesa y no debajo, como la comida?

FEDERICO: Pues... Tal vez es algo más valioso. Si no ¿por qué hay un espíritu dionisiaco en tu mirada cuando pongo mi mano en los bordes de la tapa?

VASCO: ¿Dionisiaco? No seas mamón ¿Que tiene que ver Dios?

FEDERICO: Nadie está hablando de Dios. *Dios está muerto* y la caja es roja. Esos son hechos. Como que la tapa está cerrada con cinta o como que hay una pandemia y el semáforo es tan rojo como la caja. Mejor abrirla. El rojo debe ser un prefacio.

VASCO: Deja de decir mamadas, estás sobreanalizando.

FEDERICO: No sobreanalizando, sino...

VASCO: ¡Te estás contradiciendo!

FEDERICO: (*Luego de un silencio*) Estás mal. No me estoy contradiciendo...

VASCO: Claro que sí. Aquí lo dionisiaco no es válido.

FEDERICO: (*Ríe*) Pues no me sigas... No confíes en mí. No confíes en nadie... Suenas como Miranda. Siempre dice “no me interrumpas” o “no me hables como si fueras mi papá” o “te estás contradiciendo”, pero es que no dejan que termine de salir la idea.

HORACIO: Suena a *mansplaining*.

FEDERICO: No *mansplaining*, más bien...

HORACIO: Mansplaining sí. El problema eres tú.

FEDERICO: Tú no puedes decir qué es *mansplaining*. Eres hombre. Eso es hipocresía.

HORACIO: Quieres imponer tus ideas como para dejar en claro tu superioridad. En vez de (*Toma la caja*) tomar la caja (*La abre*), abrirla y quedarte callado (*se la entrega*).

Silencio

VASCO: ¿Qué tiene?

FEDERICO: (*Silencio mientras la mira*) Fotos.

VASCO: ¿De? (*Los tres se acercan a la caja*)

HORACIO: ¡Mías! ¿De dónde las sacaron? (*Federico toma una foto*)

VASCO: ¡Ésta es mía! Hacía años que no...

FEDERICO: Nos preguntan qué es ser hombre ¿No?... Éste era un hombre (*Les muestra la fotografía*)

HORACIO: ¿Es tu papá?

FEDERICO: Sí.

HORACIO: ¿Falleció?

FEDERICO: Se murió cuando yo tenía 10 años.

HORACIO: Tienes su cara.

FEDERICO: ... Tengo muchas cosas de él, además de su cara.

HORACIO: (*Les muestra una foto*) Ésta fue la primera vez que mi papá me llevó al cine.

VASCO: ¿Cuántos años tenías?

HORACIO: Yo creo que como 7-8.

(Vasco mira una foto con cierta nostalgia.)

HORACIO: ¿Es tu papá?

VASCO: *(Ríe)* No... Es-es él-es.... Está bien cagado que nos pongan fotos familiares.

FEDERICO: Lo más cagado es pensar cómo le hicieron para tener esta foto... Estaba en un álbum en mi casa. Pinchi Miranda, a buena hora le di llave.

VASCO: *(Hablando a una esquina)* No mamen, ni siquiera me acuerdo quién era este wey, menos voy a saber qué estaba haciendo a los 5 años.

HORACIO: Yo tengo recuerdos de cuna...

VASCO: ¿Qué?

HORACIO: Sí, wey... Sensaciones, imágenes.

VASCO: No mames.

HORACIO: De verdad *(A Federico)* ¿Tú te acuerdas?

FEDERICO: Me acuerdo.

HORACIO: ¿De qué?

FEDERICO: No me interesa hablar para que tengan compañía de mí.

VASCO: No hay nadie... Nomás nosotros tres. Y a los tres nos tienes expuestos en esta caja... Te dije que no la abrieras...

HORACIO: ¿Qué recuerdas?

FEDERICO: ... Una canción... Y sus ojos.

HORACIO: ¿Qué más?

FEDERICO: Todo lo tengo en la piel.

I.- FEDERICO Y EL ARCA DEL SECULARISMO

(Federico habla hacia enfrente. La audiencia entra dentro de su cabeza, mientras escuchamos “la Cabalgata de la Valkirias” de Richard Wagner.)

El primer recuerdo que tengo de mi padre es una mirada escondida tras una humareda de faros sin filtro. Su ropa olía a tierra y la estela que dejaba anunciaba su llegada. Ese olor lo delataba desde que fui consciente de él, eso y TCM en la tele. Nunca entendí por qué mi papá llegaba arrastrando los pies y con rayos en la boca, pero a pesar de los rayos y las vividas onomatopeyas, él era el rey de la casa. No por elección, sino por sucesión. Como un león en la sabana africana o Mr. Monopoly.

MAMÁ: ¡Ya está la cena! Siéntate hijo *(Federico y su padre se sientan)* ¡Elisa, ven a cenar! *(Mamá sirve primero la comida a Federico).*

Las cenas siempre han sido sinónimo de familia. Es lo que vemos en los comerciales de cereal o en los juegos de mesa, pero en mi casa era rara la vez que nos sentábamos todos juntos. Yo creo que era mi mamá la que inconscientemente sabía que una cena era una bomba de tiempo. Y la mecha con los años se hacía más corta...

PAPÁ: ¿Qué haces?

MAMÁ: Pues sirviendo la cena, Carlos ¿Qué más?

PAPÁ: Pues muy bien... Muy bien *(Se levanta. Mamá comienza a servirle a él)* No, no, no me sirvas.

MAMÁ: Nomás le serví al niño.

PAPÁ: *(Irónico)* “Al niño...” *(A Federico)* Perdón, hijo. ¿Tienes hambre? Pues yo también. *(A Mamá)* ¿Pero sabes cuál es la diferencia, Frani? Que yo tengo más de 11 horas trabajando como tu

pendejo y la única consideración que pido es que se me sirva primero. ¡Que se le sirva primero al hombre de la casa! ¿Pero sabes qué? No hay problema. Quédense cenando, no quiero perturbar la “armonía familiar” *(Comienza salida)*

MAMÁ: Está servida la comida, Carlos.

PAPÁ: No quiero.

MAMÁ: Carlos, come por favor.

PAPÁ: ¡Que no quiero! *(Papá voltea la mesa y todo cae al piso. Mamá llora.)*

PAPÁ: *(Después de un momento)* Ves es que... Fran... ¡Me presionas demasiado! *(Sale)*

MAMÁ: *(Mirando a Federico, al borde del llanto)* Pídele perdón a Dios.

¿Dios? No... A mi papá. Era un hombre complejo (Empezamos a ver cómo de ropa cruza el escenario), que lo único que buscaba era la compasión de la gente a la que vivía por proteger. Y no ese rechazo que le caía como lluvia todos los viernes después de regresar de la cantina. (Un Federico de 7 años le grita a su madre mientras regresa la ropa.) ¡Cómo eres gacha, mamá! ¡No, por favor!... (Vuelve el adulto) Me di cuenta de lo que era ser hombre... Una navidad. Todas las navidades las pasaba con mi primo Luis, jugando Nintendo y tronando cuetes que había comprado mi papá en el semáforo. Todo aderezado por el llanto de mi hermana cuando le arrancábamos las cabezas a sus Barbies (Ríe) está bien, no me vean así, se las pegábamos después... El día terminó cuando nos escabullimos al refrigerador y nos robamos una cerveza. Nos escondimos para probarla y (la prueba)... No me gustó...

FEDERICO: *(Eructa)* Sí me gustó.

LUIS: A mí también.

Era mentira, pero esa mentira nos hacía sentir que estábamos dando el primer paso para forjar nuestra propia masculinidad. Un paso a ser como mi papá... Pero de repente

PAPÁ: (Off) Frani, ¿dónde está la cerveza que dejé en el refri?

MAMÁ: (Off) Ahí debe de estar, Carlos. Yo no la agarré.

Ahí se nos cayó toda la masculinidad que habíamos creado y corrimos...

Corrí como en "Cazadores del arca perdida", cuando Indy era perseguido por la piedra gigante, pero la piedra gigante era mi papá... Me metí al cuarto de servicio y me quedé callado, escuchando mi propia respiración y sintiendo que...

PAPÁ: ¿Qué haces?

FEDERICO: (Poniendo la cerveza en el piso) ¡Perdón, papá, no era mi intención!

Mi papá me miró y miró la cerveza. Al principio vi en sus ojos ese derroche de energía, esa advertencia que te hacía preparar la cara para un golpe inminente... Pero de pronto...

PAPÁ: (Se agacha, toma la cerveza y le da un trago) ¿Te gustó? (Federico asiente) (Ríe) ¡Ese es mi hijo!

Mi papá estaba orgulloso de mí... De mi masculinidad...

PAPÁ: ¿Me puedo sentar? (Federico asiente) ¿Quieres más? (Federico le da otro trago a la cerveza. Hace cara de asco. Papá ríe) Te vas a acostumbrar. Todos los hombres lo hacemos (Federico tomó un trago más)... Tú eres el hijo mayor, Federico ¿Sabes qué quiere decir? (Niega) Que, si un día faltó yo, tú vas a ser el hombre de la casa. Así que ve perdiéndole el miedo al trabajo hijo, porque un hombre... un hombre de verdad, no chingaderas... trabaja para mantener a su familia. Para darles todo lo que necesiten y hacer

lo que haga falta para que tu vieja y tus hijos estén contentos y en la casa.

(Volvemos a la habitación con los demás hombres)

VASCO: Suena como que tu papá veía la masculinidad como una monarquía. Ahí te falló tu papá. En tratar de educarte para ser una máquina de trabajo. Un hombre que vive para trabajar y no trabaja para vivir.

HORACIO: Eso es lo de menos. Tu papá te falló enseñándote cosas que...

FEDERICO: Mi papá no me falló... Después mi papá comenzó a temblar en la noche, a llegar tarde y más irritado que de costumbre. Podías escuchar sus quejidos cuando subía la escalera. Y poco a poco pasó.

VASCO: ¿Qué?

(La nostalgia en la mirada de Federico lo lleva a desprenderse).

Esa fue la primera vez que tuve un contacto con la muerte. Para mí, la muerte siempre fue el fin y nunca el medio... Pero no para mi papá. Era primavera... Siempre he sentido una tremenda nostalgia durante la primavera. Tenía 10 años y de pronto (Mira su sexo) algo despertó.

LUIS: ¿Y qué hiciste?

FEDERICO: Nada. Pues no sabía qué hacer.

LUIS: Mira. Es normal que... “Esa” se te despierte en la mañana. Pero digamos que lo único que tienes que hacer es *(Hace un gesto con su mano)* darle los buenos días.

FEDERICO: No entiendo.

LUIS: Pareces niña con tanta preguntita.

FEDERICO: Pero qué...

MAESTRA: *(Off)* ¡Niños!

AMBOS: ¡Sí, maestra!

LUIS: Mira, toma *(le entrega una revista enrollada)*, pero prométeme que no la vas a abrir hasta que llegues a tu casa.

FEDERICO: Te lo prometo.

LUIS: Con esto lo vas a entender.

*Sentía que traía una bomba en la mochila. O bueno tal vez no una bomba, pero sí algo prohibido. Cuando llegué a la casa puse la revista debajo de la cama y decidí esperar al día siguiente. No teníamos clases y tal vez me quedaría solo en la casa. Era una oportunidad perfecta, pero... ese día mi papá no salió, tal vez no tenía trabajo, porque mi mamá me había pedido que me quedara en mi cuarto... Lo único que se me ocurría es que querían hacer cosas de adultos... Como ver el exorcista y dormir en la sala, así que me encerré en mi cuarto y abrí la revista... Y fue la primera vez que sentí esa emoción, por ponerlo en palabras decentes, imaginemos que sentí un calambre en el estómago al conocer por fin la anatomía femenina. Después, esa energía eléctrica que salía del estómago corrió hasta mis dedos que pedían otra y otra página. Ese flujo eléctrico bajaba poco a poco y terminaba en... *(tira la revista al piso. Mira que no venga nadie y cubre su sexo con las manos)* No entendía cómo hacer para darle los "buenos días" ¿Eso iba a hacer que se calmara? En mí había un instinto carnal que me llevaba a querer familiarizarme con mi anatomía. Me miré al espejo, esperando entender por qué le pasaba eso a mi cuerpo o por qué me crecía pelo como pasto. Y lo único que se me ocurrió fue preguntarle a mi papá.*

Pero estaba fuera de mi terreno. Y como a la curiosidad la limita la tragedia, tomé todo el valor del mundo para ir hasta su despacho y preguntar. Decidí tocar. Tres golpes fugaces... Y nada. Tal vez algo adentro de mí sabía que no debía abrirla, pero lo hice... Y al abrir la puerta, fue cuando lo vi... un cuarto vacío.

(Entra mamá, con lágrimas en los ojos.)

MAMÁ: ¿Qué haces aquí? Te pedí que te quedaras en tu cuarto.

FEDERICO: Tengo que preguntarle algo a mi papá.

MAMÁ: F-Fede, siéntate.

FEDERICO: ¿Por qué lloras? ¿Dónde está mi papá?

MAMÁ: Junta las manos... Tienes que rezar por tu papá-pídele perdón-pídele que...

FEDERICO: ¿Dónde está mi papá?

MAMÁ: Tu papá tuvo un infarto.

(La frase nos regresa a la realidad de la sala. Donde Federico la repite.)

FEDERICO: *(Junto con mamá)* Tu papá tuvo un infarto.... Es lo único que mi mamá dijo. Supongo que es lo único que tenía que saber.

VASCO: Mira Federico, los papás nunca son...

FEDERICO: Mi papá no nos falló. Nosotros le fallamos a él, al pensar que era papá sólo por serlo... Un rol que yo tenía que llenar después de su muerte *(respira)*, pero todos los hombres somos iguales.

HORACIO: No... No creo. Igual está en nosotros romper los patrones.

FEDERICO: No te puedes esconder de la sangre.

VASCO: Otra vez generalizando.

FEDERICO: ¿Por qué?

VASCO: Yo no tengo nada de mi papá.

FEDERICO: ¿Ah, no?

VASCO: No. Si me pareciera a mi papá... No existiría
(ríe irónico)

II.- VASCO Y LA ÚLTIMA CRUZADA DE LA TODOLOGÍA

(Vasco se desprende y habla al frente acompañado de un himno).

Me puedo rétr a gusto. Me he preparado toda la vida para rétr y no llorar. Desde siempre tuve la noción de que no tenía un padre, lo tuve claro, tanto como que quería dedicar mi vida a la antropología, desde que vi por primera vez Indiana Jones.

(La pregunta de Federico nos devuelve al salón.)

FEDERICO: ¿Te gustaba Indiana Jones, de niño?

VASCO: Me encantaba. Quería ser explorador como él.

FEDERICO: Yo también *(ríen)*.

(Vasco vuelve al frente).

La primera vez que vi a Indy descubriendo los hilos del pasado y siendo el tipo más chingón del museo, supe a dónde apuntaba mi destino. Como una flecha que me salía de la cabeza. Me di cuenta de lo que era el pasado y lo que podía construir en el presente... Todo perfecto, hasta que vi la tercera "Indiana Jones y la última cruzada". La aventura era similar, un misterio histórico, un héroe, una mujer, pero a la ecuación se integraba el papá de Indy. Me hizo sentir que por más que yo me esforzara, jamás iba a poder ser como él. Jamás podría tener un padre al cual rescatar.

PUMA: ¿Que hay campeón?

Hasta que llegó el Puma... Mi mamá nos lo presentó cuando tenía 6 años. Dijo...

MAMÁ: Mira hijo, él es mi... él y yo... *(risa)* somos novios.

Al principio no lo entendía... Era mayor que mi mamá y se vestía con playeras con dibujos y gorras de colores... O tal vez no quería entender que mi mamá tuviera la necesidad de un “puma” en las noches, pero después de un tiempo me di cuenta que cuando mi mamá llegaba a la casa, cocinaba más rico y hasta cantaba... A veces preparaba milanesas para desayunar y huevo con jamón en la cena. Ahí lo entendí... Si mi mamá tenía la cara volteada por la felicidad, eso era bueno para nuestra familia de dos. El Puma era un curita, con pelo en el pecho, para nuestra familia quebrada. Y también la última pieza para continuar con los pasos de Indy...

PUMA: Lánzala acostada. Para que no se mueva.

Me enseñó a lanzar el balón, a prender el carbón, acampamos en el patio de mi abuela y hasta me dijo que, cuando me empezara a salir barba, me iba a enseñar a rasurarme. Imagínense... Tenía un huequito desde que me di cuenta de que el hombre es hombre. Un huequito que me afectaba hasta en cómo me percibían en la escuela.

COMPAÑERO: ¿Entonces ya tienes papá?

VASCO: Sí. Es que estaba en... Canadá y ya volví.

COMPAÑERO: ¿Estaba de viaje en Canadá?

VASCO: Sí, ahí trabajaba. Dice que el viernes vamos a ir a comprar el *game cube*.

COMPAÑERO: ¿Y me vas a invitar?

En mi defensa... El Puma sí estuvo en Canadá. Ahí se compró una de las gorras que siempre usaba, la de la hoja de maple, y decía que yo hablaba muy bien el inglés. Me dijo que si yo fuera a Canadá, fácilmente podía trabajar en donde él trabajó... Pintando casas.

(El Puma y Vasco, arreglando el manubrio de una bicicleta verde.)

PUMA: Está fácil, pero tienes que ser fuerte, porque estás todo el día con rodillo y brocha, rodillo y brocha, rodillo y brocha...

Pásame la llave.

VASCO: *(Lo hace)* ¿Y ganabas mucho dinero?

PUMA: Mucho. Me traje un buen ahorro. Así fue como compré mi moto.

VASCO: ¿La negra?

PUMA: Esa mera.

VASCO: Está bien padre.

PUMA: Está buena, ¿verdad?, pero yo creo que en unos meses la tengo que cambiar.

VASCO: ¿Me vas a enseñar a manejar, papá?

PUMA: *(Piensa en silencio)* Oye, no soy tu papá eh... No creas que tu papá está en-pregúntale a tu mamá, y tal vez cuando estés más grande te enseño.

Ese día me quedé en blanco ¿Era o no?... ¿Quién era él? Y ¿Quién era yo? En la noche me acerqué a mi mamá para preguntarle, pero estaba viendo la tele con el Puma...

MAMÁ: Es un niño.

PUMA: Pero no es mi niño... Tienes que hablar con él, últimamente se la vive pegado a mí, ya me tiene harto.

MAMÁ: Es porque eres su héroe. Ten paciencia.

PUMA: ¡Pero no soy su papá!

Y así comenzó en mi vida lo que me gusta nombrar “pesimismo alegre”. A veces no me levantaba de la cama por pensar en todas las cosas horribles que me aguardaban por crecer sin un padre. Cada que me lo recordaba una fecha o una tarea, terminaba sin querer hacer nada el día siguiente. Fue como si esa necesidad fuera la puerta para la depresión infantil. Me daba terror pensar en todas mis necesidades sin satisfacer. En todo lo que tendría que reponer en la siguiente generación. Horrible eran todas las necesidades

que veía cuando salía de mi casa ¿Cuántos niños estaban igual o peor que yo? Sin comer, o sin casa, o sin piernas. Y de alguna forma de ahí, del terror absoluto, nacía la alegría. La alegría de saber que estoy bien en mi mayoría, y eso es bueno. La alegría de que cuando se pierde algo, también se va el miedo a perder más. Que el daño psicológico era un paquete integrado en mi nacionalidad y que era mejor acostumbrarme, que entre más se sufre más ganas... ¿Qué clase de pesimismo alegre es este?... Entonces decidí concentrarme en lo que desde siempre había sido mi sueño... Ser Indiana.

VASCO: *(lavando los platos)* Ay mamá, dile a mi hermana que ya no deje los vasos con leche, se les queda todo pegado.

MAMÁ: Deja eso ahí. ¡Nena, ven a lavar los platos!

VASCO: Los estoy lavando yo.

MAMÁ: No, ándele, váyase para allá... Ay, si mi papá te viera lavando los platos...

(Vasco toma unos pinceles y juega a ser arqueólogo.)

No era la primera vez que decía algo así. Por alguna razón, mi mamá tenía una fascinación por la manera en la que mi abuelo me veía si estuviera vivo; “Si mi papá te viera esto” “Si mi papá te viera lo otro”

MAMÁ: Si mi papá te viera con esas brochitas, te las metería en la boca.

Tal vez mi abuelo le habría hecho algo a ella para que tuviera la necesidad de que los demás lo experimentáramos a través de sus comentarios...

VASCO: Voy a salir con los niños, ma.

MAMÁ: ¿A dónde?

VASCO: Afuera a jugar.

MAMÁ: Voy a ir con tu tía. Te tienes que quedar con la Nena.

VASCO: Ay mamá, siempre me quedo con mi hermana. Déjame salir.

MAMÁ: ¿Qué es tu hermana?... Una niña. Y a las niñas hay que cuidarlas. Tú eres el hombre de la casa y tienes que ver por

ella... Estar con ella... Cuidarla sobre todas las cosas...

VASCO: Sí, mamá... ¿A qué hora vuelves?

Tenía que ser un guardián. Un caballero ideal que vivía para proteger... Y ahí pensé... Claro, Indy también protegía a Marion y ella se podía proteger sola, pero Indiana pasó toda la película cuidándola, rescatándola, buscándola en los canastos de mimbre. Era mi oportunidad de ser como Indiana...

MAMÁ: ... Jones. Sé cómo él y cuida a tu hermana.

VASCO: Sí, mamá, pero...

Pasé tanto tiempo siendo sólo un escudo, una sombra que se definía por la seguridad de su hermana, por el bienestar emocional de los demás, que me olvidé del mío. De quién era yo. Seis, ocho, diez años pasaron y lo único que cambió fue mi cantidad de vello en el pecho, pero lo que había dentro de mí, en mi cabeza, todo seguía igual. Como las páginas de una biblia que se guarda en el baño... Y como cuando se pasa de febrero a marzo en tiempo récord, así, en un abrir y cerrar de ojos se acabó la preparatoria. Y tenía que elegir una carrera. Para mí no fue difícil irme por Antropología; era algo que desde niño estaba como implícito en mi destino. La flecha...

MAMÁ: ¿Antropo qué? No... No hijo. Esas son cosas de *hippies* y marihuanos. Siempre te vi madera de abogado. Defendiendo a los que no se pueden defender, dando la cara por los rancheros... Uy, si mi papá viviera te diría que... “Hijo, la vida es muy corta como para malgastarla en estudios que no te van a llevar a ningún lado”.

VASCO: Pero, mamá...

MAMÁ: Mira, estudia una carrera real... Y después, con tu dinerito, estudias antropología y hasta te haces rastas. Por ahora... algo real.

No es que cediera a los prejuicios de mi mamá sobre la realidad... Igual de niño también pude haber soñado con ser un abogado ¿no?... El

primer día de clases conocí al profe Porfirio... Con ese nombre cualquiera temería su reinado eterno en la escuela, desde el primer día de clases...

PORFIRIO: Adelante.

VASCO: Buenas tardes.

PORFIRIO: Buenas tardes.

VASCO: ¿Usted es el profe Porfirio?

PORFIRIO: Y usted viene a tomar Teoría del Estado.

VASCO: Sí, señor.

PORFIRIO: Adelante. Vamos a esperar un momento a que lleguen sus compañeros.

VASCO: Sí. *(Silencio largo. Vasco se sienta).*

PORFIRIO: ¿Por qué está aquí?

VASCO: Teoría del Estado.

PORFIRIO: No... ¿Por qué está aquí?

VASCO: Quiero estudiar Derecho (El maestro lo mira) No sé... No sé por qué estoy aquí.

¿Por qué hace uno las cosas? El maestro me abrió los ojos por primera vez, teniendo minutos de haberlo conocido. ¿Qué me movió hasta este punto? Ese primer día de clases nos hizo hacer un ensayo a partir de dos frases. La primera “¿Por qué Derecho?” y la segunda “Mi carrera soñada”. Tal vez sabía que muchos terminábamos ahí por los sueños rotos de nuestros padres. Así que a mí me sirvió como catarsis. Hablar de cómo soñaba con ser antropólogo y estudiar las culturas que me rodeaban, me llevaba a inventar razones por las cuales estudiar derecho. También con la razón se puede luchar.

(Volvemos al salón).

FEDERICO: Fue tu mamá.

HORACIO: Déjalo terminar.

VASCO: ¿Seguro que fue mi mamá?

FEDERICO: Claro. Fue injusta y egoísta, pensando sólo en lo que ella y su papá querrían. Nunca en ti... Yo creo que uno tiene que vivir una vida que con gusto vivirías dos veces. Si no, ¿qué sentido tiene?

VASCO: Pues eso es lo que me había llevado hasta ahí. El sentido...

(Vasco regresa a su relato hacia el frente).

El conformismo. La manera en que aceptaba el sufrimiento y mi pesimismo alegre, me habían traído hasta los pies de un maestro que con largas curvas me enseñaba el valor de las acciones, y todo comenzó cuando empezaba el segundo semestre y recibí un regalo.

PORFIRIO: Vasco.

VASCO: ¿Sí, maestro?

PORFIRIO: Para usted.

VASCO: ¿Para mí?

PORFIRIO: Sí. Mire *(Le entrega un saco negro)*

VASCO: Gracias. ¿Pero por qué? *(Lo mira con emoción)*

PORFIRIO: Es una bienvenida universitaria.

VASCO: *(Conteniendo su alegría)* Maestro, gracias.

Me sentía como todo un hombre. Supongo que esto debe sentir uno cuando su papá le regala condones o las llaves de su carro. El Maestro era alguien a quien yo podía admirar. Donde podía depositar toda mi fe y esperanzas, y que cuando creciera, podía dejarlas en mis manos de adulto. Era un ejemplo para toda la universidad y me había elegido a mí para hacer este regalo simbólico.

Salí del salón con calma para ir al baño. Quería quitarme mi suéter y ponerme el saco que me había regalado el Maestro. Me quedaba como

guante... como guante universitario. Y al verme al espejo, ya no veía a Vasco, el niño que cuidaba a su hermana. Era un hombre ¿Ven? Al final, el Derecho no lo torció. Por fin tenía una figura paterna... digo, alterna a lo que los demás esperaban de sus padres.

Volví al salón como pavo real. Me sentía como si yo fuera el rector de la Universidad “Mírame mal Gustavo, y te quito la beca...”. Me senté en el pupitre y... no pude evitar mirar a los demás... Tenían el mismo saco negro universitario que yo. Incluso en mejor estado o de marcas importantes, algunos hasta tenían un pañuelo blanco. Y recordé mi suéter... Era un suéter rojo que perteneció a mi abuelo. Estaba percutido y remendado. Tenía un hoyo cerca de la muñeca e incluso tenía unas pequeñas manchas de cloro en la espalda... No me había regalado el saco por ser su alumno predilecto o como bienvenida universitaria, sino por lastima, para no tener que sacarme del salón por no seguir las reglas de etiqueta. No era por ser una figura alterna, sino porque mi familia no tenía el dinero necesario.

Eso rompió una ilusión y comenzó un duelo entre el profesor y yo. Si Porfirio decía verde yo decía azul. Si Porfirio hablaba de la riqueza del estado, yo hablaba de la riqueza del pueblo o del costumbrismo moderno que conllevaba el ser pobre en México. Me convertí en su peor pesadilla y en una piedra en el zapato. El reinado del “Profe” había durado mucho y era hora de que cayera.

PORFIRIO: Vasco... puso una queja en rectoría.

VASCO: Si, Profesor. Sus criterios de evaluación este semestre no fueron claros y no merecía un 7.

PORFIRIO: Es la segunda.

VASCO: Las que hagan falta.

PORFIRIO: Está soltando al tigre... A ver si puede domarlo.

VASCO: No me amenace, profesor.

PORFIRIO: No es amenaza... vamos a revisar los criterios...
Tareas, 20 puntos.

VASCO: Entregué todas las tareas.

PORFIRIO: Trabajo final, 40 puntos... los tiene. Participación en clase, me cuesta trabajo que deje a los demás opinar, 10 puntos... Asistencia, 30 puntos...

VASCO: Tengo asistencia perfecta. Sume, no veo por qué no puedo tener el 100.

PORFIRIO: El 100 no existe.

VASCO: Pero puede...

PORFIRIO: ... ¿Qué es esto?

VASCO: Un justificante médico del 17 de noviembre. Es la única falta que he tenido y está justificada.

PORFIRIO: ¿Y qué tiene abajo?

VASCO: Nada.

PORFIRIO: Exactamente... Si no hay sello y no hay firma, no es válido. Y dado que la asistencia se juzga bajo la objetividad del maestro... Usted no la tiene. Y si sabe sumar... Tiene un 7, Vasco.

Me la aplicó.

VASCO: Es antiético.

PORFIRIO: Se acabó la junta.

VASCO: ... Con permiso.

PORFIRIO: Tiene beca, ¿verdad, Vasco?

VASCO: Verdad.

PORFIRIO: Y me parece que su beca no puede mantenerse sin un promedio de 9.5

VASCO: No, señor.

PORFIRIO: Es una lástima... Adiós.

Así terminó una guerra, que al parecer se luchó de un solo flanco. Él tenía el poder y la fama de su lado. Y yo... sólo tenía la verdad. La mía. Pero en mi tierra la verdad no es suficiente. ¿Qué me iba a decir mi mamá por perder la beca? o ¿Cómo íbamos a pagar la escuela? El profesor me había destruido con un zarpazo fugaz y bien fundamentado, así que me di la vuelta y caminé lento como un convicto que camina a su ejecución. Al exilio escolar, pero el profe Porfirio dijo algo que lo cambió todo.

PORFIRIO: Vasco... Usted va a ser un antropólogo brillante (sonríe)

La flecha.

Siempre lo supo... Desde el primer día de clases que me vio como bombero en alberca. A partir de que leyó mi ensayo, ese primer día supo que tenía que hacer lo que fuera necesario para sacarme de ahí. Me acorraló para que siguiera mis sueños. Para que hiciera lo que desde un principio tenía que haber hecho y no gastara mi tiempo. No me mal entiendan, Porfirio no era un santo, pero tal vez sí un antihéroe... Me salvo del Derecho. Fue difícil para mí mamá aceptar que me saliera de la carrera, pero no hay nada que una noche con el Puma no le hiciera olvidar. Así, con dos trabajos y los ahorros de un verano vendiendo jugos, comencé mi verdadero camino y empecé a estudiar Antropología en la Ciudad de México...

(El orgullo en el relato de Vasco nos devuelve al salón).

FEDERICO: Bienvenido al club del hombre adulto sin figura paterna.

VASCO: ¿De qué hablas? ¿No entendiste la historia?

FEDERICO: ¿Cómo?

VASCO: Al final me esforcé y conseguí un título universitario.

FEDERICO: ¿Y quién no? Esos se consiguen más fácil que el Covid. Todos tenemos licenciaturas. (*Vasco mira a Horacio. Éste asiente y levanta dos dedos.*)

VASCO: También tengo una maestría...

HORACIO: No puedo creer que estés hablando de títulos universitarios. ¿No te das cuenta?... Haz vivido buscando una figura paterna toda tu vida... Necesitas que un hombre superior avale tus decisiones, tanto como necesitas de tus títulos.

VASCO: Claro que no ¿Verdad que no, Federico?... Mierda.

FEDERICO: Nos tienen aquí, porque nuestra “hombría” nos hace “machistas”, pero los tres crecimos sin padre... Sin ejemplo de masculi...

HORACIO: Yo sí tengo papá (*les enseña una foto. Silencio mientras miran la foto.*)

FEDERICO: También se parece a ti.

VASCO: Es tu copia.

HORACIO: Soy su copia... hasta el nombre.

FEDERICO: ¿Te puso su nombre?

HORACIO: Soy el Quinto. Mi papá, su papá, su abuelo y el papá. Todos pasaron su nombre como herencia...

VASCO: Y, ¿qué se siente?

HORACIO: ¿Qué?

VASCO: ¿Qué se siente ser consciente de esa figura masculina?

HORACIO: Bueno, no sé... Nunca lo pensé... No todo cae en el ejemplo de nuestros padres.

III.- HORACIO Y EL TEMPLO DEL AUREA MEDIOCRITAS

(Horacio mira la foto y escucha el falso inicio de “Tangerine”, de Led Zeppelin. Habla hacia el público).

La vida no sólo es seguir los patrones heredados por nombre y apellido. Mi papá es un esclavo liberado, un obrero que con recortes y liquidaciones logró cumplir su sueño... Cuando lo entendí, me di cuenta de que él ya había roto patrones que sostuvo su abuelo. Todos se habían dedicado al bordado industrial, y él rompió con ese ciclo, usando la misma aguja con la que su abuelo empezó todo. Eso me enseñó que ser hombre también es hacerte responsable de tus errores y convertirlos en fortalezas. Y por eso amo a mi papá. Por eso le debo todo, porque me enseñó que puedes encontrar tu masculinidad en la manera en que coses tu destino.

Antes de eso, mi papá trabajaba antes de vivir y lo recuerdo como un concepto y no como una figura real. Hasta una semana antes de cumplir ocho años... Ese día me metí a la bodega del patio para buscar mi regalo, bien dicen que la curiosidad mató al gato. Ahí estaba su máquina de coser, una Singer viejita de mi abuelo, pero para mí seguramente el escondite perfecto. Lo único era que mi papá tenía un montón de cosas arriba. Yo lo veía como una montaña que ponía en jaque mi plan, tal vez él lo veía como una manera de esconder el pasado. Así que jale la tapa con todas mis fuerzas, para ver si adentro de la mesa estaba el tesoro, pero... todo cayó sobre mí, eran varias cajas, ropa y latas. Tenía que recoger todo antes de que... Y entre los hilos, cintos y herramientas, encontré un casete, uno de esos VHS... parecía nuevo ¡Claro! Seguro era mi regalo... Tenía que probarlo...

(Escuchamos cómo Federico rompe el relato, pero esta vez Horacio no vuelve al salón).

FEDERICO: ¡Era porno!

HORACIO: No. Peor...

Corrí a la sala para probar el casete. Y cuando se reprodujo ya estaba empezado. Era una cueva con un montón de niños que estaban como esclavos. Entre ellos había uno, uno chinito, que se peleaba con el jefe. Todo un espectáculo. También había una mujer que estaban a punto de sacrificar, parecía un pollo rostizado y la iban a dejar caer en un pozo de fuego, pero de pronto... De entre las luces rojas y el humo espeso apareció él. Un hombre castaño, sin camisa, que estaba a punto...

(Vasco regresa a Horacio al salón con su entusiasmo.)

VASCO: ¡Era Indy!

HORACIO: ¿Qué?

VASCO: Era Indiana.

HORACIO: ¿Jones?

VASCO y FEDERICO: “Y el templo de la perdición”

FEDERICO: La segunda. Y luego...

HORACIO: ¿O sea que la conocen?

VASCO: ¡Claro! ¿Qué pasó después?

HORACIO: Nada. Pues no era mi regalo. Era Indiana Jones.

VASCO: ¿Seguro que no pasó nada?

HORACIO: Claro...

Horacio regresa al relato.

Claro que no. Apagué la televisión con un impulso de terror. No sabía por qué, pero la imagen de Indiana Jones me hacía sentir extraño. Me asustaba. Guardé todo como estaba y enterré el casete en el patio, porque no lo quería volver a ver. No me importó que mi papá se pusiera como loco, porque no quería que ese sentimiento volviera. Estuve tan distraído, que ni

siquiera disfruté cuando mi papá dejó la maquila y estuvo presente para empezar a ser lo que siempre soñé que sería: un padre.

Desde niño fui muy consciente de la masculinidad de mi papá y de la de los hombres de la tele. Y traté de replicarla y hacerlo sentir orgulloso de su único hijo, de rendirle tributo y que me amara como yo a él, pero por más que lo intentaba, los demás no terminaban de aceptarme como uno más.

CAYO: Horacio... Ven, te voy a enseñar... Éstas son dominadas.

Hasta que conocí a Cayo... Él era un año mayor que yo, y era capitán del equipo de futbol. A mí me encantaba la ropa de futbol que usaba. Era un estilo que yo podía apropiarme, para entrar a ese grupo de niños pamboleros y por primera vez pertenecer.

HORACIO: Mamá, ¿me compran un balón?

MAMÁ: ¿Un balón?... ¿De futbol?

HORACIO: Sí.

MAMÁ: Ese mijo, ¿desde cuándo aprendiste a jugar?

HORACIO: Me están enseñando en la escuela.

Y sí me estaban enseñando, pero en realidad no iba viento en popa.

CAYO: ¡No, no! Tienes que tirar con el empeine. Y las dominadas son con la rodilla ¡No metas mano!

HORACIO: ¡Perdón!

Pero yo hacía lo necesario para que mi entrenamiento con mi mecenas fuera productivo. Me compraron todo: los balones, el short del Barcelona y la playera del Real Madrid... Lo que sea que se pusiera de moda entre mis compañeros, yo lo tenía; pero el futbol es un deporte lleno de pérdidas y sacrificios... Y más para la gente que se cuelga del balón.

MAMÁ: ¿Dónde está la pelota negra que te regaló tu papá?

HORACIO: Es que estábamos jugando y se nos voló al techo del taller.

MAMÁ: Umm, ni modo. Nomás no le vayas a decir, eh.

Un secreto entre una madre y su hijo... Como si ese balón representara lo que mi papá buscaba de mí.

CAYO: ¿Listo, Racho?

HORACIO: No, es que... Perdí la pelota (*Cayo le entrega una pelota*) ¿Qué?

CAYO: Toma, para que no dejes de jugar (*Horacio lo abraza*).

Ahí... ese abrazo hizo que se me pusiera la piel de gallina, y en mi mente sólo había una cosa... El mismo sentimiento de culpa y horror que me trajo el ver el VHS de niño. Ahí entendí de dónde venía mi devoción a Cayo... Dentro de mí siempre lo supe. Entendí que cuando vi a Indiana Jones, el terror venía del miedo a la verdad. Cayo era mi mecenas, pero no era admiración lo que sentía...

Era la primera vez que sentía lo que era estar enamorado...

Pero era un hombre. Eso me alejaba de todo lo que mi papá quería de mí. Y me acercaba a eso que mi abuela criticaba con asco y mi abuelo sentenciaba a golpes. Entonces tiré mis colores, dejé el taller de dibujo y rompí los cuentos. ¿Cómo podía cambiar mi manera de ser? ¿Cómo curar esto que sentía? Intente con novias y por un tiempo pude engañar a todos. Incluso a mí mismo. Me enterré en la fantasía de lo que era ser hombre. Un macho de sentimientos bloqueados y todas mías, pero no era justo ni para ellas ni para mí. Llegué a lo más profundo de la oscuridad. Un lugar en donde intenté... intenté deshacerme de mi humanidad, para sentir que estaba vivo. Intenté olvidar mi "problema", sin importarme los medios... Tenía que encontrar la manera de volverme un robot y enterrar los vestigios del verdadero Horacio.

(Entra a escena de manera intempestiva Bruto. Un militar que escupe cuando habla.)

BRUTO: Ustedes no están aquí para tomar el sol, señores. Es-

tán aquí para prestar servicio a la nación. Y si tienen que mover los deditos de los pies, ¡me vale un huevo! Mientras no rompan líneas, todo está bien.

Y cuando cumplí dieciocho, encontré la respuesta en el servicio militar.

HORACIO: ¡Sí, señor!

Si lograba pertenecer, sí podía encajar... Por fin sería un hombre... No fue difícil convencer a mi papá, y en poco tiempo ya estaba estudiando en la escuela militar. Ahí aprendí a limpiar un rifle. A lustrar mis botas con saliva y el piso con un cepillo. A que el cuerpo es una herramienta y la mente una excusa. Aprendí a adaptarme y comer pan con jugo, frijoles con jugo, carne en su jugo con jugo... Y digamos que el jugo de guayaba se convirtió en un detonante; pero a pesar de los golpes, el ejercicio y los gritos... fue la época más pacífica de mi vida, porque a base de un horario militar, pude mantener apagada mi mente y huir del tormento que significaba afrontar la verdad. Pude olvidarme a mí mismo. Apagar mi conciencia y vivir en la normalidad que tanto deseaba... hasta que volvió.

CAYO: *Psst*, qué onda Racho.

HORACIO: ¿Cayo? ¿Qué haces aquí?

CAYO: Mi papá me obligó... Me encontró unos cuadros en la mochila y se *frikio*.

HORACIO: ¿Cuadros?

CAYO: LSD.

HORACIO: ¡Ah!

CAYO: Que gusto que estés aquí, Racho.

BRUTO: (*Entrando violentamente*) ¡Delgado!

HORACIO: ¡Sí, mi sargento!

BRUTO: Estaba limpiando el piso, ¿no cadete?

HORACIO: Sí, sargento.

BRUTO: Pues para que tengan más tiempo para platicar, ¿qué le parece si limpian la explanada completa para antes de la hora de la comida?, si no ¡los perros van a disfrutar de comer sus frijoles con jugo!

Toda la tranquilidad de mi voto de silencio se rompió cuando Cayo volvió a mi vida. Pasábamos los ratos libres platicando y jugando 21. Cuando nos tocaba limpiar, era juntos por nuestros apellidos. Y lo peor era cuando trabajábamos juntos en la cocina. Era un tormento, porque eran más de tres horas solos, y a veces el silencio lo rompía una tensión que se avecinaba desde sexto.

(Horacio y Cayo limpian platos en la cocina. Cayo tiene una actitud juvenil y juguetona, mientras que Horacio lucha para no verlo a los ojos.)

CAYO: ¿Y tienes a alguien que te espere afuera, Racho? ¿Una novia?

HORACIO: No. Nada.

CAYO: Yo tampoco. El domingo que nos vimos rompí con ella. Lu ¿Te acuerdas?

HORACIO: Me acuerdo.

CAYO: Pero es que hay cosas que ella no entiende.

HORACIO: ¿Qué cosas?

CAYO: Cosas... A veces pienso que cada uno tiene tormentos en la cabeza y no hablamos de ellos... No tenemos que hacerlo, pero ahí están comiéndonos poco a poco. Como si quisieran tirar la puerta para escapar. ¿Me entiendes?

HORACIO: Sí.

CAYO: *(Silencio)* Pero sabes que... he estado pensando, y cuando mi papá me saque de aquí, quiero meterme a clases de música. Siempre he querido tocar la guitarra.

HORACIO: Yo no puedo pensar en el futuro.

CAYO: ¿Por?

HORACIO: Mi mente no me da para tanto. Prefiero limpiar una mancha a la vez. Si olvido lo caprichosa que es la mente, puedo concentrarme en vivir un día a la vez. Uno por uno, que la vida es corta.

CAYO: Pero para vidas cortas, esperanzas largas... (*Cayo empieza a hacer dominadas con una pelota invisible*) ¡Ahí te va!

HORACIO: ¿Qué haces?

CAYO: Es tu pelota negra... La encontré. (Lo invita a jugar)

HORACIO: ¿Para qué? Nos van a regañar.

CAYO: Porque la vida era más fácil cuando estábamos en la cancha ¿Te acuerdas? (*Juegan*)... Cuando me gradúe voy a comprar una guitarra azul, eléctrica y voy a tocar “*Tangerine*”, aunque me salga toda chueca.

HORACIO: ¿“*Tangerine*”?

CAYO: Led Zeppelin... (*Canta*) *Measuring a Summer's day... ¿No?... I only find it slips away to grey... (Juguetea con los platos y el agua) The hours they bring me pain...*

AMBOS: *Tangerine... Tangerine...*

CAYO: *Living reflection from a dream... I was her love, she was my queen... And now a thousand years... In between... (Lo besa)*

(*Horacio y Cayo están pasmados, mientras se miran a los ojos. De pronto Bruto abre la puerta y los mira. Horacio empuja a Cayo.*)

BRUTO: ¿Que están haciendo, par de jotos? ¡Levántense!

(*Los gritos del sargento nos regresan al salón, donde ahora Federico es el que grita.*)

FEDERICO: ¡¿Eres joto?!

HORACIO: ¿Qué tienes, *wey*? (*Lo empuja*)

FEDERICO: ¿Qué? ¿Te cala que recuerde que eres maricón?
(*Comienzan una pelea. Diálogos rápidos.*)

HORACIO: ¡Estamos en el siglo XXI, cabrón!

FEDERICO: ¡Ya sabía! Se te nota, cabrón. Seguro hasta los calzones traes rosititas.

HORACIO: ¿Qué pedo con tus generalizaciones?

FEDERICO: ¿Y qué pedo con que no me dijiste que eras gay?

HORACIO: No tengo porque decirte nada, pendejo.

FEDERICO: Chingas a tu madre

HORACIO: Chinga la tuya y tus etiquetas.

VASCO: Ya cálmense (*los separa*) Federico, madura, es una orientación. No tienes que hacerla de pedo, si no tiene nada que ver contigo.

HORACIO: Por culpa de gente como tú, la vida es miserable para la gente que es diferente. Nos rodean tanto con su odio, que lo adoptamos y pensamos que nosotros somos los que tenemos que cambiar.

(*Silencio*).

VASCO: ¿Qué pasó después?

HORACIO: (*Se calma*) El sargento nos llevó a la explanada, y entre toda la tropa nos pusieron una paliza que jamás voy a olvidar. Pensé que me iba a morir. Sólo sentía las patadas y los puños en las costillas... A Cayo le fue peor. Uno de los soldados lo golpeó con un palo, y sin darse cuenta le desgarró el ojo. Lo llevaron a la enfermería... Y creo que lo perdió.

VASCO: ¿Crees?

Al día siguiente estaba empacando mis cosas, porque me iba a casa, cuando de pronto llegó Cayo. Tenía un parche y la piel pálida, como si hubiera visto un fantasma. Supongo que pasa cuando vez la muerte tan de cerca.

HORACIO: Cayo...

(Cayo levanta la mano, como deteniendo las palabras de Horacio. Camina y toma su maleta. Antes de irse se detiene frente a Horacio, mira alrededor y le entrega un papel doblado. Se va.)

Nunca lo volví a ver. Tomé el camión para llegar a mi casa, pero había algo que no me dejaba volver. No quería que mi mamá viera mis moretones y sintiera la vergüenza, el miedo y la zozobra que venía en mi maleta, pero a lo lejos vi una iglesia y algo me hizo entrar. Nunca he creído en nada. No creía ni en mí mismo, menos en un Dios que me iba escuchar por entrar a un edificio. Pero mis papás sí; y de alguna manera sentía que si tenía el perdón de Dios, iba a ser más fácil tener el de mis padres.

PADRE: Ave María purísima.

HORACIO: ... No sé cómo funciona, padre.

PADRE: ... ¿Qué te trajo aquí, hijo? Cuéntame...

HORACIO: Si le cuento algo... Si le cuento algo a usted, ¿Dios me va a escuchar?

PADRE: Dios te escucha si tú estás dispuesto a oírlo.

HORACIO: Me.... *(Horacio junta todas sus fuerzas para poder armar la oración)* Soy gay, padre... Me gustan los hombres. He tratado todo para corregirme y sentirme bien, pero... no quiero que la gente me juzgue sólo por lo que me gusta. Ya no sé qué castigo sea suficiente para sentirme bien...

PADRE: ¿Qué esperas que te diga?

HORACIO: ¿Qué? No sé... una penitencia, supongo... Tal vez una manera de sacarme las culpas. Quiero estar bien. Quiero que Dios me perdone.

PADRE: Dios no te va a perdonar... Perdónate tú, por no permitirte vivir tus sentimientos con libertad. Míralo (*Señala al altar*) Ese no es Dios. Es sólo algo que usamos para recordarnos que está ahí... Dios está aquí (*Señala la cabeza y corazón de Horacio*), es el aire y la tierra, está en todos lados. Está en ti... Podemos respetarte si vives bajo nuestros valores, pero si vives bajo los valores de alguien más, nunca vas a respetarte a ti mismo (*Horacio lo abraza en un lazo casi paternal*).

Cuando salí de ese lugar, sentí como si mi vida hubiera pasado frente a mis ojos en un instante... Y era una comedia... Volví a casa y mi mamá me abrazó como sintiendo todo por lo que había pasado. Como si su cercanía fuera la llave que faltaba para abrir la puerta del encierro en el que vivía desde que vi a Indiana.

(Horacio mira a su madre y se prepara para lanzar la bomba).

HORACIO: Me gustan los hombres. (*Mamá da un paso hacia atrás. Con un semblante serio y una sensación de rechazo y decepción. Mira a su hijo, sonríe y abre los brazos. Lo abraza con fuerza*)

¿Qué otra validación necesitaba?

La había buscado en todos lados; en la escuela, en el fútbol, en tener novias y hasta en el ejército, pero lo que necesitaba para sentirme completo siempre estuvo dentro de mi casa. Toda mi vida creí que era mejor estar en medio. A la mitad de lo que la gente creía de mí y de sí mismos, en medio de lo que yo pensé que era un hombre y a la mitad de una imagen que no existe y mi vida se transformó en eso. En media vida. Y lo que necesitaba estaba dentro de mí, dentro de la mirada de mi mamá. Ser un hombre diferente y no ser un hombre sólo por serlo.

(Volvemos al cuarto en donde Federico y Vasco miran a Horacio con atención).

VASCO: ¿Y qué decía?

HORACIO: ¿Qué?

VASCO: El papel ¿Qué decía?

HORACIO: No sé.

FEDERICO: Ay tienes que saber.

HORACIO: De pronto muy interesado en la historia ¿no?

FEDERICO: No...

HORACIO: No sé qué decía. Para mí, ese día nos enterraron juntos y volvimos a nacer. Y el papel podía haber dicho lo que yo quisiera, pero después de salir de esa escuela lo tiré en la basura, no necesitaba quedarme con nada más que con lo que me había enseñado... Su manera de ver la vida es lo que...

FEDERICO: Ay, no mames... ¿Que conclusión es esa?

HORACIO: Pues la verdad.

FEDERICO: Una verdad muy jodida.

HORACIO: La tuya muy interesante ¿No, hijo de papi?

FEDERICO: Cálmate, *wey*, con eso no te metas, pendejo
(*lo empuja*).

HORACIO: Tu has estado chingue y chingue toda la noche, no me vengas con mamadas.

VASCO: Ya, par de orangutanes. Cálmense... Por eso nos tienen aquí, porque parece que tienen cerillos en la cola.

FEDERICO: Ay, lo dice el niño perfecto de la UNAM.

VASCO: Estuve en la Metropolitana, pimate.

(*Federico se le abalanza, pero lo detiene el timbre de un celular. Silencio.*)

HORACIO: ¿Cuál fue? (*Revisa su celular*) Yo no tengo señal.

VASCO: A mí ni me vean, yo ni celular traigo.

FEDERICO: Es el mío.

HORACIO: ¿Sí?

FEDERICO: “Wifi Limbus”

VASCO: ¿El café?

FEDERICO: ¡Sí! Me alcanza la red del café ¿Cómo no lo había pensado?... Tengo treinta y cuatro mensajes del grupo de maestros. A ver si no me corren.

HORACIO: ¡Pásame la contraseña!

FEDERICO: No la tengo. Ni me acuerdo la última vez que fui.

HORACIO: Bueno, no pierdas el tiempo. Háblale a alguien (*Federico pone su celular en su oreja*) Háblale a la policía.

VASCO: No, no van a hacer nada, háblales a los bomberos, mejor.

HORACIO: ¿Cómo a los bomberos?... ¿A quién le hablas?

FEDERICO: (*Pone su celular en altavoz*) A Miranda.

HORACIO: ¿Qué? ¿Para qué?

FEDERICO: Me va a escuchar. (*Sólo escuchamos el intermitente sonido del teléfono*) Miranda, contesta... contesta ¡Contesta!

HORACIO: Deja le marco mejor a mi mamá.

VASCO: No ¡Hagan caso y marquen a los bomberos!

MIRANDA (*Teléfono*): Bueno...

FEDERICO: Bueno, Miranda... Miranda, Miranda, Miranda... ¿Miranda? ¿Me oyes? Bueno...

HORACIO: ¿Qué pasó?

FEDERICO: (*Mirando el celular*) Se me acabó la pila.

VASCO: Te dije que les marcaras a los bomberos.

HORACIO: Le hubieras mandado mensaje a todo el mundo mejor. A ver si alguien nos sacaba de aquí.

FEDERICO: (*Avienta el celular contra la pared*) ¡Pinche Miranda!

HORACIO: (*Después de un silencio*) Tranquilo, alguien nos va a abrir.

FEDERICO: Me hace 30 llamadas al día, pero no me puede contestar por una puta vez *(toma su licorera y bebe las últimas gotas. Al terminar la tira al piso.)*

VASCO: *(Consolándolo)* Así son las mujeres...

FEDERICO: Culeras.

VASCO: Imprudentes.

HORACIO: Están generalizando.

FEDERICO: Así son todas las morras. A ti porque no te gustan las mujeres, pero así nos traen... Como sus pendejos... Tuve una novia en la prepa. Recién había comprado mi primer celular, y ella creía que me la pasaba hablando con otras morras, pero en realidad estaba obsesionado con la viborita.

VASCO: No mames... amo ese juego.

FEDERICO: ¿Sí?

VASCO: Sí, un clásico.

FEDERICO: Es lo que yo digo.

HORACIO: Bueno, bueno. A ver, no entendí el pedo que tienes con las mujeres.

FEDERICO: No, yo no tengo pedos ¡Amo a las mujeres!, pero bien dicen que ni sin ellas ni con ellas.

HORACIO: ¿Por?

VASCO: Pues porque con ellas nunca ganas.

FEDERICO: Exactamente.

VASCO: No se puede buscar la paz, porque siempre termina en pelea.

HORACIO: Y, ¿no será que ustedes también las provocan?

FEDERICO: Pues puede ser. Igual no decimos que son monstruos, ni nada. Simplemente les encanta el pedo... ¿Sabes cuál fue mi primer amor?

HORACIO: No, no te vayas por las ramas. ¿Cuál es tu pedo con las mujeres?

VASCO: Mira, por ejemplo, Miranda... (*A Federico*) La mía.

FEDERICO: ¿Qué hizo la tuya?

VASCO: La última pelea que tuvimos fue en la librería. Hace como cuatro días. Iba buscando un libro de... No me acuerdo de qué...

IV.- LA DESTRUCCIÓN DEL INTELECTUALISMO

(*Una iluminación en proscenio nos transporta a una librería donde entran Vasco y Miranda tomados de la mano*)

VASCO: ¿De qué?

MIRANDA: De historia del arte. Vi que había un libro, sólo que no sé la editorial, y tenía dibujos y actividades para la primera infancia.

VASCO: Ah, como los libros de *Harper Kids*.

MIRANDA: ¿Los del atlas de historia?

VASCO: Sí.

MIRANDA: No. Es que yo busco éste, porque es historia del arte para la primera infancia. Y como es súper raro este tipo de clases en el kínder... Es muy específico (*al empleado*) Hola, buenas tardes.

EMPLEADO: Buenas tardes, ¿en qué le puedo ayudar?

MIRANDA: Estoy buscando un libro de historia del arte para niños de preescolar.

EMPLEADO: ¿Sabe la editorial?

MIRANDA: No, pero creo que el autor se apellida *Bustos*.

EMPLEADO: ¿Cree? (*Pequeña risa*) Necesito un poco más de datos.

VASCO: No, mire, nos puede mostrar por favor los libros de Atlas de historia. Los de *Harper Kids*.

EMPLEADO: Claro que sí.

MIRANDA: No, es que esos no me sirven.

EMPLEADO: Tenemos la primera y la segunda edición ¿Cuál buscaban?

MIRANDA: No, es que doy clases para preescolar y buscaba...

VASCO: La segunda. Te conviene más.

MIRANDA: No, Vasco.

EMPLEADO: Enseguida se lo traigo.

MIRANDA: (*Vasco trata de tomar la mano de Miranda, pero ella no lo permite*) No doy clases de historia (*se aleja*)

VASCO: ¿Y ahora qué te hice, mi amor?

(*Al acabar la historia volvemos al salón*)

VASCO: Pero fue un pedo... ¿Ves?

HORACIO: ¿Y sigues sin entender?

FEDERICO: Es obvio.

HORACIO: Exactamente.

FEDERICO: Le dio coraje que supiste qué libro pedir y ella no.

HORACIO: ¡Claro que no! No la dejaste pedir lo que ella necesitaba.

VASCO: ¡Pues si ella lo pidió!

HORACIO: Sí, pero ella es la que sabe del tema. Y el empleado sólo te hizo caso a ti, como por instinto.

VASCO: Pues es normal que entre hombres nos apoyemos.

HORACIO: Sí, todo muy normal, hasta que lo volteas.

VASCO: ¿Cómo?

HORACIO: ¿En qué eres bueno, que tal vez Miranda no?

VASCO: Miranda... pues no tiene ni idea de carros.

HORACIO: ¿Y tú sí?

VASCO: Pues sí. Siempre le ando ayudando. Aparte tomé cursos de mecánica en la prepa.

HORACIO: Imagínate entonces que tu carro es el que se descompone. Y lo llevas al taller.

(En el imaginario de Horacio vemos una situación en donde los roles en la agresión se voltean.)

VASCO: Mire, yo creo que es la banda.

MECÁNICO: ¿Por qué?

VASCO: Por el sonido.

MIRANDA: No, ni al caso, mi amor. Es una afinación.

VASCO: No, no creo, es que tiene mucho con esa.

MIRANDA: ¿En cuánto me dejas la afinación?

VASCO: No, no es...

MECÁNICO: Pues depende, pero se lo puedo dejar en unos ochocientos pesos.

MIRANDA: Ándele, está bien.

VASCO: Escúcheme.

MECÁNICO: Si quiere puede pasar a pagar, mientras empezamos.

VASCO: No.

MIRANDA: Sí, claro. Gracias. Paga, mi amor.

MECÁNICO: De nada, señora.

VASCO: ¡Ah, cabrón! Soy invisible ¿o qué?

MIRANDA: No, mi amor ¿Por qué?

VASCO: Pues no me dejas hablar.

MIRANDA: Traes efectivo, ¿verdad?

(Miranda sale y volvemos a la realidad del salón).

VASCO: No, no manches, yo no la trato como si fuera invisible.

HORACIO: Casi. Eso pasa cuando invalidas sus opiniones, y más cuando ella es la que domina el tema.

VASCO: ¡Yo también sé de historia!

HORACIO: Pero el punto no es ese. Cuando tú sobrepones tu opinión o tratas de explicar temas que ella domina, sólo por ser tú el dominante... Eso es *mansplaining*.

VASCO: ¿Qué? No.

FEDERICO: Sí, no. *(A Horacio)* Ya van dos... Nos tildas de machistas, pero esos son pleitos normales de pareja. No es machismo.

HORACIO: Pues voltéenlo.

FEDERICO: Ni que fuera tú.

HORACIO: ¡No! Si una actitud no te parece machista, voltéala. Y si al voltearla te parece raro, seguro es machismo.

FEDERICO: Yo qué voy a andar siendo machista. Mi papá, ese sí fue machista de hueso colorado.

HORACIO: Sí, pero las agresiones no siempre tienen que ver con golpes. El machismo está en todo lo que hacemos. Nos criaron con micro machismos, hasta en el español *(silencio)*.

FEDERICO: ¿Y tú?

HORACIO: ¿Yo qué?

VASCO: Sí, muy bueno para apuntar, pero por algo estas aquí encerrado con nosotros.

FEDERICO: Sí, cuéntanos, macho... ¿Por qué te tienen aquí?

HORACIO: Pues no sé. Tal vez para que alguien les explique lo que...

FEDERICO: No mames, *Freud*, explicar mis huevos... No quieras utilizar tu falsa moral para controlarnos.

HORACIO: ¿Yo?

VASCO: ¿Tienes pareja?

HORACIO: Pareja son los policías... Se dice novio.

FEDERICO: ¿Tienes “novio”?

HORACIO: No.

VASCO: ¿Por qué?

HORACIO: Porque no quiero.

FEDERICO: ¿No quieres? O no puedes...

HORACIO: No lo necesito.

VASCO: O tal vez extraña tanto al Cayo, que se lo...

HORACIO: Claro que no... ¿Si extrañara a Cayo (*les muestra su celular*), estaría activo en todas estas aplicaciones?

FEDERICO: (*Se lo quita*) A ver...

HORACIO: ¿Para qué? No tengo señal. No se va a cargar nada.

VASCO: Se carga sin las fotos.

HORACIO: (*Para sí mismo*) Pues qué bueno...

FEDERICO: No sabía que había tantas aplicaciones de ligue.

HORACIO: Las normales.

VASCO: *Tinder, Bumble, Blued, Badoo, Scruff, Grindr.*

HORACIO: “*Grindr*”

FEDERICO: A ver...

VASCO: “*Masc 4 Masc*”, órale, Horacio. No pensé que fueras de los que usa máscaras.

HORACIO: *Masc for Masc*. Masculino para masculino.

FEDERICO: ¿Cómo?

HORACIO: La gente no quiere perder tiempo en *Grindr*, así que pones exactamente lo que buscas.

FEDERICO: (*Leyendo*) “Con lugar”, “Activo”, “Fem”, “Pasivo”, “Pasivo no fem”, “Faje”, “Casado discreto”, qué intenso.

HORACIO: *Grindr* es una aplicación muy intensa... No es para todos. Es un mundo lleno de gente que vive el *carpe diem* desde una perspectiva sexual... Y me encanta.

V.- SÁTIRA DEL HOMBRE SIN LUGAR

(*Horacio en un restaurante. Espera a alguien, mientras rompe una servilleta en pedazos. Se acerca el mesero.*)

MESERO: Hola, buenas tardes ¿Qué te ofrezco?

HORACIO: Estoy esperando a alguien, gracias...

(*Hacia enfrente.*)

Conocí a Sebastián por Tinder y la conversación fue amena y duradera. Después de dos semanas, decidimos salir y conocernos.

(*Entra Sebastián. Un hombre apuesto y carismático con un perfil femenino. Lleva una bolsa con forma de diamante.*)

SEBASTIÁN: Hola, Horacio.

HORACIO: ¿Sebastián?

SEBASTIÁN: Sí... al fin te conozco.

HORACIO: Definitivamente no mides 1.80.

SEBASTIÁN: ¿Qué?

HORACIO: En las fotos... te imaginaba más alto.

SEBASTIÁN: Ah, es el ángulo... ¿Cómo te fue en el trabajo?

HORACIO: Bien... ¿Oye y siempre usas bolsa?

SEBASTIÁN: ¿Te molesta?

HORACIO: No, pero te verías mejor si fueras más...

SEBASTIÁN: ¿Más que?... ¿Más masculino?

HORACIO: Yo no dije nada... (*Sebastián se levanta*) ¿A dónde vas?

SEBASTIÁN: A mí no me molesta mi manera de ser, pero claramente a ti sí, y no me voy a quedar.

HORACIO: Relájate... Si quieres vamos a mi casa.

SEBASTIÁN: ¿Por qué aquí no?

HORACIO: No... Hay mucha gente y...

SEBASTIÁN: Ay, ¿sabes qué? Chinga a tu madre.

HORACIO: Sí, mejor vete... Igual a mí me gustan los hombres.

(*Volvemos al salón*)

FEDERICO: (*Leyendo la descripción de Horacio*) “LEE... Varonil. No taps. 0 Perfiles sin foto. No Femeninos. Evítame que te bloquee”. Qué macho, Racho.

HORACIO: No me digas Racho.

VASCO: ¿Qué son *taps*?

HORACIO: Así es esto. Si no me gusta, ni para qué. Por eso prefiero *Grindr*, la gente ya sabe a lo que va, y pues buscas lo que te embone.

FEDERICO: Si te hizo daño todo tu desmadre de la militar.

HORACIO: ¿Y eso qué tiene que ver?

FEDERICO: Pues mira, a mí me la hiciste de pedo, porque te discriminé y la chingada, pero tú te la pasas discriminando a la gente de tu propio “colectivo”.

HORACIO: No es...

VASCO: Mira cómo trataste a Sebastián por no encajar en tu concepto de “hombre”.

FEDERICO: El pez por la boca muere, mi “mansplaining”

VASCO: Voltéalo. Mira todos tus comportamientos en *Grindr*, *Tinder* y todo eso, y piensa que es un heterosexual el que lo dice. Seguro pensarías que es homofobia.

HORACIO: No lo había visto así.

VASCO: Claro que no, porque piensas en chiquito ¿Y sabes qué? tienes razón con lo de *mansplaining*, pero tú estás tan mal como nosotros... Carmen es tu mamá, ¿verdad?

HORACIO: Sí, ¿y?

VASCO: Que ella te trajo aquí... Seguro vives con ella y te la mantienes de tingo al tango con tus encuentros, y seguramente hasta se ha dado cuenta de lo culero que eres con ellos.

HORACIO: No es cierto.

VASCO: ¿Ah,no?

HORACIO: No me trajo mi mamá. Vine, porque pensé que aquí era la escuela de inglés.

VASCO: (*Irónico*) Y seguro viniste aquí buscando precios, ¿no?... ¿Cómo se llamaba?

HORACIO: ... Joel...

FEDERICO: Qué puerco, Racho.

HORACIO: ¡Que no me digas así!... ¡Está bien! Tienes razón. ¿Qué quieres que te diga? Que me quedé obsesionado con ser un macho, ¡Pues sí! Que tal vez hay una filia detrás y que soy extremadamente sexual ¡También! ¿Pero eso en qué lastima?

VASCO: Lo sexual en nada. Nomás no discrimines a los que no se comportan como tú.

FEDERICO: Y salte de la casa de tu mamá, *wey*. Ya estás grandecito como para andar llevando vatos.

HORACIO: Ya bájale, sabelotodo. ¿Y tú qué? Hace rato hasta me querías golpear por ser gay, y ahora hasta defensor del colectivo, ¿no?

FEDERICO: La gente cambia, Rachito.

HORACIO: A ver... Cuéntanos, “macho, lomo de plata”. ¿Qué te tiene aquí?

FEDERICO: No, ni me digas así, luego te gusto y qué hago.

HORACIO: ¡Ya, *wey!* (*Lo empuja*)

FEDERICO: ¡Eh, pendejo! ¿Qué tienes eh?

VASCO: ¡Ay, ya, los dos!... A ver Federico, ¿qué nos ibas a decir de tu primer amor? La de la viborita.

FEDERICO: ¿Cuál viborita? Ni que fuera del equipo de éste (*Horacio se abalanza y Vasco lo detiene*)

VASCO: Nos ibas a decir de tu primera novia.

FEDERICO: Pues yo creo que mi primer amor fue el único.

VASCO: ¿Ah, sí? ¿Cómo se llama?

FEDERICO: Vicky. Nos llevamos de puta madre. Sé que me hace daño y cada vez que me hecho una, quedo como pendejo, pero no la puedo dejar.

VASCO: ¿O sea que la sigues viendo?

FEDERICO: Todos los días.

VASCO: ¿Desde cuándo?

FEDERICO: A Victoria me la presentó mi papá, y desde entonces no la suelto.

VASCO: ¿Y lo sabe Miranda?

FEDERICO: La odia. Miranda no soporta cada vez que me ve con una en la mano.

VASCO: (*A Horacio*) Oye, se me hace que está hablando de una cerveza.

HORACIO: Yo me di cuenta desde lo de “Vicky”.

VI.- CUANDO CALLA ZARATUSTRA

(Federico se desprende, levanta la licorera del suelo y habla hacia enfrente)

Ni una foto de mi padre me pone tan nostálgico como un trago de whisky. Cuando tomo, puedo sentirlo. Casi puedo ver su reflejo en la botella diciéndome lo que tengo que hacer para que mi familia esté bien. Cuando murió, dejó un lugar vacío que yo tuve que llenar bajo su orden póstuma, y mi mamá lo sabía. Así que conseguí un trabajo a los 12 años en una ferretería. Y a los 16 me reencontré con Victoria. Era un consuelo cuando llegaba del trabajo, aunque también un castigo al día siguiente... Pero mi papá dijo que todos los hombres lo hacían, entonces lo hice... Lo hice cuando dejé de ser niño y me convertí en adulto antes de tiempo. Lo hice cuando terminé la escuela y empecé la universidad. Lo hice cuando me dieron la planta, y lo hice el día de la graduación de Miranda...

(Vemos a Miranda y a Federico afuera de un salón de eventos. Federico está visiblemente ebrio.)

MIRANDA: Póntela, por favor.

FEDERICO: No me gustan.

MIRANDA: Sólo por hoy, Federico. Es un evento formal. Ponte la corbata.

FEDERICO: No, porque me muero.

MIRANDA: No te vas a morir ¿No quieres salir bien en las fotos?

FEDERICO: No me voy a tomar fotos.

MIRANDA: Es mi graduación.

FEDERICO: Las fotos te roban el alma. Si quieres salgo, pero con los ojos cerrados.

MIRANDA: Si no te la pones, te quedas afuera.

FEDERICO: ¿Aquí? *(Se tira al piso)* Aquí te voy a esperar. Pásale.

MIRANDA: Federico, nos están viendo.

FEDERICO: ¿Y qué tiene?

MIRANDA: ... Te pedí por favor que hoy no tomaras. Era muy importante para mí y no...

(Miranda se da cuenta de que Federico está dormido. Lo mira con tristeza y sale. Vemos una transición de luz y Federico despierta por el timbre. Mira a su alrededor y se da cuenta de que ahora está en su casa. Está confundido, pero aun así abre la puerta. Es Miranda, con un recipiente de plástico).

FEDERICO: Buenos días, amor *(Trata de darle un beso y Miranda se niega)*.

MIRANDA: Te traje pozole que hizo mi mamá.

FEDERICO: Qué rico, gracias... ¿Cómo llegué aquí?

MIRANDA: ¿No te acuerdas? *(Federico niega con la cabeza.)* No sé. No te quisiste meter al salón y cuando salí, ya no estabas. ¿Con quién te fuiste?

FEDERICO: No me acuerdo.

MIRANDA: Come... Federico, no puedo seguir haciendo esto.

FEDERICO: ¿Haciendo qué, mi amor?

MIRANDA: *(Silencio)* Come.

FEDERICO: Ahorita.

MIRANDA: No puedo seguir lidiando con un borracho. Suficiente tuve con mi papá.

FEDERICO: Era una fiesta, mi amor.

MIRANDA: No es la fiesta, eres tú. Tienes un problema.

FEDERICO: Pues ayúdame, eres mi novia.

MIRANDA: Sí, pero no tengo la responsabilidad de solucionar tus problemas... Come.

FEDERICO: Ya te dije que no me gusta comer frente a los demás ¿Qué tiene de malo?

MIRANDA: Que tengo dos novios.

FEDERICO: ¿Qué? No mames, Miranda, ¿cuáles dos novios?

MIRANDA: Tú. Es como si fueras dos personas. Y yo ya no puedo salir contigo cuando estás pedo, ya no puedo Federico, es una pinche tortura estar con un alcohólico.

FEDERICO: No soy alcohólico.

MIRANDA: Come.

FEDERICO: No. ¿Y tú cómo te regresaste si venías conmigo?

MIRANDA: Me llevó un amigo.

FEDERICO: ¿Un amigo?

MIRANDA: Sí, Gabriel.

FEDERICO: *(Imitándola)* Sí, Gabriel... Seguro andabas de puta.

MIRANDA: ¿Qué te pasa, Federico? Gabriel es mi amigo.

FEDERICO: ¡Si los vi cómo se abrazaban ayer!

MIRANDA: Es gay.

FEDERICO: Pero si ya te tiene ahí en el carro, ni modo que se vaya a aguantar.

MIRANDA: Estás enfermo. ¡Come!

FEDERICO: ¡Que no quiero! *(Tira el plato de la mesa)* Ya no me presiones, Miranda.

(Miranda sale. Federico mira la mesa como si en ella viera un reflejo.)

Uno pensaría... En ese momento, en vez de sentir a mi papá. Sentí realmente su partida. Y recordé lo malo... La zozobra, el miedo y todo lo que trae consigo el ímpetu de crecer, cuando a la curiosidad la limita la tragedia.

(Transición. Vemos a un Federico niño a punto de entrar al despacho de su papá.)

Tomé todo el valor del mundo para ir hasta su despacho y preguntar. Decidí tocar. Tres golpes fugaces... Y nada. Tal vez algo dentro de mí sabía que no debía abrirla... pero lo hice... Y al abrir la puerta fue cuando lo vi... Ahí estaba... Colgado de una viga del techo. No sabía qué hacer. No entendía... No entendía la muerte de un héroe. Me senté ahí en el piso y lo miré mecerse, imaginando que en cualquier momento quitaría la corbata de su cuello y bajaría para molerme a palos por meterme a su despacho sin tocar.

(Entra mamá)

MAMÁ: *(Grita al ver a su esposo) ¡Carlos! (Corre y cubre los ojos de Federico con un abrazo.) No lo veas, hijo (Llora desesperada) no lo veas, no lo veas ¡No lo veas!... ¡Carlos!*

(Mamá sale y cierra la puerta, mientras Federico lleva las manos a sus ojos. Después de unos momentos, entra mamá, pero ahora viste ropas negras. Lleva un saco negro y se lo pone a Federico).

MAMÁ: Qué guapo... Eres idéntico a él *(llora)*.

FEDERICO: Por qué...

MAMÁ: No... Tú no viste nada. Lo que hizo tu papá... Es un pecado y nadie lo va a saber. Pídele perdón a Dios... Tu papá... Tu papá falleció de un infarto.

(Volvemos al cuarto. Federico llora).

FEDERICO: Qué extraña es la mente ¿Cómo funcionan los recuerdos?... Ahora estoy solo. Y les aconsejo que ustedes también se queden solos y olviden todo lo que les dije... Olviden la imagen que proyectó y mi voz contra la de ustedes: yo no soy un

sabio... (*Vasco toca su hombro y Federico llora*) Es la primera vez que lloro por él... Se estaría retorciendo mientras me grita que los hombres no lloran. Sí, estoy mal... Pero si tengo problemas con el alcohol o la ira es culpa de mi infancia...

HORACIO: Nadie le debe nada a sus máscaras. Todos tenemos historias, heridas y traumas. Eres un humano.

FEDERICO: Demasiado humano... De alguna manera todos terminamos siendo como nuestro papá.

VASCO: No... Tu papá te falló, porque te acostumbró a ver esas agresiones como normales, pero no es su culpa. Cada quien es responsable de sus actos y también de admitir cuando nos equivocamos y cuando tenemos que cambiar.

HORACIO: ¿Y entonces de qué me sirve mi infancia? ¿De qué me sirve pensar en figuras paternas y masculinidades?

VASCO: Pues de hacer conciencia. Como yo, que a pesar de negarlo, siempre necesité una figura paterna, o que tú hiciste todo para demostrar tu superioridad como hombre, o tú escondido atrás de una cerveza para no ver en lo que te habías convertido.

Silencio.

FEDERICO: ¿Cómo cambias algo que se lleva construyendo desde que eras un niño?

VASCO: Desde antes. Nuestros papás y sus abuelos. ¿Nos hemos construido? Pues hay que *deconstruirnos*.

HORACIO: Entonces hay que ser todo, menos un macho.

VASCO: Pues no. Eso es lo que nos trajo aquí... Huir de la confrontación personal ¿Y sabes qué? Lo único peor que un macho es una masculinidad herida. Como la nuestra.

FEDERICO: Yo no sé lo que significa ser hombre.

HORACIO: Ninguno sabemos, pero a lo mejor para ser hombre hay que empezar por preguntarse lo que significa ser uno.

FEDERICO: Sí, porque puedo tener mil respuestas, pero todo me lleva a lo mismo. Tengo que sanar para no lastimar.

HORACIO: Sanar y crecer, porque la culpa fue mía por ceder al miedo de ser rechazado y absorber una masculinidad que no existía. Yo estaba en una olla de presión que yo mismo tapé y corrí.

VASCO: Y yo tratando de saberlo todo para no buscar respuestas que nunca iba a encontrar. Buscando moldes y figuras imposibles de llenar.

HORACIO: No somos hombres, pero nunca es tarde para empezar a serlo.

(De pronto la puerta se abre lentamente. Los hombres la miran como a un espejismo en el desierto. Entra Virginia. Una mujer de unos 45 años que lleva un cubrebocas amarillo).

VIRGINIA: ¿Qué hacen aquí?

FEDERICO: *(Alarmado)* Eso es lo que nosotros quisiéramos saber. *(Se calma)* Sabes qué... No importa ¡No vayas a cerrar la puerta por favor!

HORACIO: ¿Es tuyo este sobre?

VIRGINIA: No. Ésta es la escuela de inglés ¿Qué hacen aquí?

HORACIO: ¡Les dije!

VIRGINIA: Me hacen el favor de ponerse sus cubrebocas.

VASCO: *(Todos lo hacen)* De todas formas ya nos vamos.

FEDERICO: Pero igual volvemos.

VIRGINIA: ¿Quién conoce a una tal Miranda?

VASCO y FEDERICO: ¡Yo! *(Se miran)*

FEDERICO: Bueno... Depende.

VIRGINIA: Está afuera. No sé si viene por alguien.

VASCO y FEDERICO: ¡Por mí!

FEDERICO: Se me hace que es para mí.

VASCO: No. Yo creo que Miranda viene por mí.

FEDERICO: Pero yo le hablé.

VASCO: *(Mira hacia afuera)* Pero es un chevy. Miranda tiene un chevy.

FEDERICO: ¿Blanco? *(Se miran un momento y corren para salir del salón)*

VASCO: Nos vemos, Racho.

(Dos onvres se han ido. Horacio está sentado. Virginia mira la mesa y después mira a Horacio.)

VIRGINIA: Me debes 500 pesos.

HORACIO: ¿Por?

VIRGINIA: Porque rompiste la dieta.

HORACIO: ¿Cuándo?

VIRGINIA: Ah, no te acuerdas... ¿No te comiste una oreo?

HORACIO: Claro que no. Nomás un atún. Dijiste que ahora sí nos ibas a poner más cosas.

VIRGINIA: Cuando entraste te comiste una Oreo, no te hagas.

HORACIO: ¿Cuándo?

VIRGINIA: *(Imitándolo)* ¿Cuándo? ¡Horacio, tengo cámaras!

HORACIO: ¿Ah, sí?

VIRGINIA: Ahí están *(Las señala)*

HORACIO: *(Aceptando su culpa)* Bueno, mañana te los doy... ¿Ya me puedo ir?

VIRGINIA: Sí, ándale... me habló tu mamá. Dice que no se te vaya olvidar llegar por tortillas y leche

HORACIO: Nos vemos mañana...

VIRGINIA: ¡Con los 500 pesos!

HORACIO: Sí, sí. Adiós Virginia. *(Sale Horacio)*

(Virginia recoge las fotos del piso y las pone dentro de la caja. Después toma de su bolsillo una grabadora y habla mientras mira las fotos.)

VIRGINIA: Bitácora del *Sexto Apolo*: La tercera edición del experimento fue todo un éxito. El grupo fue consiente de los rasgos problemáticos a tratar y de la importancia de la conciencia psicológica. Es importante tratar de mejorar la duración del experimento, para evitar futuras problemáticas. Aquí no pasó nada. *Nada pasa hasta que sea descrito...* Nota: poner menos latas de atún y poner jugo de guayaba.

MAYO 2021. Chihuahua, Chih.

LAS 7 TRAGEDIAS DE CARMEN Y EL TIEMPO

A mi abuela...

A mi madre...

A todas las mujeres,

que me hicieron el eco de su fuerza.

-Ésta es una obra inspirada en la vida y aventuras de Carmen Borunda Arredondo. Un árbol que extiende sus raíces hasta donde quiera que yo esté-

(En escena vemos un cuarto lleno de puertas que parecen cerradas por el tiempo. Son tantas que se pierden en el horizonte. Una cama y líneas en el piso que hacen pensar que la calle se mezcló con una habitación. Escuchamos “la feria de las Flores” de las hermanas Padilla, de 1943. Entra Carmen, una mujer de 76 años, lleva una bolsa. De pronto entra un joven que camina y la mira como si se tratara de una extraña. Se sienta junto a ella y la mira.)

ECO: ¿Qué haces aquí?

CARMEN: Tengo que tomar el camión, pero ya estoy muy vieja... Me duelen las piernas.

ECO: ¿Te puedo sobar? *(Carmen asiente y el Eco lo hace.)*

CARMEN: ¿Y tú? ¿Quién eres?

ECO: Soy tu Eco.

CARMEN: ¿Otra vez aquí? Es la tercera vez que vienes. Pensé que ya no ibas a volver.

ECO: Yo también. Pensé que iba a estar mejor y que después de la adolescencia no volvería a querer huir, pero... Aquí estoy otra vez.

CARMEN: ¿Que te afecta tanto?

ECO: No se... No sé cómo no permitir que me duela... ¿Y tú?

CARMEN: ¿Qué?

ECO: ¿Por qué te quieres ir?

CARMEN: Estaba esperando a Virginia, iba a venir, me iba a traer unas pastillas.

ECO: ¿Quién es Virginia?

CARMEN: Una amiguita. Platicamos de vez en cuando y hoy me iba a hacer su última visita.

ECO: ¿Y por eso te quieres ir?

CARMEN: No... Ya estoy cansada yo... Una vieja como yo sólo le estorba a la gente. Ni mis hijos... Ni sus hijos. Nadie viene a mi casa.

ECO: Tal vez no tienen cómo llegar.

CARMEN: ¿Y no pueden hacer lo mismo que yo? Salir y tomar un camión...

ECO: ¿Cuál vas a tomar?

CARMEN: No sé. El último... *(Se mira en un espejo)* Mírame... Tengo los ojos caídos por el peso del maquillaje. ¿Y tú qué haces aquí?, estás muy chico.

ECO: Y tú muy grande, pero los dos queremos viajar a la misma distancia.

CARMEN: ¿Por qué te quieres ir?

ECO: No sé. Sólo volví sin darme cuenta... También me rompieron el corazón. Eso tampoco ayuda.

CARMEN: ... Qué chiquita es tu tristeza.

ECO: ¿Qué?

CARMEN: Qué chiquita es tu tristeza y qué grande el mundo en el que vives. Virginia dice que hay que ver las tragedias desde afuera. En un escenario donde tú eres el público... Y tal vez así te das cuenta de que tu tristeza es pequeña.

ECO: Pues qué tonterías dice tu amiga.

CARMEN: No es tan mi amiga.

ECO: Pues dile que es una estupidez. Eso invalida mis emociones. Si yo siento su partida como la tragedia más grande, es porque así lo vivo.

CARMEN: Así decides vivirlo. No sabes lo que es una tragedia. Una verdadera tragedia... Mírame a los ojos y dime que tu tristeza equivale al peso de mis ojos.

ECO: Tienes los ojos de lagartija.

CARMEN: (*Le da un golpe*) Y la boca de empanada como la de mi mamá... (*Para sí misma*) ¡Ay, Carmen!... Estoy más arrugada de lo que nunca estuvo mi mamá, pero ella me lo advirtió. Me dijo: *—Hija, empieza a usar crema desde joven, porque la piel es como un matrimonio y se cae sin lubricación—*.

ECO: (*Ríe*) ¿Ella usaba?

CARMEN: *¿Zatura*. Vivía y dormía por la *¿Zatura*, y en 76 años jamás se lavó la cara. Sólo se ponía crema y entraba a bañarse.

ECO: ¿De verdad?

CARMEN: El día en que le cortaron la pierna y me dejaron traérmela a la casa, tres enfermeros la subieron a su cuarto en una silla del comedor, le compré sabanas y adapté su cuarto a las necesidades de una persona al borde del abismo. Ella lo único que dijo fue *—Hija de tu chingada madre. Lléveme y lléveme toallas y chingaderitas, pero lo único que me tenías que llevar era mi crema, Carmencita—* (*Ríe*)... maldita tu crema y mis pestañas y tu pierna y todo...

ECO: (*De su bolsa saca un dulce y le ofrece*) ¿Quieres?

CARMEN: ¿Qué es?

ECO: Turrón.

CARMEN: Gracias (*lo toma*)... ¡Uh!, no me como un turrón desde que soy niña... Cómo es uno, ¿verdad? Cómo es la vida, que te tiene que hacer esperar 60 años para que te des cuenta de que dejaste de ser esa niña muy rápido. Que la descuidé y que no la abracé. No la... no me consentí. Algo tan simple, como comprar las cosas que le gustaban o enfrentarme y dejar ir los fantasmas de mi clóset... Tengo toda mi vida atrapada en un círculo vicioso. En el que yo fui la que perdí; perdí mi cuerpo, mi dignidad, mis años. Por donde la veas, la vida es una tragedia... Es un circo la vida.

ECO: ¿Y tu familia?

CARMEN: ¿Y la tuya? Esa es teoría, pero la práctica es la culera. La familia se va. Todos se van. Mis hijos... mis nietos... los hombres... (*piensa*). Esa es otra historia. Los hombres y los nietos, por sus hechos son queridos y sin muchos hechos... (*levanta los hombros*).

ECO: Yo soy un eco tuyo, Carmen. Soy todo lo que fuiste. Entonces, si tú ves como la vida se compone de tragedias, imagínate lo que me espera a mí.

CARMEN: Tú eres un chavalito y no eres eco de nada.

Silencio.

ECO: Cuéntame tus tragedias...

CARMEN: (*Le hace una seña y Eco se acerca y se sienta a su lado*) Ven... mejor te regalo unas zapatillas.

ECO: ¿Unas zapatillas?

CARMEN: ¡Sí! Unas zapatillas de ballet. Y les pongo brillitos y listones para que te vayas, pero de puntitas ¡a chingar a tu madre!

ECO: ¡Carmen!

CARMEN: ¡Pues sí! Mira, que *jijó* de la chingada, qué quieres venir a sacarme información o no sé qué cosas.

ECO: Sólo quiero que me cuentes lo que es una verdadera tragedia. Tal vez así pueda ver mi tristeza chiquita, como dices tú.

CARMEN: (*Lo mira*) ¿Qué traes en esa bolsa?

ECO: Te traje una coca y unos panes.

CARMEN: De dieta.

ECO: Claro.

AMBOS: Es la buena.

(Silencio. Ambos comen).

CARMEN: ¿Qué quieres saber?

ECO: Cuéntame... ¿Qué es una verdadera tragedia?

CARMEN: Todo. Fin...

ECO: Carmen...

CARMEN: ¿Por qué son tan insistentes? (*Eco la mira*) No sé... La vida te va dando golpes para que te vayas fogueando y viendo que es culera. Es dura, porque somos hijos del desierto. Por eso somos más fuertes, porque tenemos que sobrevivir al sol y a las balas. Siete veces la vida me enseñó lo que era una tragedia, y cada vez la palabra iba cambiando y endureciéndose. Y en ese camino uno se da cuenta que está verdaderamente sola. Todos se alejan... o los alejan.

(Eco toma la forma del padre de Carmen, mientras la escucha. Vemos que poco a poco ella revive una escena de su infancia. 1957)

MANUEL: Ya me voy, Carmelita.

Era igualito a ti, mi papá. Puro Borunda.

MANUEL: Nos vemos el domingo.

Sentía que se me salía una arteria y se iba con él. No quería que se fuera.

MANUEL: Nos vemos en tres días, mi niña.

CARMEN: En navidad.

MANUEL: En navidad.

CARMEN: Cuando lleguen los regalos.

MANUEL: Y yo mismo te voy a traer los regalos. ¿Sabes a dónde voy? Al pueblo ¿Te acuerdas de Namiquipa?

CARMEN: ¿Por las vías del tren?

MANUEL: Ándale (*se ríe...*) Hay un cabrón que quiere que nos rajemos con la campaña. Por eso tengo que irme, aunque sea navidad. (*De su chamarra saca un turrón*) Mira... pruébalo. ¿Te gusta?

CARMEN: ¿Qué es?

MANUEL: Turrón.

CARMEN: Qué rico.

MANUEL: Los hace una doña allá en el pueblo. Una señora que me vio crecer, y toda la vida hizo dulces y bizcochos... Espérame tres días.

CARMEN: Mejor voy contigo. Puedo ir contigo, puedo ayudar.

MANUEL: Tres días, mi niña, y te voy a traer una canasta llena de turrones para ti nomás ¿Sí?... *(Carmen lo abraza y no lo suelta)* Suéltame, Carmelita.

No debí soltarte

CARMEN: *(Mientras Carmen lo abraza, toma rápidamente la pistola de su padre.)* Me da miedo cuando no estás. En la noche me da miedo.

MANUEL: *(Piensa)* Quédatela, duerme con ella, así si te da miedo, sabes que te puedes defender, Carmelita... No quieras crecer tan rápido.

¿Por qué nos empeñamos en vivir la vida rápidamente? Como si alguien estuviera corriendo detrás de nosotros. Dormí con la pistola debajo de mi almohada, como si fuera un diente de leche. Como si dormir con una pistola fuera normal, o como si una parte de él se quedara conmigo para siempre. Hasta que tocaron a la puerta.

LUZ: ¿Quién?

Dijo mi mamá.

SEÑORA TERRAZAS: Lucita, ¡Lucita!, venga pronto.
(Volvemos al cuarto donde el Eco escucha atento.)

CARMEN: Y la chismosa de la casa se puso a oír detrás de la puerta.

ECO: ¿Quién es la chismosa de la casa?

CARMEN: Tu dirás Nicanor, estás en tu casa...

(1957)

SEÑORA TERRAZAS: Ay, Lucita ¡Qué le digo! Qué le platico... Javi... es que Javier... me acaban de hablar por radio... parece que hubo un accidente.

LUZ: ¿Dónde?

Con huevos. Porque así era mi mamá. Porque así somos las mujeres que tenemos que ser un hombre por dentro, para enfrentarnos a la gente que nos quiere ver en el piso...

LUZ: ¡Carmen!

Se dio cuenta de que estaba escuchando.

LUZ: Salte de ahí... Corre y tráete a Adela y a Evita. Nos tenemos que ir.

Corrí a ponerme los zapatos, mientras mi sangre se iba poniendo fría, fría y pesada. Sentía que mi corazón acelerado se me iba a salir por los oídos, mientras me ponía los zapatos.

SEÑORA TERRAZAS: Se lo mataron, Lucita.

(Carmen mira al vacío en un estado de shock. Mientras comienza a hablar, empieza a cambiarse a una ropa con un estilo más vaquero. Escuchamos la canción "El reloj", de Los tres caballeros, de 1957).

Lo velamos el 24 y lo enterraron el 25. ¿Sabes lo que se siente que se muera un padre? Es un duelo que se queda contigo para siempre y que te sigue. Yo me aferré y me fui con mi abuela a Namiquipa. Y lo vi. Vi su cuerpo... tenía cuatro balazos; uno en la mano, que hizo que no se pudiera defender, uno en la pierna, que hizo que se cayera al piso y se arrastrara, otro en el hombro, que le rompió los huesos, y el último en la espalda. Ese le atravesó y le destrozó los dos corazones. El de él y el mío. Ese es el verdadero dolor, mijo, que se te muera un padre y que tengas que verlo tirado en el piso de una cantina.

(Volvemos a la habitación. Donde el Eco se mira al espejo, mientras Carmen se maquilla. Ella extiende una toalla en la cama y organiza su maquillaje para empezar el proceso).

ECO: Lamento mucho que hayas pasado por algo tan difícil.

CARMEN: Eso no fue lo más difícil. Lo más difícil se vino después; cuando nos quedamos sin comer, cuando mi mamá tenía que doparse para no despertarse llorando en la noche, o cuando escuché su nombre por primera vez... El güero cimarrón... Ese mató a mi papá. No sabía ni cómo era su cara, pero quería verlo muerto. Quería verlo tirado en el piso, arrastrándose como mi papá, pero era una niña.

El 25 de diciembre no llegó santa, pero me despertó un frío que me recorría todos los vellos del cuerpo. Me levanté y algo me hizo caminar por el pasillo. Pasé frente al cuarto de mi abuela, donde estaba el cuerpo de mi papá, listo para el funeral. Me acerqué lentamente y toqué su mano -ven por mí- le dije... Cerré los ojos, esperando a que me apretara la mano... Reloj, detén tu camino, porque mi vida se apaga. Me quedé viéndolo en la oscuridad, sin sentir las horas pesadas que caían en mis ojos. Y al salir de ahí, algo me hizo caminar hasta el bote de basura, y sacar lo que había dentro. La ropa, su sangre ya no era sangre, sino una mancha café, y los hoyos de las balas coincidían con la mueca de mi papá.

ECO: ¿Qué hiciste?

CARMEN: Me quedé con ella.

ECO: ¡¿Qué?!

CARMEN: ¡Sí! Me quedé con ella y se quedó conmigo todo este tiempo...

ECO: ¿Si ves que estás encerrándolo en tu casa? Encerrando su presencia trágica, que seguro no te...

CARMEN: Era mi papá... Tenía que llevarme esa ropa para

que me recordara lo malo que era el mundo. El mal que le habían hecho a mi familia, y lo malo que yo quería hacer... todo Chihuahua ya sabía... En todos los periódicos viene...

ECO: ¿Y tú tienes los periódicos?

CARMEN: Sabes que nunca la... no los tengo, sólo la ropa... Y tengo que quemarla antes de irme...

ECO: No te vas a ir todavía... Y yo te ayudo a quemarla.

CARMEN: Sí, nomás es echarla en una vasija.

ECO: ¿Y por qué quieres quemarla?

CARMEN: Es que todavía tengo que guardar... Pero si me voy, ¿quién...?

ECO: Yo te la guardo. No te vas a ir.

CARMEN: Mis hijas tienen mucho miedo de la chamarra. Y yo creo que mi hijo tampoco la ve.

ECO: No te preocupes.

CARMEN: Nos dejaron en la calle. Se ensañaron con nosotros, nos quemaron la pastura, el frijol, nos destrozaron. Tuvimos que vender lo único que los buitres dejaron. Fierro viejo que mi mamá vendió, hasta que ya no quedó nada. Comimos de la sangre café de mi papá. Hasta muerto estuvo ahí, para que no nos faltara nada... Fue muy doloroso y todo eso se lleva arrastrando.

ECO: Entiendo.

CARMEN: Eso se siente que se vayan. Y que se vayan de verdad (*Eco asiente*) ¿Por qué a ti te destrozó que se fuera?

ECO: Fue un camino corto, pero lleno de magia. Lo vi, lo conocí antes de conocerlo, y él me conocía también. Nos conectamos de una manera casi sagrada. Conectamos con la tierra y nuestros corazones latían hacia el mismo lugar. Hasta que no. Se alejó y comenzó a mentir y a cambiar... Me hizo sentir que

no era suficiente. Duele ver que algo que se siente tan real, tan mutuo, al final es más frágil que el tiempo.

CARMEN: Que hueva de muchacho. Está jugando contigo... tal vez no quería hacerlo, pero su confusión hizo que jugara contigo.

ECO: Lo peor es que lo entiendo. Por eso tuve que soltarlo. Es muy doloroso, no quiero que se vaya, no quiero volverme una conexión y que nos encontremos como dos recuerdos en la calle.

CARMEN: Suena feo.

ECO: Lo fue.

CARMEN: Pero ya fue. Caminaste mucho, igual. El amor es algo que todos añoramos tanto. De nuestros padres, amigos o parejas, pero a veces hay que soltarlo para darse cuenta que nada nos pertenece.

ECO: Wow... Gracias... *(ríe)*. Suenas como psicóloga.

CARMEN: Ojalá yo hubiera respondido eso.

(Un parque. Entre recuerdos vemos a Virginia que habla con Carmen, introduciéndonos a una amistad que se disfraza de terapia los martes. El Eco escucha desde el presente).

VIRGINIA: El amor es algo que todos añoramos tanto. De nuestros padres, amigos o parejas, pero a veces hay que soltarlo para darse cuenta que nada nos pertenece.

CARMEN: Qué pendejada dices.

VIRGINIA: ¿Perdón?

CARMEN: Yo nunca tuve miedo de soltar a nadie. Yo ya nací suelta.

VIRGINIA: Carmen, tienes en tu vida muchas conexiones que no te han soltado y se preocupan por ti...

CARMEN: *Achís*, pues si no soy un cable.

VIRGINIA: Sabes exactamente de lo que estoy hablando; están tus hijos.

CARMEN: Mis hijas hacen lo que pueden, pero tienen a sus familias. Y mi hijo... mi hijo se cuece aparte.

VIRGINIA: ¿Por qué se cuece aparte?

CARMEN: Tú sabes que yo no quería venir, ¿verdad?

VIRGINIA: Sí.

CARMEN: ¿Y no se supone que como psicóloga no me puedes obligar a nada? ¿No se supone que yo tengo que dar el primer paso?

VIRGINIA: A ver, Carmen. ¿Estamos en un consultorio? ¿Ves que yo tenga una libreta o que grabe nuestras sesiones?

CARMEN: No.

VIRGINIA: No. ¿No querías venir a ver tocar al Chato?

CARMEN: Sí.

VIRGINIA: Pues ahí está. Eso venimos a hacer. Y si quieres me quedo callada hasta que lleguen los músicos.

(Silencio).

CARMEN: ¿Quieres una cocada?

VIRGINIA: Gracias... *(luego de un silencio largo)* Yo quiero ser tu amiga... ¿Qué pasó con tu esposo?

CARMEN: A ver... amiga... por qué no me cuentas tú, ¿estás casada?

VIRGINIA: Divorciada.

CARMEN: ¿Tan joven?

VIRGINIA: Tengo 45 años, Carmen, no soy una niña.

CARMEN: Tienes la edad de mi hija.

VIRGINIA: Me divorcié cinco veces antes de cumplir los 40.

CARMEN: ¡Ay, cabrón!

VIRGINIA: Me casé con “el amor de mi vida”. Con el niño del que había estado enamorada desde que era niña, imagínate,

y no pasaron ni dos años para que me divorciara, porque no teníamos nada en común. Él era rojo y yo blanco... Lo único que teníamos en común Santiago y yo, eran nuestras heridas y traumas. Que se encontraron y se hicieron compañía un rato, pero yo tenía una imagen idealizada de él desde que era niña, y darme cuenta de la realidad me hizo huir. Me mudé, me separé de amistades, estudié una carrera y empecé a escribir todo lo que quería. Escribía para poder entender el mundo. A través de historias... Y eso me trajo hasta aquí (*Silencio largo*). Una psicóloga no te hubiera contado eso, Carmen.

CARMEN: Es que los hombres son cabrones.

VIRGINIA: Las relaciones son las cabronas.

CARMEN: Mi esposo se murió hace 20 años, y además a ese lo solté en el momento en el que me cambió por una jovencita.

ECO: (*Virginia no lo escucha*) No me digas, ¿quería experimentar?

CARMEN: (*Al Eco*) En mi época no te eran tan honestos, pero sí.

ECO: Pues qué chiquito tu dolor.

CARMEN: Cállate, pendejo...

VIRGINIA: ¿Qué le dirías si la tuvieras enfrente...?

CARMEN: Sí, la vi. La he visto, la hemos cazado para verla, y ver cómo se hace vieja y cae en las mismas trampas que yo.

VIRGINIA: (*Ríe*) A ver, Carmen... ¿Por qué no mejor me dices...? Cuéntame... ¿Sabías que tu esposo...? ¿Alguna vez estuviste enamorada de él?

CARMEN: Nunca me habían preguntado eso, fíjate... Rubén era un gran padre. Era un hombre por los cuatro costados. Vanidoso y renegado, pero era fuerte... Imagínate que yo lo conocí vestido de karateca.

VIRGINIA: ¿Y eso te daba seguridad?

CARMEN: Me daba risa. Parecía capulina vestido de blanco. Era cabroncito y de alguna manera yo me podía ver reflejada. Yo siempre he sido una mujersota. Y encontrar a un hombre cabrón es la única manera en la que me podía sentir “protegida”.

(1961 Carmen discute con Rubén en una banqueta cerca de su casa. Hablan y se mueven de una forma exagerada, como si formaran parte de una película del cine de oro. Escuchamos la canción “Creí”, de Juan Mendoza, de 1961).

RUBÉN: *Creí que tu vida era mía y que tú me querías como yo te quiero a ti...* ¡Qué sangre, y qué sangren esos violines!

CARMEN: Ya te dije que no me dejan salir. Tengo que cuidar a mi abuelita que anda mala.

RUBÉN: ¿De qué?

CARMEN: Le mocharon la pierna.

RUBÉN: Ándale, no te hagas del rogar. Dile a tu papá que quiero hablar con él.

CARMEN: Mira, mira, ¿pa' qué?

(Carmen interrumpe el relato, mientras toma al Eco de la oreja).

CARMEN: ¿Por qué nos imaginas como película de Pedro infante?

ECO: Pues les gustaba mucho, ¿no? Además, ahí se daban las épocas.

CARMEN: A él. Y ya no andes de gracioso. Además, yo siempre fui muy clara y muy perra con él.

(Volvemos a un relato. Ahora la actuación es más realista y seca).

CARMEN: *(Cortante)* Ya te dije que no me dejan salir. Tengo que cuidar a mi abuela, que anda mala.

RUBÉN: ¿De qué?

CARMEN: Le mocharon la pierna.

RUBÉN: Ándale, no te hagas del rogar. Dile a tu papá que quiero hablar con él.

CARMEN: ¿No eres de aquí, verdad?

RUBÉN: No, ¿por qué?

CARMEN: Mi papá está muerto.

RUBÉN: Ah... Bueno, dile a tu mamá, o a quien sea que se encargue de ti, que quiero hablar.

CARMEN: Yo no necesito que nadie se encargue de mí. Y si necesitas hablar con alguien, va a tener que ser conmigo. ¡Adela, vámonos!

RUBÉN: ¿Quién es Adela?

CARMEN: Mi hermana.

RUBÉN: Me quiero casar contigo, Carmen.

CARMEN: ¡Adela, devuélvete...! Mire, señor. A mí no me va a venir a querer reclamar como si fuera yo una vaca. Se me regresa por donde vino. Se va, se cambia de ropa y se pone unos zapatos limpios y se quita ese vestido chino que trae puesto. Y lo quiero aquí a las 6:30 y nos vamos a cenar, ¿está claro?

RUBÉN: Como el agua.

CARMEN: Y ni se le vaya a ocurrir comprarme flores, que todavía no me muero. Adiós ¡Adela, Vámonos!

RUBÉN: Adiós.

Y a las 6:30 estuvo ahí y cumplió todo lo que le pedí. Nos casamos tres meses después. Y ahí tienes las siguientes dos tragedias en mi vida. La primera fue mi matrimonio, porque nos llevábamos bien, juntos criamos ganado y Rubén empezó a ganar mucho dinero, pero era un hombre muy explosivo.

ECO: ¿Te golpeó?

CARMEN: ¡Y yo lo golpeé a él! Un día me dijo no sé qué de la comida, y le enterré un tenedor en el brazo. Nos la pasamos muy bien, pero sí fue muy cabroncito.

VIRGINIA: ¿Y por qué no lo dejaste?

CARMEN: Porque podía ser un agresor, así como yo también lo era; pero siempre estuvo ahí para apoyar y ayudar a mi familia.

VIRGINIA: ¿Entonces no terminaste con él porque “se llevaban bien”?

CARMEN: Se dice muy fácil.

VIRGINIA: Terminar un matrimonio no es nada fácil. Yo lo hice cinco veces y nunca se me hizo más fácil.

CARMEN: Hay cosas, dentro de una relación, que no entenderías hasta estar dentro. Y entre él y yo había acuerdos implícitos. Los dos estábamos, teníamos nuestros errores, pero siempre estábamos.

ECO: Y entonces si el matrimonio en sí es una tragedia, ¿cuál es la otra?

CARMEN: Mi primer hijo. Antes de mi primer hijo hubo otro primer hijo. Pedrito, se llamaba.

(Escuchamos la canción “Mas allá”, de Los tres Diamantes, de 1961).

Fue un embarazo que los dos deseamos mucho. Él estaba muy emocionado de que el primero fuera un hombrecito, y yo por primera vez me sentía completa. Sentía que por primera vez todo estaba bien. Y nació, lo pusieron en mis manos y me vio a los ojos. No sabemos por qué, pero nació con los ojos verdes, verdes como aceituna. Y, aunque sentía que me había pasado un caballo encima, yo vi que Pedrito me vio a los ojos y sonrió. Como diciendo “ya estoy aquí, mamá”.

Mas allá de la luna más bella y el temblar de una estrella, estás tú más allá, estás tú... amor, en mí estas más allá...

CARMEN: Hola...

De pronto vi cómo sus ojitos se llenaron de un humo oscuro. Como si una tela los cubriera... Miré a la enfermera y puso una cara de horror, cuando me arrebató a mi hijo de las manos.

CARMEN: ¿A dónde se lo llevan?

Vi cómo lo ponían en una mesa y empezaron a revisarlo, y a apretar su pecho como si quisieran revivirlo.

CARMEN: ¡Déjenlo, es mi hijo! ¡Lo están lastimando!

Todos corrían y en mi cabeza los vi moverse en una cámara rápida. Y fueron los momentos más angustiantes de mi vida. Y la vida se detuvo.

Una nunca se espera oír esas palabras. No cuando sientes que el mundo ya no podría estar mejor.

DOCTORA: Está muerto.

Lloré como si nunca hubiera llorado. Lloré con sorpresa y lloré con enojo. Los doctores después me dijeron algo sobre su corazoncito. Venía mal. Nació para morir, dijeron... Hasta en eso se parece a su mamá, pensé. Pero no, yo creo que usó toda su energía para nacer y poderme ver a los ojos. Para presumirme esas aceitunas que tenía pegadas a la cara. Ahí fue cuando verdaderamente me empecé a sentir vacía...

VIRGINIA: ¿Alguna vez lo hablaste con un especialista? Vivir un duelo de la magnitud de perder a un hijo, es algo que es difícil de aceptar... Tienes que aprender a vivir con ese dolor.

CARMEN: No. Nunca. Cuando pasó fue muy trágico para mí, y para Rubén. ¿Pero sabes qué? Yo creo que él nunca entendió mi dolor. Yo creo que para él la vida seguía, y era mejor concentrarnos en volver a intentarlo y tener otro hijo.

ECO: ¿Cuánto tiempo pasó?

CARMEN: Luego, luego. Yo todavía seguía soñando con los ojos de mi hijo, cuando ya tenía al otro en la panza. Y yo creo que la tragedia de Pedrito marcó la vida de mi primer hijo. Él

sacó lo peor de mi carácter y mis miedos, y sacó lo aferrado de su papá.

ECO: ¿Por qué la protección?, porque siempre viste más por él que por tus otras hijas.

CARMEN: No es cierto... Hasta ahorita, en mis últimos momentos me pregunto lo mismo.

VIRGINIA: A veces, la manera de superar un trauma como el de Pedrito es encontrando suplentes emocionales.

CARMEN: Yo creo que Pedrito era un ángel. Yo creo que venía a hacer cosas buenas. Y... Horacio... Desde que nació siempre se empeñó en ser diferente. En desafiar lo que cualquiera le decíamos.

VIRGINIA: ¿Desafiar? ¿Como tú?

CARMEN: No. Yo nunca desafié.

VIRGINIA: Por tu historia, yo creo que sí. También creo que eres una maestra engañándote a ti misma.

CARMEN: ¿Y sabes qué? A pesar de las cosas bárbaras que hace o la manera en la que se cierra y es violento, siempre tuve este instinto de protección. Sabía que de los tres era el que iba a necesitar más de mi ayuda.

VIRGINIA: ¿Violento? ¿Contigo?

CARMEN: Horacio es violento con todos ¿Por qué yo sería la excepción?

VIRGINIA: Bueno... Entonces es malo sin ser malo.

CARMEN: Es mi hijo ¿Qué es ser malo?... Una vez le escribimos un corrido, pero lo que había detrás del corrido fue una noche de la que pensé que no iba a sobrevivir.

ECO: ¿Qué pasó?

Horacio siempre fue una persona muy decidida. Muy hermética, pero con unos ojos de perro que no podía con ellos. Cuando tenía 18 y salió de la preparatoria, se tiró a la cama y no quería hacer nada. Estaba deprimido, pero no como cuando uno se deprime. Parecía una momia. No quería comer, no quería dormir. No quería hacer nada. Entonces Rubén se aferró y se lo llevó a trabajar al rancho.

RUBÉN: Tienes que ponerte a ordenar las pasturas, y las llevas para el corral.

HORACIO: ¿Por qué no le dices a Meño?

RUBÉN: Porque lo vas a hacer tú. En vez de estar de inútil en la casa, mejor te pones a hacer algo productivo... Cuando termines buscas a Meño, y le pides que te enseñe a ensillar a los caballos, y hasta que termines nos vamos a comer, ¿está bien?

HORACIO: Sí.

RUBÉN: Sabes que te quiero, ¿verdad cabrón?

HORACIO: Sí, papá.

Pasó toda la mañana y la mitad de la tarde, y no tenía noticias de Rubén. Entonces me fui con las niñas al rancho, a ver qué estaba pasando y a traerme a mi hijo.

CARMEN: ¿En dónde está Horacio?

RUBÉN: El maricón tiene toda la tarde encerrado en la bodega. Ya le dije a Don Meño que se trajera un mazo para romper la puerta.

CARMEN: ¡Horacio! ¡Ábreme, soy tu mamá!

(Se escucha un disparo. Escuchamos “el Chubasco”, de Carlos y José, de 1980).

Se dio un balazo.

Es increíble cómo se acomodan las cosas. Mi hijo, el primogénito después de Pedrito, se había dado un balazo con la pistola de mi papá, que

había sacado de mi clóset. La misma que me había dejado mi papá y que me hacía sentir segura, ahora me hacía sentir que se me salía otra vez la vida por la boca. Ese día, el aire se puso como loco. Yo creo que estaba siendo empático conmigo y con mi dolor. Hay tantas partes que no recuerdo, porque, en cuanto vi a mi hijo bañado en sangre, poco a poco me fui convirtiendo en ese ente sumido en la depresión que era Horacio antes... Quería formarle un chubasco y detenerlo en su navegación... No quería hacer nada más que estar con él en el hospital, viéndolo fijamente y asegurándome que no dejara de respirar. Mi hermano Lalo también corrió por todos lados y logró que cuatro personas de su trabajo en Municipio vinieran y le donaran sangre a mi hijo. Y Rubén... Rubén no podía con la culpa. Hoy te puedo decir que él no es el culpable de las acciones que tomó Horacio ese día, pero sentía que, gracias a él, a su presión y a las diferencias que tenía con su hijo, estábamos donde estábamos. Como estacas, clavados enseguida de la cama de mi hijo.

HORACIO: *(Acostado en la cama)* Fui muy cobarde, como para darme en la cabeza.

CARMEN: Y qué bueno. Fuiste muy pendejo también, hijo.

HORACIO: No me quería morir. Ni siquiera quería cerrar los ojos. Sólo quería sentirme vivo. Sentir que sangraba, igual que los demás.

RUBÉN: Querías llamar la atención.

CARMEN: Rubén, por favor...

RUBÉN: A tu edad, tu mamá y yo ya sabíamos qué hacer con nuestras vidas, ¿Y sabes cuál es el problema? Que todo te lo damos “pelado y en la boca”. Por eso no tienes ni idea de lo que quieres.

HORACIO: Sí sé lo que quiero.

RUBÉN: ¿Qué quieres?

HORACIO: Quiero ser soldado.

CARMEN: *(Sorprendida y asustada)* ¿Qué?

HORACIO: Me gusta el servicio militar. Y sé que hay escuelas militares en donde se puede también estudiar hasta para ser doctor.

CARMEN: Ahorita no puedes pensar en eso. Tienes que estar en la cama.

RUBÉN: Con quince días es suficiente.

CARMEN: Rubén, no digas pendejadas. Le quitaron 20 centímetros de intestino al muchacho. Si lo mandas así, lo van a matar.

RUBÉN: Ya tienes toda la información, ¿no?

HORACIO: Sí.

RUBÉN: Pues en cuanto te puedas levantar de la cama, te me vas a la escuela militar. Y a ver si dejas de ser el desmadre que eres.

(Volvemos a la habitación).

ECO: No sabía que Horacio era militar.

CARMEN: No fue. Mi hijo pasó por muchas cosas en esa escuela. Cosas que yo sentía como si fuera telepatía. Nunca me quiso decir con exactitud qué pasó, pero un día nomás llegó a la casa lleno de golpes y me confesó lo que había estado pasando con él... porque se sentía tan diferente que su papá.

ECO: ¿Y qué era?

CARMEN: Mira... Hay cosas que se tiene que quedar uno guardadas, porque el mundo es cabrón, y una como mamá tiene pánico de lo que vaya hacer la gente con ustedes.

ECO: Pero eso ya no te toca a ti... ¿Si sabes que lo que hace diferente a Horacio, también me hace diferente a mí?

CARMEN: Cállate.

ECO: ¿Por qué no me dejas decírtelo?

CARMEN: ¡No me importa! Eso no tiene que ver conmigo, y se acabó. Punto final.

VIRGINIA: Entiendo, pero esa también era parte de aceptar a tu hijo. Lo que es él y lo que tiene que ofrecerle al mundo.

CARMEN: Mira. Después de decirme, no tardó ni cinco meses en volver a ser el mismo hijo de la chingada de antes. Con el tiempo, me he dado cuenta y estoy tan decepcionada de Horacio...

VIRGINIA: Y de todas formas ahí estas. De todas formas, es al primero que procuras.

CARMEN: Ya te lo dije. Una como mamá sabe quién necesita un poco más de ayuda.

VIRGINIA: ¿Y tus hijas?

CARMEN: Tuve dos, después de Horacio.

VIRGINIA: Ya sé. Mireya fue la que me habló de ti.

CARMEN: Mireya es la menor. Y la de en medio, se llama Anabel.

VIRGINIA: ¿Y cómo te llevas con ellas?

CARMEN: Anabel tiene tanto de mí, que a veces tenemos que dar un paso para atrás, para decirnos que nos queremos. Desde que nació supe que ella era mi reflejo. Así que decidí amarla bien. Amarla con dureza, para prepararla para lo que le iba a traer el mundo. Cuando nació, vi que tenía los ojos de mi mamá. Ahí me di cuenta de que iba a ser fácil soltarla para que corriera, pero eso hizo que se pegara a su papá. Anabel fue el hijo que siempre soñó Rubén... O sea, no era machorra ni nada, eh.

VIRGINIA: (*Ríe*) Sí me queda claro ¿Y qué si lo hubiera sido?

CARMEN: No... Capaz de que ahí sí hubiera entendido Rubén todo lo que no quiso entender con Horacio... Y Mireyita nació con la cara y sombra de Rubén, idénticos, pero ella se pegó a mí. Quería seguirme a todos lados ¡hasta al baño se metía conmigo! Y cuando cumplió 15 años, ¿sabes que nos pidió?

VIRGINIA: ¿Qué?

CARMEN: ¡Maquillaje! ¡Hazme el favor! Quería pintarse la cara como la mamá (*ríe*). A mí me dio mucha risa y ternura, pero a Rubén... A Rubén no le hizo nada de gracia. Hizo que sacara todo mi maquillaje de la casa, para que no le diera ese ejemplo a la niña.

VIRGINIA: ¿Y lo hiciste?

CARMEN: ¡Qué chingados! Compré más. Compré pestañas postizas, y desde entonces no me las he quitado... Y luego, el pendejo me llenó el cajón de ratones.

VIRGINIA: ¿El del maquillaje?

CARMEN: ¡Sí! Pero qué caro le costó reponerme todo, al culero... ¿Ves...? Había una violencia recíproca y casi graciosa entre los dos.

ECO: Suenan como buenos momentos.

CARMEN: Eran...

VIRGINIA: ¿Qué?

CARMEN: Buenos momentos. Después de lo del balazo de Horacio, Rubén vendió la casa y compró otra en Lomas del Santuario. Dos veces más grande, chingona la casa. Anabel me ayudó a decorarla, y por primera vez viví en una casa de ensueño, pero por ahí del 83' todo se empezó a poner feo, otra vez.

VIRGINIA: ¿Por qué?

CARMEN: Porque mi mamá se empezó a poner mala.

Tenía diabetes, igual que yo. Nos persigue esa maldita enfermedad, como si nos bañáramos con miel. Mi mamá Lucita fue como yo, fuerte. Tuvo que hacerse fuerte después de todo lo que nos tocó vivir con mi papá. Y yo creo que todo lo que puso de más de sí... se lo cobra la edad. Se acabó de pronto. Tuvieron que cortarle una pierna, y eso hizo que se tirara al piso, pero no pasaron ni dos semanas y ahí andaba cocinando, montada en su silla.

(Carmen entra al cuarto de Doña Lucita, para despertarla)

CARMEN: Mamá... Levántese. Tenemos que hacerle la maleta, porque el sábado nos vamos a Acuña. Acuértese que tenemos que comprarle un vestido, porque me gustaría que nos diéramos la vuelta a Namiquipa.

LUCITA: ¿Quién es ella?

CARMEN: ¿Cómo que quién es ella? Namiquipa es un pueblo, no una mujer.

LUCITA: Cuidado con las hormigas, Carmelita. No te vayan a pisar.

CARMEN: *(Piensa, y la mira preocupada)* Oiga, mamá, estaba pensando que hiciéramos chile pasado, ya ve que a usted le sale mejor, debería darme bien la receta.

LUCITA: Sí, *mija*, está bien. Cómprame; chile... Cómprame chile, queso, sal... papas... agua... Ahí debo tener la receta en mi cuaderno, al rato la copias.

CARMEN: Ándele pues...

Y empecé a ver cómo la mente de mi mamá se empezó a llenar de espacios vacíos y nubes de lluvia, pero la cuidé, porque era mi responsabilidad; porque en sus ojos yo veía cómo perdía de a poco su fuerza, y se dejaba caer en sus años.

VIRGINIA: ¿Era tu responsabilidad o tú querías?

CARMEN: Yo quería. Tenía que estar ahí. Se lo debía. ¿Tú cómo te llevas con tu mamá?

VIRGINIA: Bien.

CARMEN: ¿Bien?

VIRGINIA: Bien... Mi mamá es muy especial. Tiene rentado un departamento de un cuarto... En mi cabeza... (*ríe*) es muy aprensiva, pero no me malentiendas, yo sé que todo lo dice porque me quiere, porque se preocupa por mí.

CARMEN: Sí... hasta que seas mamá lo vas a entender.

VIRGINIA: Ella ha sangrado tanto por mí. De tantas maneras.

CARMEN: Todas sangramos. Tanto, tanto. Desde que somos niñas, hasta que se nos anuncia que nos vamos. Por eso somos sagradas, nosotras. Por eso la virgen es la virgen y por eso la tierra es madre también. Y por eso yo cuidé a mi mamá, como si fuera un reloj de arena volteado al revés, que poco a poco se volvía un bebé otra vez... De vez en cuando tenía que irme, y se quedaba con Anabel o con Mireyita. Horacio no. Él no la cuidaba, porque le daban asco muchas de las cosas que hacía; y una como es mamá, le va perdiendo el asco a todo eso.

VIRGINIA: Es natural. Desde la popó, hasta la muerte.

CARMEN: Pues sí... Y entonces se quedaban con ella y yo me iba al Paso, porque allá estaban los bancos... *Wells Fargo y Bank of American.*

ECO: ¿Eso qué tiene que ver?

CARMEN: Pues que me fui con Lalo. Y lo volvimos a ver.

(*Lalo afuera del banco, fuma impaciente. Carmen sale con un sobre y leyendo unos papeles. 1983*).

LALO: Carmen, ven... ¿No quieres que saquemos dólares, para pagarle una casa a mi mamá?

CARMEN: ¿Cómo que una casa?

LALO: Sí, hombre... Te estás acabando ahí con ella en la casa, Carmen.

CARMEN: A ver, Lalo... Es mi mamá. Y es mi dinero. Yo sabré qué hacer con él.

LALO: Sí se ha visto.

CARMEN: A ver, espérate ¿Qué quieres decir?

LALO: Ay, Carmen. Mira, somos hermanos y sabemos perfectamente lo que somos y de dónde venimos. Todo esto... las joyas, los relojes y los carros... Eso no eres tú.

CARMEN: Ah, ¿no?, ¿y quién es?

LALO: Olvídalo...

CARMEN: No, no, dime...

LALO: *(Lalo mira a alguien, y un impulso lo lleva a esconderse en la esquina del edificio. Con su mano calla a Carmen)* Shh...

CARMEN: *(Quitándose)* No me calles.

LALO: Cállate.

CARMEN: ¿De quién te escondes? ¿Qué hiciste, cabrón?... Lalo... ¡Lalo!

LALO: ¡Que te calles...! *(Se asoma)* Ya se fue.

CARMEN: ¿Quién era?

LALO: Era don Arturo, un amigo de mi papá... el cimarrón, el güero...

El nombre me heló la sangre. Estaba segura de que nunca lo iba a volver a ver, y ahí estaba en una pick up, alejándose lentamente. Mientras más lo pensaba, más quería verlo de frente y que mis gritos le llegaran como balas. Él mató a mi papá. Tenía que devolverle el favor.

(Carmen le arrebató las llaves de la camioneta a Lalo, y se sube apresurada).

LALO: ¿A dónde vas? ¡Espérate...! No sabes lo que estás haciendo. No seas pendeja, Carmen.

CARMEN: Si te quieres subir, adelante, pero nada de lo que hagas me va a detener.

(Lalo piensa, golpea la carrocería, y corre a subirse en el lado del copiloto).

Lo seguí de lejos. No pasaron ni 15 minutos y llegamos a su casa. Era una pocilga. Y no porque él fuera pobre o yo clasista. Era un muladar que reflejaba lo que él era por dentro. Lo que nos había hecho a nosotros. Lalo tenía miedo, pero yo... yo tenía sed.

LALO: ¿Qué haces?

CARMEN: Agáchate, Lalo.

Y de mi bolsa saqué la pistola que me había comprado Rubén. Ésta era la mía. Ya no era la de mi papá, y ya no era por la espalda. Entonces de la camioneta se bajó... un anciano. Caminaba con un bastón y arrastraba los pies. Su cara se había caído y su ropa estaba envuelta en su cuerpo con un cintó, como un espantapájaros; y sus pies, casi retorcidos, apenas podían con su carga amarga. La vida se anunciaba y me relataba con su imagen lo mal que lo había tratado. Mientras más lo veía, más se me secaba la boca. Estaba enfrente del hombre que había matado por la espalda a mi papá, y yo... quería que se arrastrara.

(Carmen dispara cuatro veces el arma y escuchamos vidrios romperse y caer al piso. Acto seguido arranca)

ECO: ¿Lo mataste?

CARMEN: Le rompí los vidrios de su troquita, y una ventana de su casa.

ECO: ¿No le diste?

CARMEN: Le di donde le tenía que dar... matarlo hubiera sido muy clemente de mi parte. La vida ya se las había cobrado todas.

ECO: ¿Y se dio cuenta que fuiste tú?

CARMEN: ¡Claro! Como tres meses después fuimos a Nami-quipa y me balearon la camioneta, pero me la pela...

(1983. Carmen y Lalo aún en la camioneta. Ambos voltean al frente con un semblante neutro y contemplativo).

LALO: Yo también hubiera querido verlo muerto, pero ya no... Hay que perdonar, Carmen.

CARMEN: Yo no puedo perdonar, Lalo... Yo no voy a perdonar que me quitaran a mi papá ¡Acuérdate! Acuérdate cómo tuvieron que ir Héctor y tú, ¡y cargaste el cuerpo, Lalo!

LALO: ¿Y tú crees que no me acuerdo?... Esas cosas no se olvidan, Carmen. Pero él ya no es el asesino de nuestro papá. Ya pasó el tiempo, y sólo él y el cielo saben por qué hizo las cosas y cómo se lo van a cobrar, pero eso ya no nos toca a nosotros.

CARMEN: *(Llora con ira)* ¡Quería matarlo, Lalo, y no pude!

LALO: *(La abraza)* Ya sé.

CARMEN: Pero era un viejo... Era un viejo y nomás podía pensar que a lo mejor así estaría mi papá, si estuviera vivo. Así de viejo.

LALO: No. Mi papá era un toro, Carmen... Tú lo viste al güero así de viejo, ¿no?

CARMEN: Sí.

LALO: *(Baja el espejo del piloto).* Hay que vernos nosotros también, hermana. Tenemos cada vez más años... Todos vamos a terminar ahí.

(Volvemos al cuarto con la frase).

CARMEN: Y tenía razón. Todos terminamos recorriendo el mismo camino, todos terminamos en la misma estación al final. Ahí fue que me di cuenta que cada vez estaba más grande, y el

tiempo cayó sobre mis hombros.

ECO: Pues por lo menos te llevaste la satisfacción de volverlo a ver.

CARMEN: ¡Me llevé la satisfacción de sacarle un pedo! (*Ambos ríen*)

ECO: ¿Y sabes qué? No sé cuántos años tendría él, pero tú, con tus años, estás muy bien.

CARMEN: Gracias, hijo. Es por mi mamá... “Zatura” se llama la crema. Te diría que te pusieras, pero ya está difícil de conseguir... Oye, dime una cosa... ¿Te convencí de que no te vayas?

ECO: Tal vez... O tal vez nunca me quise ir... Quería sentirme vivo, como Horacio.

CARMEN: No, pues para sentirte vivo, mejor vete al casino o algo... No quieras seguir el ejemplo de mi hijo.

ECO: A lo mejor no me quiero ir, porque quiero quedarme para convencerte a ti.

CARMEN: No, yo ya estoy muy cansada. ¿Sabes que me cortaron tres dedos del pie?

ECO: Sí. Aunque lo supe muy tarde.

CARMEN: De alguna manera sí somos un eco. Mi abuela, mi mamá y yo seguimos el mismo caminito para morirnos.

ECO: Por eso. Mira lo que pasó con tu mamá y no sigas ese camino. Tú eres Carmen, no Luz.

CARMEN: Mi abuela también se llamaba Carmen.

ECO: ¿A ella qué le paso?

CARMEN: Lo mismo: diabetes; le mocharon la pierna, mi mamá se la llevó a vivir a mi casa y ahí se murió.

ECO: ¿Con tus hijos?

CARMEN: Sí. No sé qué tan bien se llevaban con su abuela,

pero ella los quería mucho. Era muy dura mi abuela Carmen, pero Lucita... bueno, no había un mejor nombre para mi mamá. Con todo y su carácter.

ECO: ¿Y tu mamá? ¿Qué pasó con ella?

CARMEN: Una tragedia.

ECO: ¿Tu mamá?

CARMEN: Mi abuela se murió el 17 de febrero de 1973, y mi mamá Lucita el 6 de enero del 85'. Entonces, como yo nací en enero, pues a mí me toca febrero.

ECO: ¿Y cómo se fue tu mamá?

Yo la cuidé a ella como se merecía. Cuando yo era niña, ella se levantaba y cantaba por los pasillos para despertarnos. Lavaba los platos y recitaba poesía. Era artista, mi mamá. Y cuando se enfermó, yo misma le leía. No me separaba de ella y lémos juntas uno tras otro libros de Pita amor y de Rosario Castellanos. Estuve un mes durmiendo en su cuarto la mitad de todas esas noches. Y luego, a finales de diciembre se puso mala de la tos. Diciembre es un mes maldito. Está disfrazado de luces y regalos, pero ese mes se ensañó conmigo y con mi familia.

(Carmen dobla la ropa de su mamá, mientras lee de pie. Rubén entra a la cuarto y mira a Carmen, impaciente. 1985).

RUBÉN: ¿Ya estás lista?

CARMEN: ¿Para qué?

RUBÉN: ¡Carmen, ni siquiera hiciste la maleta!

CARMEN: ¡Ya te dije que no me voy a ir! Mi mamá está mala, Rubén, entiende por favor.

RUBÉN: Ya te dijeron que no es nada grave. Tiene neumonía y va a estar bien. Quedamos en pasar reyes en Acuña; además, Eva y Adela se pueden quedar con ella, ¿qué no?

CARMEN: No, Rubén. No seas ridículo. Los niños ya están

muy grandecitos, para que los llevemos a celebrar reyes ¿No te puedes esperar?

RUBÉN: Las niñas no van, y Horacio está en la escuela. Ven y te despabilas un rato. Tu mamá va a estar bien...

Mi mamá fue muy fuerte. Todo lo fuerte que una mujer del norte de sus años tuvo que ser. Pasó por todo lo que tuvo que haber pasado, siendo hija de la revolución, y vivió. Pasó por todo lo que tenía que pasar una madre soltera en los 50's y vivió. Pasó todas esas enfermedades que nos alcanzan cuando nos hacemos viejas... y vivió; pero sólo se necesitó una negligencia disfrazada de una pastilla mal administrada, una bala perdida vestida de blanco, que logró por fin tirar a mi mamá.

(Suena un teléfono. Carmen contesta. 6 de enero, 1985).

CARMEN: ¿Bueno?... Quiúbole ¿Qué hay de nuevo?... ¿Qué pasó?... Sí, dime, sí, ¿qué pasó, Adela...? ¿Qué pasó?... ¡¿Qué pasó?!

RUBÉN: ¿Qué pasó?

(Escuchamos la canción "Ojos negros", de Fernando Fernández).

CARMEN: *(Lo golpea con el teléfono)* ¡Hijo de la chingada!

RUBÉN: ¿Qué?

CARMEN: ¡Te dije! Te dije que no tenías que traerme ¡Y te ahuevaste!

RUBÉN: ¿Qué pasó, Carmen?

CARMEN: Mi mamá se quedó sola. Y me la mataron ¡Yo me quedé sola por tu culpa! *(Llora)* Por tu culpa, Rubén. Yo no quería venir... Yo no quería venir, ¡Mamá!

Ando en busca de unos ojos negros, negros, que se fueron sin que yo me diera cuenta...

La enterramos el Siete de enero en la tarde. Cuando llegué y la vi... ya tenía los ojos cerrados. Yo sabía que el momento en el que mi mamá se

fuera, se acercaba. Yo sabía, porque era enero, y pensé que se iba ir en febrero como su mamá, pero quería estar ahí. Quería estar ahí y agarrarle su manita, para decirle que todo iba a estar bien. Quería verle sus ojitos, y que ella viera los míos y supiera que había hecho lo mejor que ella pudo. Y que fue suficiente. Que fue toda la madre que yo siempre necesité. A lo mejor después de ver cómo el alma de mi hijo Pedrito se salía de sus ojos, quería estar en ese momento con mi mamá también, para poder atraparla y no dejarla ir, pero así fueron las cosas. A mis hijos les prohibí que prendieran la tele. No quería escuchar ni un ruido en la casa, porque quería que las paredes se sintieran como se sentía mi pecho; porque se fue mi mamá y descubrí lo que era quedarse sola. Uno no lo entiende hasta que tus dos papás se van. Entonces sí te vuelves un olvidado, como el Jaibo. Como una huérfana salida de una película de Buñuel.

ECO: Me hubiera gustado conocerla. A tu mamá... ¿Y entonces me entiendes por qué estoy aquí?, por qué no quiero que te subas al camión.

CARMEN: No es lo mismo. Tú no eres mi hijo. Tú eres un Eco ¿Y sabes qué les pasa a los ecos? Se los lleva el aire, y se los lleva el tiempo si no se estampan contra el papel.

ECO: Yo soy un eco, de la misma manera que tú lo eres. Todos somos un reflejo de algo, pero no todos nos damos cuenta a tiempo. No todos nos damos cuenta de que tenemos que honrar a nuestro linaje y hacer un voto de fe, para que nuestras vidas valgan de algo (*la mira*). Yo no conocí a tu abuela.

CARMEN: (*Lo evita*) ¿Por qué no llega Virginia?

ECO: Yo no conocí a tu abuela, ¿y sabes qué? Cuando tus hijos ya no estén, ¿quién va a platicar sobre ella? ¿Quién se va a acordar de su cara y de sus manos? ¿Quién va a hacer que la gente la recuerde?

CARMEN: ¡Ya, niño!

ECO: Vivimos en un duelo constante, tú y yo, Carmen, por lo que aún no pasa, o por lo que pasó y nos dejó cicatrices.

CARMEN: No.

ECO: Y a veces todos necesitamos un eco.

CARMEN: ¡Ya!

ECO: ¡Aunque sea para que nuestra familia lo escuche!

CARMEN: (*Carmen abofetea al eco*) Eres un pelado... Virginia no grita. Por eso a ella la espero... porque ella hubiera llegado, hubiera servido un café o un té, y hubiera dicho “¿Como te has sentido?”, o una mamada así.

(*Entra una Virginia más madura. Sirve café o té, y se sienta*).

VIRGINIA: ¿Cómo te has sentido?

CARMEN: Bien.

VIRGINIA: Bien es una ambigüedad.

CARMEN: No mames. Bien, ¿qué quieres que te diga?

VIRGINIA: No me habías aceptado la salida, desde que fuimos al parque.

CARMEN: Estaba ocupada.

VIRGINIA: ¿Sí?... Chato estuvo preguntando por ti.

CARMEN: No me digas; pues devuélvele el saludo.

VIRGINIA: Le dije “Voy a convencerla de venir el próximo domingo” (*Silencio*). Bueno, a ver; hablamos de tu papá, de tu matrimonio, de Pedrito, el intento de suicidio de Horacio, y de la muerte de tu mamá... ¿Qué pasó después? ¿Sigue otra cosa trágica, o ahora podemos hablar de las cosas buenas?

CARMEN: Las cosas buenas se cuentan y se acaban. Las cosas buenas me las guardo, para que se sienten enseguida del dolor.

VIRGINIA: Bueno, entonces, ¿qué es eso que no te permite

seguir? ¿Qué es eso que te hace seguir viendo todo como si fuera una tragedia?

CARMEN: Mi casa... Mi casa pasó de ser el lugar de mis sueños a una jaula con paredes que se cerraban cada vez que alguien se moría. Es curioso, porque me hace sentir plena mi casa, pero al mismo tiempo me hace sentir que se me cae encima.

VIRGINIA: Carmen... Mira, a veces hay espacios en donde queremos encajar y tratamos de hacerlo con todas nuestras fuerzas, y a pesar de nuestro dolor, pero, ¿sabes qué? Hay lugares en donde encajamos sin la necesidad de que nos duela.

CARMEN: *(Al eco)* ¿Oíste?

ECO: *(Se voltea)* Yo no estoy ahí.

CARMEN: *(A Virginia)* Yo sentí cómo cayó sobre mí la condena del matrimonio. Yo sentí cómo me chupó la vida, pero sabía que era algo que tenía que pasar para armar una familia.

VIRGINIA: Bueno, sí, eso te enseñaron.

CARMEN: Pero, ¿sabes cuándo le empecé a tener miedo al matrimonio?, pero miedo de verdad.

VIRGINIA: ¿Cuándo?

CARMEN: Cuando mis hijas se empezaron a casar. Ahí empecé a sentir lo que era el miedo.

(1987. Anabel, Rubén y Carmen, sentados en el comedor. En la radio escuchamos la canción "Maldita miseria", de Mercedes Castro).

RUBEN: Ya dinos, Anabel ¿Qué pasó?

ANABEL: ¡Me voy a casar!

CARMEN: ¿Con quién?

ANABEL: Mamá ¿Cómo que con quién? Con mi novio.

CARMEN: Rubén, apaga eso *(Rubén se levanta y apaga la radio)*.

ANABEL: Me dio anillo de promesa. Estábamos ahí sentados y volteé, y en el rosal de la barda estaba el anillo. Ahí, como si fuera un botón.

CARMEN: *(Irónica)* No, pues qué espléndido.

ANABEL: Mamá, estuvo muy romántico.

RUBÉN: Hija, ¿estás segura?

ANABEL: *(Luego de un silencio)* Sí, papá, sí estoy segura.

RUBÉN: Pero tienes que estar muy segura, eh. No pasa nada si te hechas para atrás.

ANABEL: Estoy feliz, papá.

CARMEN: Felicidades, hija *(la abraza rápidamente)* ¿Cuándo viene a pedir tu mano?

ANABEL: Pues ustedes díganme. Van a venir él y sus papás. Pensé que podíamos hacer una cena o algo.

CARMEN: Me dices, para ir a comprar las cosas.

(Carmen se va, pero las palabras y su curiosidad hacen que se quede detrás de la puerta, para escuchar. Anabel llora un llanto seco.)

RUBÉN: ¿Qué pasó? No te quieres casar, ¿verdad?

ANABEL: No, no es eso.

RUBÉN: ¿Entonces?

ANABEL: Pues mi mamá... Pensé que le iba a dar gusto, pero mira cómo se puso; pero si fuera Mireya, estaría saltando de gusto... Es que no me quiere. Nunca me ha querido.

RUBÉN: Anabel, no es eso. Tu mamá te quiere, pero no sabe cómo demostrarlo.

ANABEL: ... Tú tampoco saltaste de gusto cuando te enteraste.

RUBÉN: Eres mi niña, ¿sabes lo que se siente que te cases? Como si te fueran a llevar. Por eso quiero que estés cien por ciento segura antes de tomar cualquier decisión, porque te amo, mi pantera rosa.

Me partió el corazón. Yo amaba a mi hija. La amaba como amábamos todas las mamás de mi casa. Además, tenía que salir de ahí, porque sabía que si no, me iba a poner a llorar de miedo. No quería que mi hija se enfrentara al matrimonio todavía... Vinieron a pedir su mano y yo hice una cena espectacular. Y Beto le trajo un anillo bonito. Pasó un año y se casaron en enero, el 16, en el campestre. Rubén estaba destrozado cuando llegamos a la iglesia. Y yo... yo tenía que estar segura.

(1988. Afuera de una iglesia. Anabel lleva un vestido de novia y se arregla el pelo con un poco de inseguridad. Carmen sale de la iglesia, toma a Anabel del brazo y la aleja un poco).

CARMEN: Ana.

ANABEL: ¿Qué haces aquí, mamá? Ya vamos a empezar ¿No?

CARMEN: No te cases.

ANABEL: ¿Qué?

CARMEN: No te cases. Si no te quieres casar, no te cases.

ANABEL: Mamá, claro que me quiero casar.

CARMEN: El matrimonio se puede volver un veneno. Es bonito, pero cuando no tienes seguridad le puedes errar y terminas encerrada en una casa, como yo.

ANABEL: Mamá, no tiene caso que me digas todo esto. Ya lo conoces. Es un buen hombre y lo amo.

CARMEN: Nunca dije que no fuera un buen hombre. Me cae bien, pero... sólo quiero que te veas en este espejo... Hija... *(se arrepiente de lo que va a decir)*, tú sabes lo que haces.

Quería decirte que la quería, pero tenía en mi boca un nudo vaquero. Se casaron y en menos de una semana, Anabel ya no estaba en la casa. El día que se mudó, se me cayó un estante que tenía en mi cuarto, y se me quebró un san Judas Tadeo que tenía. Al año me habló en mi cumpleaños.

ANABEL: ¡Feliz cumpleaños, mamá!

CARMEN: Gracias, hija.

ANABEL: ¿Qué vas a hacer?

CARMEN: Voy a ir con Milly, al rosario.

ANABEL: Pues felicidades.

CARMEN: Gracias, ya te dije que gracias, hija.

ANABEL: Felicidades, porque ¡vas a ser abuela!

N'ombre, se me puso la piel como cuero de cocodrilo. Estaba feliz, porque se me había ido una niña, pero llegaba otra. Rubén se puso como loco cuando nació. Era una niña hermosa, con unos ojotes y cara de luna. Pelona, pelona, nació. Y se convirtió en la reina mía y de Rubén. Todo para ella, pero entonces Anabel le hizo caso a Beto, y pues se querían ir.

CARMEN: ¿A dónde?

ANABEL: A Los Mochis.

CARMEN: ¡Ay Anabel!

ANABEL: Es que el papá de Beto va a abrir una oficina allá, y pues al parecer va a haber más dinero. Es cosa de uno o dos años, y a lo mejor nos devolvemos.

CARMEN: ¿A lo mejor?

ANABEL: A lo mejor.

CARMEN: Sí sabes que allá vas a estar sola, ¿verdad?

ANABEL: Ay, mamá, pero podemos hablar. Es más, hasta podemos visitarnos.

CARMEN: No chingues, Anabel... No... No te vas.

ANABEL: Ya está tomada la decisión. Nos vamos a ir... Voy a hablar con mi papá (*empieza a salir*).

CARMEN: ¡Si te vas, olvídate de las joyas!

ANABEL: (*Regresa*) ¿Qué?

CARMEN: Sí, sí. Todo lo que te he dado: los aretes, las gargantillas, los anillos, ¡todo!... ¿Te quieres ir?, pues te vas y eso se queda aquí.

(Anabel se quita un collar de oro y se lo entrega a su mamá. Después le da un beso en el cachete y se va).

Eso me dolió. Era algo material, pero fue lo único que se me ocurrió. Fue la única manera de gritarle que no se fuera. Una madre tiene un sexto sentido, y yo sabía que ese viaje no le iba a traer nada bueno. Además, se iban a llevar a Anabelita, y tanto Rubén como yo, nos quedamos sin la niña cuando más volados estábamos. Y luego fue Mireyita. ¡N'ombre! Rubén se puso bien pedo en la boda, y yo estaba vuelta un mar de lágrimas. Era la niña más chiquita de la casa, y ver cómo caminaba por el altar era como ver que la casa se iba quedando vacía.

ECO: ¿Y Horacio?

CARMEN: ¿Sabes que él todavía vive en mi casa? Y sí, se juntó, pero pues de eso no se habla mucho, a los dos años se regresó a la casa. Además, su presencia es lo único que me recuerda que, a pesar de sus edades, sigo siendo su mamá. *(A Virginia)* Es que ya fue muy tarde para mí, para desaprender.

VIRGINIA: Y a lo mejor para ti fue mejor que Horacio no se fuera, porque así no sentías que tu casa se quedaba vacía.

CARMEN: Pues puede ser, porque mientras más vacía se quedaba la casa, más terrorífica se ponía. Tronaba el techo y temblaban las ventanas cuando llovía. Me daba miedo cuando me quedaba sola, pero yo era como una perra cuidando su casa. Hasta que ya de plano no se pudo.

VIRGINIA: Bueno, y volviendo a Mireya.

CARMEN: *N'ombre*, es que Mireyita siempre fue muy noviera. Si hasta me sorprendió que ella no saliera primero que Anabel. *(1993. Mireya llega tarde y Carmen la recibe justo detrás de la puerta).*

CARMEN: ¿De dónde vienes, canija?

MIREYA: De con David.

CARMEN: No puedes llegar tan tarde, Mireya.

MIREYA: Ay mamá, no estábamos haciendo nada malo.

CARMEN: (*La mira*) Nada más no le vayas a decir a tu papá.

MIREYA: Oye mamá... ven... ¿te digo algo?... Me quiero casar.

CARMEN: ¿Qué?

MIREYA: *Shh...* Sí. No le vayas a decir a mi papá, todavía.

CARMEN: Pero, ¿te pidió matrimonio?

MIREYA: No, todavía no, pero has de cuenta que estábamos y me dice *-Me gustas mucho, Mireya-*, y le digo *-Ay, tú también a mí-*; Y entonces ya, pues me dice *-Es que quiero formalizar la relación-*, y yo así de *-Pues si quieres me puedes pedir matrimonio. Yo ya estoy lista-*.

CARMEN: ¡Mireya! (*Se ríe*).

MIREYA: Ay, ¡qué tiene! Hay que ser más modernas, mamá. Además no le pedí matrimonio, yo... sólo le sugerí (*se ríe*).

CARMEN: Bueno... es un buen hombre.

MIREYA: ¡Sí! Además, ¿quién sabe? No creo que sea pronto. Igual nos esperamos un rato.

En menos de un año ya estaba casada. Y fue la misma historia. Llanto, miedo, pero en el fondo me sentía feliz. Estaba feliz de que mis dos hijas se casaran con hombres buenos. Además, no se volvieron extraños. Anabel se regresó al año de los Mochis, y las dos venían y se pasaban la mañana acá en la casa. Y a veces en la tarde también se daban la vuelta. Y entonces, en los noventas la casa se llenó de niños. Anabel tuvo tres y Mireyita dos. Uno tras otro. Y yo pasé de todo; fui niñera, fui maestra, fui diablo cuando me tocaba regañarlos. Y al principio me tenían miedo, los canijos, pero fue una época feliz. Estábamos muy felices. La casa se sentía ligera. Se sentía como una jaula de pericos, pero ligera.

ECO: Fue una época linda, ¿no?

CARMEN: Sí, muy linda. La verdad, los 90's fue una época que para mí se pasó volando. A pesar del miedo que le tuve el matrimonio de mis hijas, me trajo cosas muy buenas, la verdad. Pero luego vino el cambio de siglo.

ECO: ¿El Y2k?

CARMEN: ¿Qué es eso?

ECO: Ah, pues decían que algo les iba a pasar a las computadoras y que se iba a acabar el mundo.

CARMEN: Puras mamadas, nosotros ni computadora teníamos, aparte; pero precisamente lo que pasó fue que se empezó a acabar el mundo, poco a poco.

ECO: ¿Te enfermaste tú?

CARMEN: Sí, me enfermé. Tuve cáncer.

ECO: ¿Cáncer?

CARMEN: De colon; pero ni así se me quitó la rachita de felicidad que traía, fíjate.

ECO: ¿Entonces qué pasó?

CARMEN: Pues empezaron las muertes. Primero Rubén. Había tenido problemas en el corazón y le tuvieron que poner un marcapasos. 10 años antes empezamos a dormir en cuartos separados, pero cuando se puso malo, yo me pasaba a su cuarto a apagarle la tele, cuando se quedaba dormido. Y con mis dedos revisaba que siguiera respirando, como cuando mi papá estaba tendido en la cama.

(2001. Carmen entra al cuarto de Rubén).

CARMEN: ¿Todavía no te duermes?

RUBÉN: Se acaba de terminar el box.

CARMEN: ¿Te apago la tele?

RUBÉN: No. Puse *Los tres García*.

CARMEN: ¿Y la vas a ver completa?

RUBÉN: No sé.

CARMEN: Bueno... ¿No quieres que te pase unos calcetines?
Te va dar frío.

RUBÉN: No, así está bien.

CARMEN: Bueno. Hasta mañana.

RUBÉN: Hasta mañana, Carmelita.

Y en la noche decidí no levantarme a revisar. Que terminara de ver la película y se quedara a gusto.

RUBÉN: ¡Carmen!

Corrí como loca. Rubén se retorció y se agarraba el pecho. Otra vez era un infarto, así que le hablé a una ambulancia y corrí a ponerme un pantalón, y le hablé a las muchachas... Apenas llegó al hospital. Cuando se murió mi marido, me sentí culpable, porque no me sentía como con todas las otras muertes en mi casa, me sentía en pausa. Claro que había tristeza dentro de mí, pero era una tristeza distinta. Una tristeza que ya se esperaba. Después del funeral y el entierro, cerré la puerta de su cuarto y no la abrí en dos semanas. No me gustaba pasar y ver la cama vacía, pero pensé que era lo suficientemente fuerte como para abrirla y limpiar. El cuarto estaba intacto. Las cobijas tiradas en el piso y las pantuflas de Rubén disparadas contra la pared. Había una nube de polvo, como si en ese cuarto hubieran pasado ya años desde que se fue; pero había algo distinto... el cajón de los calcetines estaba abierto... Y ninguno de nosotros lo había hecho. Yo misma cerré ese cajón, después de buscar su ropa. Estaba muy segura; pero delante de mí había una muestra de cómo Rubén había vuelto para ponerse sus calcetines y no tener frío en los pies. Ahí fue cuando me golpeó realmente la tristeza. Ahí fue cuando me golpeó realmente el miedo ¿Qué iba a hacer sin el apoyo de Rubén? ¿Qué iba a pasar con los ranchos y con el dinero? Había tristeza y lágrimas, pero había más razones por las cuales estar preocupada.

(Carmen y sus hijos discuten sentados en la cama, 2001).

CARMEN: Todo se vende. Todo.

ANABEL: No es justo. Yo quiero la medalla de San Judas de mi papá.

MIREYA: Yo también.

HORACIO: Esa me la dejó a mí (*las dos hermanas lo miran*).

ANABEL: Bueno, aunque sea quiero una pluma de las de mi papá.

CARMEN: Le corresponden a Horacio, porque es el hombre.

MIREYA: ¿Eso qué tiene que ver?

CARMEN: Es así y punto. Se va a vender todo, y eso lo voy a administrar yo.

HORACIO: Mamá...

CARMEN: Cállate... Su papá le dejó 400,000 dólares a Horacio.

MIREYA: ¿Qué?

ANABEL: ¡No!

CARMEN: Eso se lo dejó en vida.

ECO: ¿Por qué?

CARMEN: Yo hablé con Rubén. Tenía que asegurarme de que el niño viviera de algo. Yo sabía que las niñas no iban a tener problemas; en cambio Horacio... Horacio necesitaba toda la ayuda que pudiera.

ECO: ¿Y acepto así porque sí?

CARMEN: ¡*N'ombre!* Fue una pelea fuertísima que tuvimos él y yo. Discutimos mucho, y al final sólo me dijo -*Cría cuervos y te sacaran los ojos*-.

ECO: ¿Y?

CARMEN: Y me quedé ciega, ¿no ves?

Mi prieto del alma, te fuiste pa'l norte, dejaste la siembra por una

ilusión, vendiste los güeyes para el pasaporte. Maldita miseria la de esta región...

(Vemos a Carmen vistiéndose de luto. Se maquilla, conteniendo el llanto y endureciendo su coraza. Anabel y Mireya se sientan a su lado).

Y 15 años vivimos de lo que dejó Rubén. Fue como si supiera lo que venía, porque un mes antes de morirse vendió los ranchos y el ganado. Nos dejó asegurado el “futuro”, pero siempre hemos sido una familia de muy buen diente y muy gastadora. Entonces todo se fue acabando.

VIRGINIA: Perder a la pareja es un duelo en varios niveles, porque no sólo pierdes a tu marido; pierdes también a tu compañero, al padre de tus hijos, tu proyecto de vida... tu compañero sexual.

CARMEN: *(Ríe)* Sí, pero me dolió más ver que mis hijos perdieran a su papá, porque sabía lo que estaban sintiendo. Anabel se puso como loca, a ella le afectó mucho la muerte de su papá. Bueno, a los tres, verdad, pero ella sí se quedó muy afectada más tiempo. Todavía es hora de que hablamos de él y termina llorando.

VIRGINIA: ¿Y quién le siguió?

CARMEN: Mi hermano Héctor. Héctor se murió... en el 2003.

VIRGINIA: ¿Y cómo estuvo?

CARMEN: Gacho, mano... Le dio cirrosis, y ahí estuve yo cuidándolo 15 días en el hospital. Tenía la pierna así, mira *(le muestra con sus manos)* como globo. Parecía que le fuera a explotar. Y cuando lo enterramos, me daba cosa dejar la tumba sola. Aunque sabía que se iba a quedar ahí para siempre, me daba no sé qué dejarlo solo; pero estaba con mi mamá.

VIRGINIA: Claro. Seguro ella lo recibió.

CARMEN: Pues tuvo qué. Lo enterramos en el mismo hoyo...

Luego fue mi hermanito Lalo, en el 2006. *Nombre*, ese también me impactó mucho, mucho me impactó, porque era muy cercano a mí. Que se te empiecen a morir los hermanos, pues se siente como que te van arrancando pedacitos. Y sigues viviendo, pero con hoyos en el pecho. Como mi papá.

VIRGINIA: Ya son las Siete. Me tengo que ir. Carmen, a ver si nos vemos el domingo con Chato.

CARMEN: No. Ya no voy.

VIRGINIA: Entiendo. Pues nos vemos entonces (*se despiden*). Oye... mira, estoy haciendo un experimento... un proyecto conductista, digamos... creo que le vendría bien a Horacio.

CARMEN: A ese no lo vas a hacer cambiar, ni con todos los proyectos del mundo.

VIRGINIA: Tú mándamelo, verás que algo podemos hacer.

CARMEN: Pues a ver si quiere.

VIRGINIA: Nada más no le digas. Sólo encárgate de que llegue (*le entrega un papel*) a esta dirección, ¿Okay?

CARMEN: Ándale, pues.

VIRGINIA: Nos estamos viendo, Carmen (*Virginia se va*).

CARMEN: Y ya nunca la volví a ver, pero me manda mensajes con Horacio... Me dijo que me iba a mandar unas vitaminas y luego que iba a venir, y mira... nada más no llegó.

ECO: Carmen... ¿De verdad ves la vida así?

CARMEN: ¿Así cómo?

ECO: Como una tragedia.

CARMEN: Sí. Es un circo, la vida.

ECO: Y entonces, ¿qué nos espera a los demás?

CARMEN: Tú no tienes que seguir mi ejemplo. Yo viví mi

vida, nada más, nunca viví la vida de otros. Y por eso me toca. Por eso me tengo que subir al camión, porque ya lo viví todo... Te conté mis tragedias, porque eso es de lo que nos acordamos cuando estamos rodeados de tristeza, porque tú quieres escuchar ese eco. Pero si lo que te conté son tragedias, es porque están rodeadas de momentos felices; porque lo viví todo: lo bueno y lo malo. No hace falta que te cuente más historias, porque sólo tienes que ver a mis hijos y darte cuenta que de las tragedias también se puede levantar la luz. Así es la historia de mi familia (*el camión se acerca*). Me tengo que ir.

ECO: ¡No, espérate! Cuéntame más.

CARMEN: Ya no, no seas pesado.

ECO: Me prometiste Siete. Sólo me has contado Seis.

CARMEN: Mírame. Mira mi pierna. Mira todo lo que mi enfermedad nos hizo sufrir a mí y a mis hijas. Ahí tienes la séptima.

ECO: Pero no sé qué voy a hacer sin ti.

CARMEN: Pues seguir.

ECO: Tengo el corazón roto, Carmen. Lo tengo hecho pedazos desde que te estás yendo. No puedo dejarte ir, porque estás en todos lados.

CARMEN: El corazón nos lo rompen muchas veces en la vida, niño... muchas.

ECO: ¿Cinco?

CARMEN: ¡Muchas más! Mi vida no se acaba cuando baja el telón o cuando le ponen punto final a mi texto... Mírame, mijo... el amor nunca es un final... el amor es todo lo que somos, con todo y las tragedias. Todos lo queremos. Todo queremos sentirnos aceptados, amados y valorados por una pareja, pero ese no puede ser el final de la historia. Es una parte. Tienes que bus-

car tu propia línea de acción, tu propia vida, y recibir tu propio final, no el mío.

ECO: Me duele... me duele mucho.

CARMEN: ¿Y crees que tu dolor es el único?... Tu dolor viene de mí, lo conozco. Crees que sufres de un mal sin precedentes y que nadie puede tener el corazón en tantos pedazos repartidos como tú, pero luego creces... lees... conoces a gente como Virginia, y te das cuenta que tu dolor es lo único que te conecta a ellos. Que sufren del mismo mal que tú, y puedes, a través de su historia, cerrar todas las puertas que te conectan con el dolor y con las tragedias de tu linaje. Quédate con lo bueno. Quédate con mi imagen bailando y mentando madres. No tirada en una cama, esperando a que me muera.

ECO: Abuela...

CARMEN: Ya me tengo que ir.

ECO: No te vayas. Quédate otro rato. Hay muchas cosas que no me has platicado.

CARMEN: No puedo. Ya esperé mucho a Virginia.

ECO: Virginia no va a llegar.

CARMEN: Virginia y yo nos tenemos que ir juntas. Ella me dijo que me iba a encontrar. Dijo que iba a llegar y podíamos...

ECO: Abuela, soy yo. Yo soy Virginia. Siempre fui yo, otras caras, otras voces, pero siempre fue mi voz que quería llegar y encontrarse con la tuya. Soy yo, abuela... Roberto, Virginia, Horacio... Soy yo, tu hijo disfrazado de letras... Creciendo entre alegorías e historias que me ayudaron a entender el mundo que me rodea.

CARMEN: ¡Betito!

ROBERTO: Abuela...

CARMEN: Siempre fuiste bien dramático.

ROBERTO: Pero ya estoy aquí... todas las cosas que dije eran puertas y puertas que tu mantenías cerradas, pero yo... yo quiero ayudarte. Las vamos a abrir.

CARMEN: Ya me tengo que ir.

ROBERTO: No...

CARMEN: Ya estuve aquí mucho tiempo... ¡Vete! Hay gente que está esperando conocerte. Está esperando para amarte a ti... Hay lugares que están tiesos y secos, hasta que llegas tú y todo se mueve. Mírame bien, Betito... hay lugares llenos de personas que están esperando a que llegues... ¡Llega! Llega y aprovecha tu juventud... Aplazamos nuestros sueños, como si el tiempo fuera infinito, como si la juventud fuera un derecho, pero no vemos que lo único que tenemos son nuestros sueños. Eso es lo que venimos a hacer aquí a la tierra. Nuestra misión... Quema la chamarra.

ROBERTO: Sí...

CARMEN: Y dile a tu mamá que siempre la quise. Perdón si los quise mal, pero los quise como se quiere cuando se está rodeado de balas.

ROBERTO: Abuela... tu historia es muy bonita.

CARMEN: ¿Sí...? Y me gustó mucho vivirla.

ROBERTO: ¿Te puedo leer algo? Te escribí una carta cuando te fuiste.

CARMEN: ¿Sabías que mi mamá Lucita también recitaba poesía...? Tengo pegado en mi espejo del peinador el poema que me escribiste de chiquito. Léemela mientras me voy.

(Roberto intenta leer, pero no puede. Entra Virginia, y Roberto le entrega la carta, ella la lee, mientras él toma de un cajón la chamarra de Manuel, la pone en una vasija, la quema y la mira arder).

VIRGINIA: Querida Carmen:

Han pasado cinco días desde que decidiste trascender y ser uno con el universo. Decidiste unirte a ese manto de estrellas que nos cubre a todos en la oscuridad, para darnos las buenas noches. Te volviste el sol de la mañana y el brío de la tarde. Te volviste tu pueblo y te
volviste una soda fría.

Este dolor es curioso, porque te sumerges en un mar helado que parece no tener fondo, y sé que lo entiendes, porque es un dolor al que tú misma no eres ajena. La última vez que te vi fue el día de tu cumpleaños, el día que me despedí de ti, y me hizo pensar en una vieja canción que me llega cada siete minutos, como un aire extraño. Una canción que dice “Mirándole su carita, yo miro a Dios”, y eso fue lo que sentí cuando te vi ese día, porque, ¿quién si no tú, abuela, para ser lo más cercano a un dios en la tierra? El árbol del fruto del cual soy yo el fruto; pero hoy yo decido hacerme amigo del dolor. Decido hacer frente a esta tragedia. Decido celebrar tu color favorito, tus canciones y las películas que veías. Decido recordar esas palabras que susurré a tu oído, cuando te dije: “Abuela. Soy todo lo que eres”. Tú siempre lo supiste. Desde tu empeño en decir “Ese muchacho es puro Borunda”, hasta el último favor que me pediste, que tú y yo sabemos lo que significó para ambos, pero soy yo el que hasta ahora se da cuenta... Y a partir de ahora soy eso: tu fuerza, carácter, tu historia y una canción de Pedro Infante. No descanses, Carmen, ¡baila! Que en el cielo la música es más fuerte. Y te veo pronto. Cuando escriba, cuando lea, y cuando sea yo todo tú. Te ama, Betito.

(Carmen sale y sigue su camino. Escuchamos “Mi cariñito”, de Pedro Infante, de 1947. Virginia termina de leer y camina hasta donde está Roberto y toma su hombro. Ambos se sientan sobre la cama. Virginia lo abraza. Oscuro final.)

2 DE FEBRERO DE 2023. Chihuahua, Chih.

Índice

Invocación de un teatro hacia adentro	8
No hay 5to. malo	13
Ecce Homo: Seis historias para dejar de ser Onvre	47
I. Federico y el arca del secularismo	59
II. Vasco y la última cruzada de la Todología	65
III. Horacio y el templo de Aurea Mediocritas	76
IV. La destrucción del intelectualismo	89
V. Sátira del hombre sin lugar	94
VI. Cuando calla Zaratustra	98
Las 7 tragedias de Carmen y el tiempo	107



www.pech.icm.gob.mx

PRIMERA EDICIÓN

AÑO 2023

La extrospección es el primer paso en una cadena de acciones que empiezan por la curiosidad y terminan por la renovación. Nos preguntamos el porque de las cosas y eso nos da pie a la creación de las preguntas que nos forman. El divorcio de la tradición, la destrucción del conocimiento, el duelo y la herencia generacional son el hilo vertebrador de las tres obras que conforman esta colección teatral. Con personajes geométricos llenos de curiosidad que, al querer saberlo todo, terminan sin ser nada. Listos para construirse de nuevo y transformarse.

Un teatro que mira hacia adentro de los cuadros de la casa de la abuela y saca los gritos del closet para construir una muralla con ellos, que separe lo que somos y lo que debemos ser.



Colección
Soltar las Amarras

www.pech.icm.gob.mx

